

REVISTA CULTURAL

LOTERÍA



CUENTOS



¡Ayudamos a los más necesitados!

Lotería Nacional de Beneficencia

Junta Directiva:

Representante del Ministerio de Economía y Finanzas
Licdo. Luis Cucalón
Director de Ingresos

Representante del Ministerio de Gobierno
Licda. Roxana Méndez
Ministra de Gobierno

Representante de la Contraloría General de la República
Licda. Gioconda de Bianchini

Representante de los Compradores de Billetes
Prof. Eduardo Galván Jiménez
Licda. Mitzi Tejeira

Representante del Sindicato de Billeteros de Panamá
Sr. Ceferino Acevedo

Por la Lotería Nacional de Beneficencia

Licdo. José Pablo Ramos
Director General

Licda. Nilvia Serrano
Secretaría de la Junta Directiva

LOTERÍA

Nº 499

Noviembre - Diciembre 2011

Por la Administración:

Director General de la Lotería Nacional de Beneficencia
Licdo. José Pablo Ramos

Subdirector General
Sr. Santana Hernández

Secretaria General
Licda. Nilvia A. Serrano

Directora de Desarrollo Social y Cultural
Licda. Gila A. de González Ruíz

Consejo Editorial:

Dr. Eduardo Flores
Mgter. Denis Chávez
Dra. Marisín Villalaz de Arias
Sr. Ernesto Endara
Licdo. Juan Antonio Tejada Mora
Dr. Alberto Moreno
Profa. Noris Correa de Sanjur
Licdo. Ramón Brown

Correctora
Profa. Cila Barría

PUBLICACIÓN DE LA DIRECCIÓN DE DESARROLLO SOCIAL Y CULTURAL
ISSN 0024.662X

Para suscripciones y consultas sobre la REVISTA LOTERÍA
comunicarse con el Departamento Cultural.
Teléfono: 507-6800 ext. 1248 - revista.loteria@lnb.gob.pa

Índice

- 8 Presentación de la Revista
Por: Licdo José Pablo Ramos
Director General de la Lotería Nacional de Beneficencia de Panamá
- 7 Título: El Valiente Juan
- 11 Título: ¡Tilín! ¡Tilín!
Autora Emelia Manuela Alemán
- 14 Título: La niña luminosa y sonriente
- 21 Título: Pierrie
Autora Estela Perigault de Malgrat
- 25 Título: Los intrépidos nietecitos
Autor: Eradio De León Jaén
- 27 Título: Ay los niños ¡Niños al fin!
- 33 Título: La Navidad en la tierra
Autora Francisca de Sousa
- 40 Título: Las volantes
- 45 Título: Tatarabuela
Autora Hena González de Zachrisson
- 50 Título: La hormiguita que quería viajar al cielo
- 55 Título: Como comenzó la confusión
Autora: Isabel M. de Roldan
- 60 Título: Las aventuras del pollito Yito
- 66 Título: Don Goyo y el pollo brujo
Autor: Juan Alberto Aguilar Díaz
- 71 Título: Un niño llamado Noviembre
Autor: Leadimiro González
- 74 Título: Capezambita
Autora: Liana V. Zachrisson de Gorday
- 77 Título: Tenaz, Pepita Nador
- 79 Título: Diversos, poemas traviesos
Autora: Lil María Herrera C.

- 82 Título: La sonrisa de Tabú
- 85 Título: La tristeza de Tabú
Autora: Isabel Irene de Delgado
- 89 Título: Los pedacitos de pan
Autor: Malca Bassan
- 93 Título: Historia de un reloj loco
Autora: Lil María Herrera
- 98 Título: La recompensa
Autora: Mitzi Sandoval
- 104 Título: Un día de campo
Autora: Mirla Lina Díaz
- 107 Título: Corabad y Doboroc
Autora: Melanie Taylor Herrera
- 111 Título: La Tarea sin hacer
Autora: Mitzila Mendieta y Hercibelle González
- 117 Título: La casa de Antonio
- 120 Título: Orgullosamente sapo
Autora: Patricia Veazy de Alvarado
- 124 Título: El príncipe inválido
- 124 Título: La boina verde
- 125 Título: Paraguas blanco
Autora: Sonia Edith Ehlers de Fasani
- 126 Título: Don Pedro y los sapos
Autora: Telsy A. Sánchez
- 129 Título: El palo encebado
- 133 Título: Los pequeños mapaches traviosos
Autora: Síbila Ortíz Perigault (Tilsia Perigault Hayams)

Presentación de la Revista

*L*a infancia es una etapa de la vida en la cual todos deben ser felices y tener los mejores recuerdos de lo vivido. Los juegos, los cuentos, las experiencias, el estudio y el amor de los padres y de quienes los rodean, deben constituir los elementos más importantes en su vida para crecer con aquellos recuerdos hermosos.

La Revista Cultural Lotería recibió entre su material, una gran cantidad de cuentos infantiles que era difícil incorporar en una Revista normal. El Consejo Editorial de la Revista Cultural Lotería tomó la decisión de hacer un número especial para dichos cuentos. La idea principal es que los padres tengan a mano la Revista para leer a sus hijos los cuentos hermosos de animalitos con otros niños y de las aventuras que ellos mismos tengan.

Esta idea fue tomada para bien de la infancia que debe ser importante para todos nosotros. No imaginan cómo corren los animalitos y cómo será beneficioso para los niños que pueden tener la suerte de leerlos. Los personajes de estos cuentos no los olvidarán jamás y serán incluidos como parte de su vida misma. Son variados los autores que han legado esta enseñanza y que dan de sí la posibilidad de impartir felicidad.

No imaginan al niño llamado Noviembre; a la Tatarabuela, a los mapaches traviesos Corobo y Touarú haciendo de las suyas; a los hermanos ositos que fueron a nadar; a Coyotito con su mala influencia y recapitación y a muchos otros personajes que entrarán en la vida infantil cuando sus padres lean la hermosura de revista que hoy presentamos. Hace algunos años, los cuentos infantiles que se escribían pasaban los límites de la comprensión de los niños porque algunos autores consideraban que los niños modernos debían madurar antes de su verdadera edad. Pero olvidaban que es

mejor ir salvando etapas en la vida y dejar para otras edades los conocimientos avanzados.

Aunque parezcan tontos los cuentos, es preferible mantener la mente ingenua a los niños a permitir una madurez prematura que luego los lleva por senderos poco recomendables. Si preguntan a los adultos que escuchaban cuentos de sus padres cuando eran niños, cuál fue su experiencia, responderán que nunca han olvidado aquella etapa de su vida infantil y, aunque parezca mentira, es parte de la formación moral y emocional de esos hombres y mujeres que los escucharon.

Nunca están de más unos minutos invertidos en leer a nuestros hijos los cuentos verdaderamente infantiles que supieron llenar esa infancia con el recuerdo en su vida de adultos.

La proyección que la Revista Cultural Lotería se impone hacia la sociedad panameña y, sobre todo a los niños de nuestro país, no tiene límite y nos sentimos felices con la colaboración de tantos escritores panameños que ofrecen su aporte con los cuentos infantiles, todavía de ositos y animalitos y personajes adorados y reconocidos por niños y adultos como propios de esta hermosa etapa de la vida. Si mantenemos esa ingenuidad y ofrecemos estas oportunidades, haremos una patria sana y digna de los panameños.



Licdo. José Pablo Ramos
Director General
Lotería Nacional de Beneficencia

EL VALIENTE JUAN

Por: *Emelia Manuela Alemán*

Ilustrador: *Guillermo Wong*

HACE muchos años, tantos que ya no me acuerdo cuántos, vivía en una montaña muy alta el último de los dragones come fuego.



Nadie se había atrevido nunca a subir hasta la montaña para verlo de cerca; pero en el pueblo todos vivían siempre muy asustados pues oían sus rugidos y temían que un día el dragón bajara de la montaña.

En ese pueblo, vivía un niño muy valiente que se llamaba Juan y éste, cansado ya de ver a su madre, a su hermanita y a todos sus amigos mirando siempre con miedo hacia la montaña, decidió un día ir a ver al dragón.

Tomó su biombo y emprendió el camino. Anduvo y anduvo hasta encontrarse cerca de la cueva del dragón. Cuando llegó hasta allí,

comenzó a silbar, porque la verdad era que ya las piernas le estaban temblando de puro susto.

De pronto, y cuando menos lo pensaba, vio al terrible dragón que dormía muy tranquilo sobre la hierba.

Lleno de valor, Juan recordó la historia de David y el gigante Goliat. Agarró una piedra, la puso en el cuero del biombo y zas! la lanzó derechito a la cabeza del dragón come fuego. Abrió éste los ojos y viendo a Juan le dijo:

-Ven acá, mosquita rara, ¿Por qué me has despertado ahora que empezaba a dormirme?

-Yo no soy ninguna mosca. Yo soy un niño muy valiente y he subido hasta aquí porque voy a matarte, porque eres tan malo que todo el mundo te tiene miedo, dragón come fuego, -dijo Juan.

-Oye, -dijo entonces el dragón a quien divertía oír hablar así al niño. -Tú eres muy descortés, porque si quieres que te diga algo, ni soy malo como tú dices, ni tienes por qué llamarme dragón come fuego, como si no tuviera nombre. Ven, acércate que vamos a ser amigos. Yo me llama Tato Tuté (con acento en la e). Y, ¿cómo te llamas tú?

-Pues yo me llamo Juan- dijo el niño, sorprendido que el dragón fuera tan amable. Luego sentándose a su lado, conversó largo rato con Tato Tuté (con acento en la e).

Como ya iba haciéndose de noche, Juan se despidió de su nuevo amigo y bajó de la montaña. Contó en el pueblo que había estado conversando con el dragón, pero nadie le creyó y mucho menos cuando aún seguían oyendo los rugidos de Tato Tuté (con acento en la e), rugidos que en realidad no eran sino los ronquidos del dragón que dormía.

Así pasaron los días y Juan fue varias veces a visitar a su amigo contándole a éste como era la gente del pueblo, por lo que el dragón come fuego les fue tomando cariño. Aún sin conocerlos.

Una noche, un niño muy desobediente, se bajó de su camita. Tomando unos fósforos se puso a jugar con ellos, encendiéndolos y tirándolos de un lado a otro. De pronto, el fuego empezó en la casa, teniendo to-

dos que salir huyendo para no quemarse. Las llamas eran cada vez más grandes y parecía que todo el pueblo iba a arder. Nadie sabía qué hacer y todos los niños lloraban cuando con gran terror vieron al dragón bajar corriendo de la montaña.

Pero su asombro creció aún más cuando se dieron cuenta que encima del lomo del animal iba montado el valiente Juan.

-¡Corre Tato Tuté (con acento en la e)! ¡Corre!- gritaba Juan animando al dragón quien, muy contento llegó cerca del pueblo, comiéndose desde allí todo el fuego que ardía en las casas. De este modo, salvó a la villa que iba a ser destruida por las llamas

Desde ese día, Tato Tuté (con acento en la e) fue la mascota del pueblo. Le regalaban caramelos y pasteles, mientras él, muy orgulloso, paseaba sobre su lomo a todos los niños

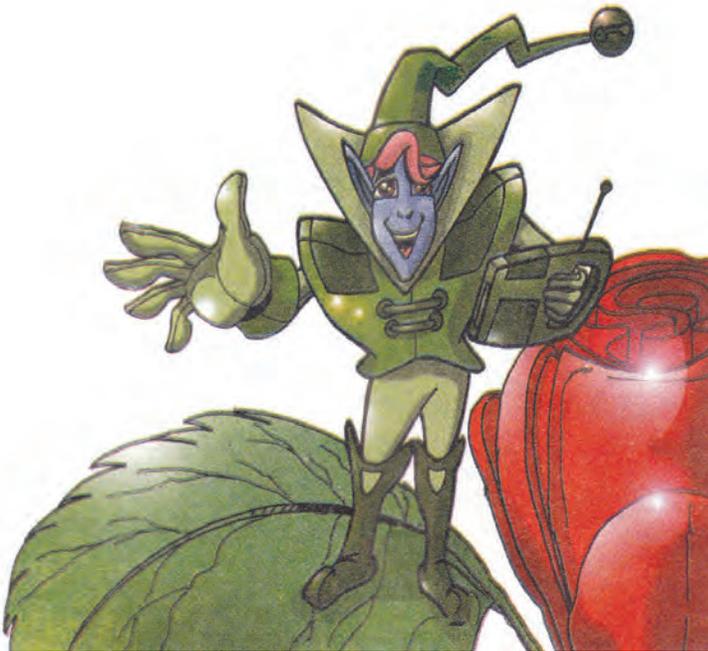
Pero el mejor de sus amigos fue siempre Juan el valiente, quien por salvar del miedo a los demás, venció el suyo, haciendo desde entonces feliz a todo el pueblo y al último de los dragones come fuego que tan solito vivía en lo alto de la montaña.

¡TILÍN! ¡TILÍN!

Por: *Emelia Manuela Alemán*

Ilustrador: *Guillermo Wong*

-¡LEVÁNTENSE, perezosos! -dijo el viento llamando a los rayitos de luz, que se encontraban muy tranquilos durmiendo en su cama redonda.



¡Ayyy! -exclamó uno mientras bostezaba. -¡Qué pereza tengo hoy de ir y venir desde el sol hacia la tierra! Creo que mejor me quedo en casa, pues veo muchas nubes y puedo resfriarme al pasar por ellas.

-Tú siempre andas inventando excusas -le contestó Rayito Claro, a quien le llamaban así pues era, de ellos, el que más relucía porque como era tan activo hacía mucho ejercicio.

-No son excusas, Rayito Claro -replicó el otro, sino que te he de confesar que hoy me han dado un trabajo que no me atrevo a cumplir.

-¿Cuál es tu trabajo? -preguntó Rayito Claro muy ansioso.

-El de alumbrar por encima de los árboles de la selva.

-¿El de alumbrar por encima de la selva? -dijo el otro.

-Pues mira, si quieres quédate hoy todo el día acostado, y yo me las arreglaré para ocupar tu puesto -le respondió Rayito Claro.

-¡Qué bueno eres! -contestó su compañero acostándose nuevamente.

Rayito Claro sacudió su lindo vestido de luz y muy animado fue a solicitar su tarjeta de partida, explicando que iría a ocupar el puesto de Rayito Perezoso.

-Ten mucho cuidado de no introducirte por entre los árboles -le dijo el Hada de la Luz.

-¿Y eso por qué?- preguntó Rayito Claro.

-Porque jamás los rayos de sol se han perdido. Siempre han sido prudentes, alumbrando solamente aquellos sitios en los cuales puede penetrar la luz.

Sin responder, Rayito Claro tomó su tarjeta y se lanzó muy alegre por el camino señalado.

-¡No me explico! ¡No me explico! -iba murmurando mientras caminaba.

-Yo en realidad no tengo miedo y no creo que esté bien que haya lugares de la tierra en los cuales no penetre jamás la luz. Lo que soy yo investigaré, suceda lo que suceda.

-Llegó junto con otros compañeros hasta la copa de los árboles y permaneció allí muy contento por varias horas. Sin embargo, cuando la brisa soplaba meciéndolos, Rayito Claro procuraba introducirse por entre las hojas y de pronto muy decidido avanzó dirigiendo su luz hacia uno y otro lado.

-¡Qué oscuro está aquí! -exclamó con espanto al penetrar hasta el tronco del árbol.

-La culpa es de ustedes. -oyó que decían.

-¿Quién me habla? -preguntó alumbrando hacia el sitio del cual partía la voz.

-Te habló yo -dijo el Pajarito Azul saludándolo. Yo tengo que permanecer aquí cuidando a mis hijitos que aún no saben volar y a quienes tengo que defender.

-Qué lindos son -exclamó Rayito Claro -viendo a los pichoncitos. -Pero, ¿por qué se demoran tanto en crecer? ¿Por qué no los veo alegres y contentos como a los otros pajaritos?

-Porque ustedes no nos ayudan, -contestó el Pajarito Azul. -Si no te ofendes, te diría que mientras he estado aquí, en esta selva, he pensado que los Rayitos de Luz son muy cobardes, pues jamás los veo dirigirse sino a los sitios en los cuales nada les impide la entrada. Además de cobardes, creo que son muy poco bondadosos, pues olvidan a sus amigos cuando estos se encuentran solos y desamparados.

-Tienes razón, Pajarito Azul -dijo Rayito Claro reflexionando -pero creo que podemos remediar el mal. Espera y verás como dentro de poco podrán volar alegres tus hijitos. Rayito Claro se dirigió nuevamente hacia arriba y le contó al viento lo que sucedía. El viento sopló con fuerza apartando las ramas y Rayito Claro llamó a todos sus compañeros para que presenciaran el cuadro.

-¿Ven lo que sucede por ser nosotros cobardes? -les dijo. -Allí debía reinar la alegría y la luz y sólo hay tristeza y oscuridad. Además, por ser vanidosos nada más hemos lucido nuestro brillo en aquellos lugares donde nos podían contemplar. Nuestra luz y calor debe llegar a todas partes.

-Tienes razón, Rayito Claro -dijeron varios, y, organizando un grupo fueron a contar al Hada de Luz lo que sucedía.

Comprendió ésta entonces que no estaban cumpliendo con su misión como debían, y les dio permiso para que se introdujeran por entre las hojas.

Desde ese día, aún entre lo más espeso de las selvas, se ven rayitos de sol que audaces penetran por entre los árboles y arbustos, llevando la felicidad y la vida a las plantas, los arbustos, las flores y a los amiguitos de Rayito Claro: El Pajarito Azul y sus pichones.

“LA NIÑA LUMINOSA Y SONRIENTE”

*Por: Estela Perigault de Malgrat
Autora e Ilustradora*

Marisol tenía ocho años, cuando una tarde, en la que, el señor José, conductor de confianza de la familia García-Venero, la fue a buscar al colegio. Llegó la tierna niña a vivir una experiencia extraordinaria, debido a que no había tenido la oportunidad de conocer a otros niños de su edad, en situaciones difíciles y de pobreza.

En esa ocasión quedó sorprendida, pues en la camioneta venían unas amigas de la familia, señoronas muy encopetadas y superficiales. Al parecer, se encontraban en su casa, en el momento que José se disponía buscarla al colegio. Así que su mamá les ofreció el carro para que ellas efectuaran una diligencia “urgentísima”.



El saludo de las doñas fue desconcertante: -¿qué tal Marisol querida, no nos digas que sigues cojeando todavía? -La niña no tuvo ánimo de responderles. El chofer quedó asombrado al ver la grosería de las doñas. Marisol ya estaba sentada en el puesto contiguo al señor José, cuando chocantemente, las doñas Tere y Cuca pidieron que las llevaran a la Plaza de la Lotería a comprar “Miercolitos”. En esa tierna edad la niña podía reconocer en las personas, su sinceridad o su hipocresía. Así que no confiaba en Tere y en Cuca.

El chofer estacionó junto a la acera donde se encontraban gran cantidad de personas, entre billeteras y el público afanado en comprar la cifra ganadora del “Miercolito”.

Desde el asiento delantero Marisol podía apreciar el ir y venir de las personas sin perder detalle. Esta costumbre la divertía mucho debido a su condición. En eso, divisó entre el público, como flotando en el aire, una singular niña luminosa y sonriente, como de su edad, portando en sus manitas, fajas de billetes de lotería: los famosos miercolitos.

En el asiento trasero las doñas no cesaban de parlotear y parlotear como cacatúas, indiferentes a lo que sucedía a su alrededor. Sólo esperaban cómodamente que el chofer les comprara los miercolitos.

La inocente y risueña niña, se afanaba en ofrecer el “miercolito” que su madre, una de tantas billeteras, le había entregado, bajo muchas recomendaciones.

-¡Señoras, señoraas, mireeen, tengo el miercolito! -decía la jovencita con su fina voz y agregaba- ¡Cómprame por favor!

En sus aparentes ocho años, muy delgadita, peli castaña, casi rubia, ojos claros, tez blanca, llamaba la atención entre el grupo de personas, en su mayoría muy morenas.

La niña luminosa vestía un uniforme escolar, el cual le flotaba por ser de talla superior a su cuerpecito. Seguramente había sido obsequio de alguien caritativo.

Ya eran pasadas las cinco de la tarde, hora en que la mayoría de sus compañeros de clase, estarían descansando con sus familiares, preparándose para la cena.

Marisol se encontraba muy impresionada ante tal situación. Hasta los seis años era una niña saltarina, juguetona y feliz, consentida por todos; pertenecía a una distinguida familia adinerada.

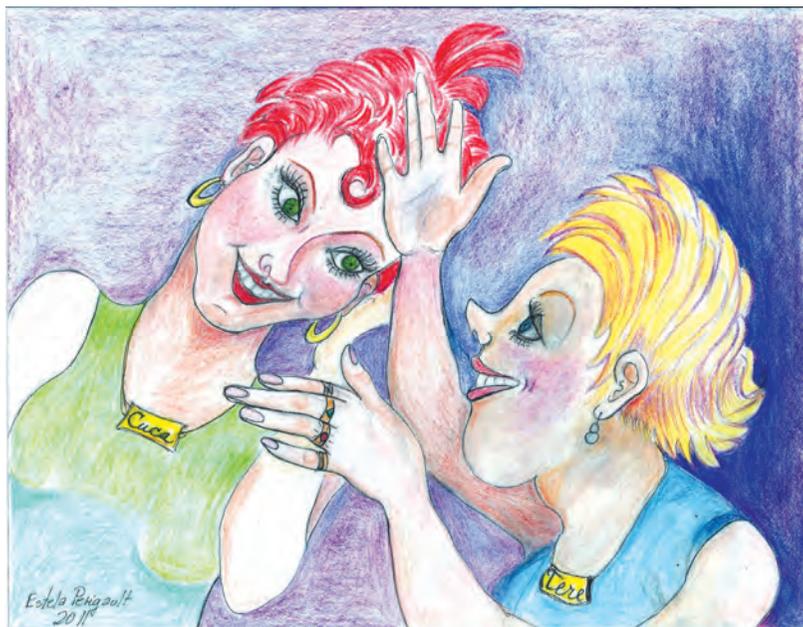
Desde que ocurrió el accidente en el columpio, su vida cambió de un día para otro. Quedó afectada de las piernas y la columna. A partir de ese momento, vivía un torbellino de viajes a Estados Unidos y operaciones.

Al no contar con hermanitos que alegraran la casa, su ambiente era muy silencioso y triste.

La niña luminosa y sonriente se acercó al vehículo, ofreciendo los miercolitos. Su mirada era impresionante, parecía un angelito bajado del cielo.

-Amiguita -le dijo Marisol, con mucho cariño -Gracias por acercarte a nuestra camioneta. - Ella sonrió, iluminándose aún más, su extraordinaria mirada.

Las doñas cesaron de parlotear al notar los miercolitos. Se dispusieron comprar, pagándole con veinte dólares. La niña voló donde la madre, pues no tenía cambio.



Flotaba dentro de su enorme uniforme, portando por un lado los miercolitos, y por otro el billete de veinte dólares. Fue un milagro que algún malvado no le arrancara de las manitas, el dinero y los billetes. Mientras la niña iba y venía con el cambio, una de las doñas comentó irónicamente. - Yo conozco ese tipo de niñas graciosas; siguen los pasos de la madre como billeteras o terminan quien sabe en qué cosas.

Marisol, que no les dirigía casi la palabra, se enojó mucho y en su tierna edad les dijo - doña Cuca y doña Tere: Dios las puede castigar por ser tan mal pensadas. Deben, más bien, desearle a mi nueva amiguita todo lo bueno de la vida. -

Al rato regresaba la niña con el cambio, reflejando en la mirada esa expresión inocente y sensata que la hacían profunda. Se notaba fatigada.

Marisol sintió una gran tristeza al ver el candor de la niña y la hipocresía de sus compañeras de viaje. Sólo atinó a decirle: - Amiguita, eres muy buena e inteligente, ¿cómo te llamas? - Angélica Pérez, como mi mamá y tengo ocho años - contestó.

-Veo que llevas el uniforme escolar -le dijo ¿en qué escuela estás?

En República de Chile, curso el segundo grado C -contestó la jovencita con su suave voz -y agregó -asisto en la tarde. Durante la mañana estudio y ayudo a mi mamá en la casa. Después de las clases, los lunes y los viernes, vendo billetes de lotería.- siguió diciendo la niña Angélica.

Marisol, muy impresionada dijo -Angélica, me gustaría ser tu amiga. Yo no tengo hermanos y estoy muy sola. -La niña asombrada contestó: -estaría muy contenta, pero tengo que pedirle permiso a mi mamá, que está sentada más allá, vendiendo billetes, y agregó ¿cómo te llamas tú?-

-Marisol García-Venero para servirte, y también tengo ocho años, más bien los cumplo dentro de cinco días, ¿vendrías a mi cumpleaños? Será un honor para toda mi familia. Puedes traer a tu mamá. Te daré mi dirección y teléfono -terminó diciéndole.

Las doñas Tere y Cuca se escandalizaron al escuchar la cordial invitación a su cumpleaños, que le hizo Marisol a la niña vendedora de miercolitos. El conductor sonreía discretamente.

Las doñas parloteras quedaron más alarmadas aún, cuando Marisol, después de anotar la invitación, le solicitó al chofer la bajara de la camioneta para conocer a la madre de su nueva amiga.

Muy complaciente, José sacó la silla de ruedas del maletero, la colocó en la acera, calmadamente, y sentó a la niña en ella. Angélica, la nueva amiga, observaba perpleja, la sorprendente escena.



La madre de Angélica estaba esperando a su hijita para regresar a la casa. Se extrañó verla llegar acompañada por Marisol en su silla de ruedas y el señor José. La niña le entregó la invitación a la fiesta de su cumpleaños. La niña Angélica era exacta a su madre. Ésta, dentro de su pobreza, lucía muy educada.

Entrando a la camioneta Marisol tuvo un susto muy grande, pues le pareció ver instaladas en el asiento trasero, dos enormes cacaúas parlotando escandalosamente; el chofer al parecer tuvo la misma visión pues abrió los ojos desmesuradamente mirando estupefacto.

Tuvieron ambos esta imagen como un relámpago, pues al instante descubrieron a las doñas roncando, profundamente dormidas. Acto seguido, recorrieron algunas calles en el barrio de Bella Vista, dejándolas en sus respectivas casas.

Al llegar a su residencia en Costa del Este, la niña Marisol tenía una expresión muy alegre y un nuevo brillo en sus bellos ojos. Los padres y los abuelos ya la esperaban para cenar. Todos notaron ese cambio en el rostro de la princesita de la casa como cariñosamente la llamaban. Durante la cena, la niña que usualmente guardaba silencio, hablando sólo cuando le hacían alguna pregunta, no hacía otra cosa que comentar, lo trabajadora e inteligente que era su nueva amiguita Angélica Pérez y que la había invitado con su mamá, que vendía billetes, a que asistieran el sábado a su fiesta de cumpleaños. -La madre, que era una doña muy estirada de la alta sociedad panameña, se notó preocupada y molesta, pero no se atrevió a contradecir a su hija.

El padre sonrió complacido, diciéndole a Marisol -está muy bien, mi princesita, enviaremos al señor José a la Plaza de la Lotería para que averigüe la dirección de Angélica Pérez y poderla traer con su madre el sábado a tu fiesta de cumpleaños, luego dándole un sonoro beso a su hijita, -el doctor García-Venero, -continuó: -fuera del brindis y un enorme pastel, tendremos piñata, teatro de títeres, Pepina y Tortón, juegos y sorpresas.

Además, el jardín cerca de la piscina, será decorado con globos multicolores, farolitos chinos y serpentinas. Por supuesto que no faltará la música que más te agrada. -Instalaremos un piano para que deleites a tu nueva amiguita y compañeras de clase con las alegres piezas que interpretas con tanta destreza y sentimiento, terminó diciendo el padre.

-Gracias, gracias papá. Por lo que veo será la mejor fiesta que he tenido hasta ahora -contestó Marisol -y dirigiéndose a su madre y abuelitos, -si quieren pueden invitar algunas de sus amistades con sus niños. Deseo que todos estemos muy contentos. El doctor Moreno, mi ortopeda, no debe faltar con su familia; vendrán también el señor José, que es tan querido y complaciente con su esposa e hijitos, terminó diciendo alegremente la niña.

Durante la semana había un gran revuelo en la mansión García Venero por los preparativos para el cumpleaños. Marisol dispuso que sería una fiesta tipo campestre. Los invitados debían vestirse con ropa cómoda. Sus amigas vendrían con el consabido jean azul, sweters de diversos colores y zapatillas.

La fiesta fue un éxito. Angélica y su madre fueron bien atendidas por la familia y amistades. Las cacatúas Tere y Cuca no podían perderse este gran evento social, pero recibieron una gran sorpresa, al ver a la nueva amiguita de Marisol junto con su madre, disfrutando de la alegre fiesta.

A partir de ese día, Marisol y Angélica fueron como hermanitas. El doctor García-Venero concedió una beca a la niña Angélica Pérez para que estudiara en el mismo colegio que su hija. La madre de la niña, por gestiones del padre de Marisol, fue nombrada recepcionista en la clínica de éste, al mismo tiempo que asistía a cursos de superación.

La niña Angélica con su optimismo, alegría y dinamismo contribuyó enormemente a la recuperación total de Marisol, después de una serie de operaciones programadas. En el hogar de los García-Venero reinó nuevamente la alegría de vivir, cultivando su espíritu de solidaridad hacia los problemas de los más humildes.

“PIERRE”

*Por: Estela Perigault de Malgrat
Autora e Ilustradora*

Se comenta que a Panamá, se le llamaba “La Tacita de Oro” y que aquí nunca pasaba nada grave, que era un país privilegiado.

No había terremotos, inundaciones, tornados, guerras, ni revoluciones como en otras naciones. Se les abrían las puertas a todos los niños y niñas con sus familias, que venían huyendo de grandes calamidades e injusticias de sus propios países.

Debe ser triste encontrarse de repente, en un lugar desconocido y sin dinero. Sólo portando amor, alguna preparación y buena voluntad.

Un día en la escuela, la maestra nos presentó a un nuevo compañerito; venía de Haití, una isla del Caribe. El niño se llamaba Pierre que en nuestra lengua significa Pedro; así que todos los compañeros le decíamos Pedrito. Era de tez oscura, cabello ensortijado y de contextura muy delgada. Pero lo que llamaba la atención eran sus hermosos ojos verdes, además de su amplia y blanca sonrisa. Pero a pesar de su sonrisa expresiva, cuando creía no ser observado, se retraía muy pensativo y triste. Estábamos en cuarto grado.



Un día le dije que me contara de su país; en ese momento se le aguaron los ojos, atinando a decir: -allá están mis abuelitos y estoy extrañándolos mucho.

-A ver Pedrito, le decía -cuéntame de la Navidad en Haití, de las frutas, sus juegos, del deporte, los carnavales, ¡Ah! Y de la deliciosa comida. Terminé preguntándole: ¿Te gusta Panamá?

El niño Pedrito muy emocionado por la cordialidad de un compañero de clase, expresó lo siguiente: -Estoy contento de estar aquí en Panamá, ustedes son muy cariñosos y atentos, pero me gustaría estar con mis abuelos en Puerto Príncipe. Allá quedó mi perrito Antóan. Pedrito estaba tomando clases de español y avanzaba muchísimo, ya que en Haití, hablan francés, inglés y muy poco español.

Por dificultades económicas y tensiones políticas, sus padres Jacques Alexi, tataranieta de un célebre escritor haitiano, su esposa Odette, llegaron a Panamá con el propósito de educar a su único hijo Pierre, en un ambiente de paz y libertad. Estaban contentos, pues al conocer tres idiomas: francés, inglés y un poco de español, les abría las puertas en el comercio y la educación, pues podían dar clases particulares de francés e inglés.

En una ocasión informó la maestra que próximamente se iban a celebrar los Juegos Florales Estudiantiles y que nos fuéramos preparando en las diversas áreas: lectura, ortografía, poesía, cuento, pintura. Había que inscribirse con tiempo. Algunos niños se fueron inscribiendo en las áreas indicadas. Podían hacerlo hasta en dos de ellas. El niño Pierre lo hizo en el área de pintura.

Faltaban todavía dos meses para clasificar a los alumnos que debían representar a la escuela en el Certamen Provincial, la maestra orientó a los inscritos en las diversas secciones, realizando varios ensayos y prácticas.

Hubo concursos internos para poder seleccionar a los estudiantes. Los organizadores, entre la directora y los maestros de la escuela, consideraban que la selección estaba muy difícil, pues entre los niños y niñas había mucho talento.

Llegó el día de la selección. Los organizadores oficiales solicitaban un solo representante por sección de cada escuela.

¿Cuál no fue la sorpresa para todos? Pues Pedrito Alexi -más bien Pierre Alexi-, el niño haitiano, fue seleccionado para representar nuestra

escuela en pintura. El niño y sus padres estaban muy emocionados. El señor Jacques Alexi, prudentemente nacionalizó panameños a toda la familia. Pasaron los días y se determinó que durante la Semana del Libro, celebrarían los diversos certámenes provinciales de los Juegos Florales.

Los niños y niñas se reunieron el gran día en el gimnasio de un colegio céntrico. El área estaba bellamente decorada; había grandes mesas de trabajo y cómodas sillas. Los maestros organizadores estaban pendientes de los niños y niñas concursantes. En una mesa aparte habían dispuesto materiales de toda clase para pintar: lápices de colores, acuarelas, témperas, pinceles, lápices pasteles y cartulinas de todos los colores.

El tema para los trabajos de poesía, cuento y pintura era: “Paz y Hermandad entre los Pueblos.” Eran tres niveles, 1ro y 2do - 3ro y 4to - 5to y 6to. Había un gran rótulo:

“JUEGOS FLORALES ESTUDIANTILES 2007”

HORARIO: 8:00 am - 12:00 m.

Hubo niñas y niños que trabajaron muy rápido, pero los organizadores tuvieron el buen criterio de no exhibir los trabajos hasta que el último niño entregara el suyo.

A las 12:30 p.m. ya estaban los maestros montando la exposición. Los concursantes en lectura, ortografía, cuento y poesía, estaban en otra área del gran gimnasio. Los trabajos de los concursantes en pintura eran muy bellos. La honestidad, originalidad y gran colorido llamaba la atención del jurado. Las pinturas carecían de firma, sólo en el reverso estaba el seudónimo de cada niño y al entregarlo un maestro lo enumeraba por escuela, categoría y nivel.

Entre las pinturas del 3º y 4º llamaba la atención, una que representaba dos flores entrelazadas en sus hojas y tallos: la “Flor del Espíritu Santo” y una rama del “Flamboayan rojo”, tres caritas de niños sonreían alrededor, un morenito, un rubiecito y un indiecito; todo esto sobre un cielo tropical. Su seudónimo era: “Arcoiris”.

Había otros con banderas, con escudos, rondas de niños y niñas, todos muy llamativos. Los organizadores decían que a todos había que darles

el premio, pues era muy difícil. Finalmente, hubo que decidir con voto secreto y cuál no fue la sorpresa, el trabajo de Pedrito Alexi ganó el mayor puntaje. Esperó hasta el sábado para organizar la divulgación del resultado de los Juegos Florales Estudiantiles. Varios niños y niñas de los distintos niveles ganaron premios.

Las autoridades del Ministerio de Educación, Instituto Nacional de Cultura y algunas embajadas, padres de familia, maestros y estudiantes estuvieron presentes en el Teatro Nacional, para la solemne ceremonia de entrega de premios a los niños y niñas.

Un hermoso lienzo con el lema “Paz y Hermandad entre los Pueblos”, dominaba la decoración del escenario. El maestro de ceremonia inició el acto, anunciando las palabras de bienvenida del Ministro de Educación quién empezó la entrega de pergaminos y medallas a los autores de los mejores trabajos, en lectura, ortografía, cuento y poesía y el último, pintura.

En pintura del nivel 3º y 4º grado nuestro compañerito haitiano, nacionalizado panameño, Pierre Alexi, ganó el premio por la mejor obra debido a su creatividad, originalidad, expresión, colorido y mensaje.

Lo que llamaba la atención de la obra eran, la flor nacional de Haití; el Flamboyan rojo y la blanca Flor del Espíritu Santo, flor nacional de Panamá, entrelazadas por sus hojas.

El niño Pierre recibió la Medalla Dorada, un pergamino y B/.2,000.00 donados por las embajadas.

Pierre donó B/.1,000.00 para los niños y niñas pobres de Haití, su patria natal.

El Instituto Nacional de Cultura, reprodujo el diseño de Pedrito en carteles y sellos postales. Se donó a la UNICEF: “Fondo Internacional de las Naciones Unidas para Emergencias de la Infancia”, para tarjetas navideñas, a todas las Embajadas y a la República de Haití, por supuesto.

LOS INTRÉPIDOS NIETECITOS

Por: Eradio "Pica" De León

Había una vez dos hermosos niños, que por sus apodos muy graciosos, su abuelito les llamaba: a uno Tutu y al otro Ñopo.

Estos dos intrépidos jovencitos decidieron tener una aventura en el bosque. Papá abuelo como le solían llamar al viejecillo, les tenía al cuidado, un lindo y blanco caballo, muy diestro, que ellos podían montar sin peligro alguno.

Tomando ellos su caballo blanco, como la nieve, se introducen en el bosque donde vivían muchos animalitos y una bruja a la que temían todos en ese pueblo.

Tutu y Ñopo se dan cuenta de la presencia de un conejito, al que dejaron pasar sin hacerle ningún daño. Cuando de repente, llegan a un río en el que habitaba un gran lagarto, que al ver la presencia de los niños y su caballo, se asustó abriendo su enorme boca, pensando que los niños le harían daño. Pero ellos tomaron por otro camino y lo esquivaron.

Más adelante, de repente, **les aparece** un tigre. Aquí sí que se asustaron, pero Tutu rápidamente le dice al tigre: Nosotros no te haremos daño, porque sabemos que ésta es tu casa y sólo queremos pasear en ella.

El tigre los miró y los dejó pasar.

Estando en el centro del bosque, ven un gran árbol y un viejo rancho. Allí vivía la malvada bruja, que en cuanto los vio se reía y dijo: ¡jajajaja me los comeré! - ¿Qué buscan en mi bosque?

Ñopo le respondió: Queremos tener amigos en este lugar.

Pero, **la bruja** con malévola intención repite: ¡jajajaja me los comeré!

Asustados Tutu y Ñopo, arrancaron a correr en su caballo.

Más adelante se encontraron con una reunión entre el conejito, el lagarto y el tigre que contentos hablaban de los niños y su caballo, en la cual ellos comentaban que estos pequeños no les habían hecho ningún daño.

De pronto aparecen asustados, junto a su caballo y temblando de miedo, los niños les contaron lo que la malvada bruja quería hacerles.

En ese momento, en su mágica escoba, llega la bruja; ¡jajajaja me los comeré!

Cuando en un tono fuerte el tigre le rugió y le dice, ¡deja en paz a estos niños, si no te la veras conmigo!

Respondió el conejito. Ellos están en nuestros bosques, sin hacernos daño alguno:

El lagarto replica: son nuestros amigos y los defenderemos.

A la bruja sólo le quedó unirse al grupo y desde ese entonces todos fueron amigos y vivieron felices en ese lugar para siempre.



¡AY LOS NIÑOS ¡NIÑOS EN FIN!

Por: Francisca de Sousa

Ilustrador: Gustavo González

-Yo no creo en alienígenas- reía- Chanty -son puros cuentos eso de que los extraterrestres ya vinieron, creo que tú estás creyendo que era verdad la del muñequito de E.T.

-¡Qué no! Te digo que yo vi cuando aterrizaba en el hueco del llano una nave espacial -aseguraba Tavito.

-¿Y cómo sabes que era espacial?

-¡A pues! por las lucecitas de colores que se prendían y se apagaban cuando estaba bajando, y la forma como se suspendía en el aire, ¡no te asombraría ver un gran barco flotando!

-¿Quieres que vayamos a ver si está todavía ahí?- pregunto Tavito ansioso.

-¿Y no te da miedo? Mejor llamamos a mi papá- respondió Chanty.

-No me parece ¿qué tal si llama a la policía y matan a los que vinieron en la nave?

-Yo quiero verlos y si son niños, jugar con ellos y preguntarles como es el espacio y el lugar de donde vinieron -insistió Tavito.

Chanty se quedó mirando a su hermanito como si estuviera loco, ella tenía 9 años y su hermanito 8. ¿Qué podrían hacer ellos con extraterrestres? Aún más, no sabían si eran buenos o malos; o de perdida, ni siquiera estaban seguro que de verdad en el llano de su casa había aterrizado una nave espacial, pero los niños y las niñas son muy curiosos y a pesar de sentir miedo aunque se acuerden que la curiosidad mató al gato, siempre puede más el deseo de ver con sus propios ojos cualesquiera cosa que les llame la atención.

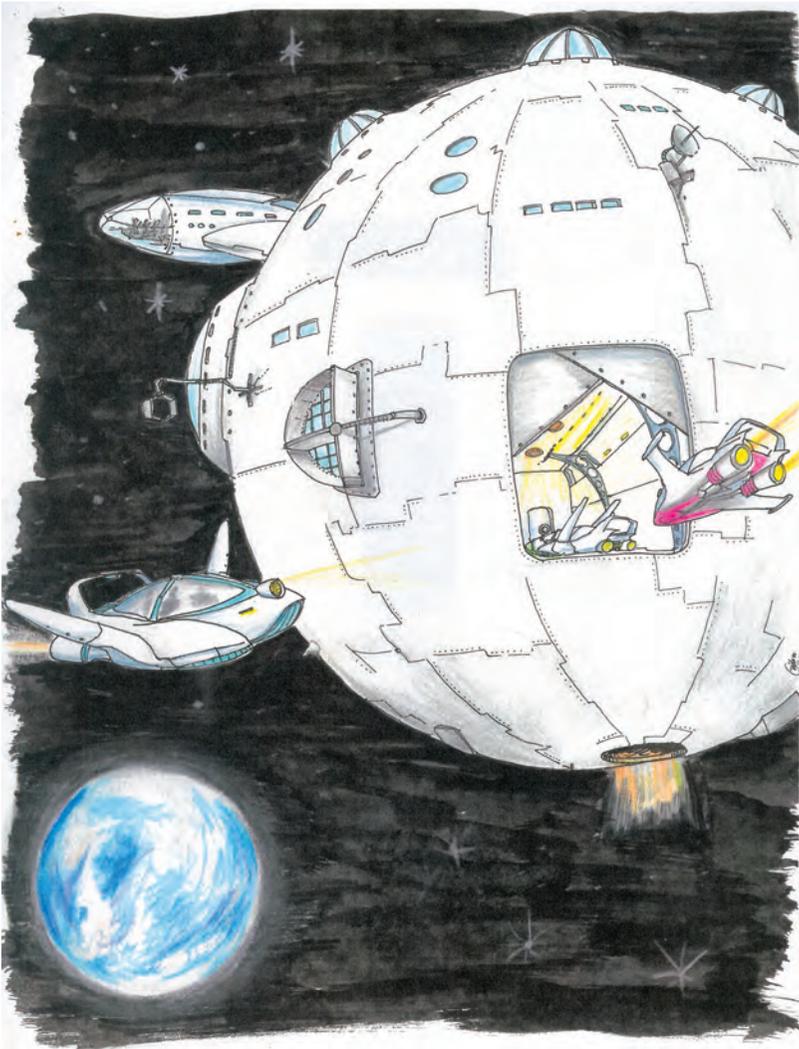
-Vamos- decidió-Chanty -yo también quiero saber que es eso que viste, podemos salir corriendo si no nos gusta lo que vemos.

-¡Hurra! Esa es mi valiente hermanita- se rió alborozado Tavito.

Comenzaron a caminar despacito para no hacer ruido, mirando a todos lados.

Lo que ellos no se habían percatado era que unas figuras casi tan altas como ellos los estaban observando, como estaba oscuro no se les veía bien, pero.... ¡parecían humanos!

Chanty llevaba agarrado a Tavito y poniéndose el dedo en los labios le hacía señas para que no hablara.



Unos ojos grandes y redondos como monedas de veinticinco centavos de color miel, los estaban siguiendo, pero... de pronto desaparecieron.

Los niños seguían caminando despacito con pisadas como los gatos y no se dieron cuenta que detrás de ellos, cinco figuras, los seguían de igual forma y lo mismo que ellos se llevaban los dedos a los labios, caminaban de la misma forma sin hacer ruido.

De pronto... Chanty y Tavito se pararon bruscamente al ver en el fondo del valle, lo que realmente parecía un barco con muchas lucecitas, al hacerlo tanto ellos como las figuras que los seguían cayeron rodando por la empinada cuesta hasta que llegaron casi al pie del aparato.

Tanto los unos como los otros se notaban tan asustados que corrían dando vueltas por todos lados.

Tavito y Chanty comenzaron a correr despavoridos pero sintieron una fuerza que los mantuvo quietos.

-No teman- les rogó- uno de los seres que veían a su lado -no les haremos daño, queremos conocerlos, tenemos muchos años de estarlos observando, conocemos como se comunican y podemos hacerlo con ustedes.

Tavito y Chanty estaban aterrados pero veían que esos seres parecían amigables. tenían una especie de sonrisa en lo que parecía una boca de finos labios, además sus redondos ojos melados se veían tiernos y amables.

-¿Quiénes son ustedes?- les preguntaron al unísono los hermanitos
-¿están disfrazados?

-¡No, que va!- se rió el que se veía alegre -somos así.

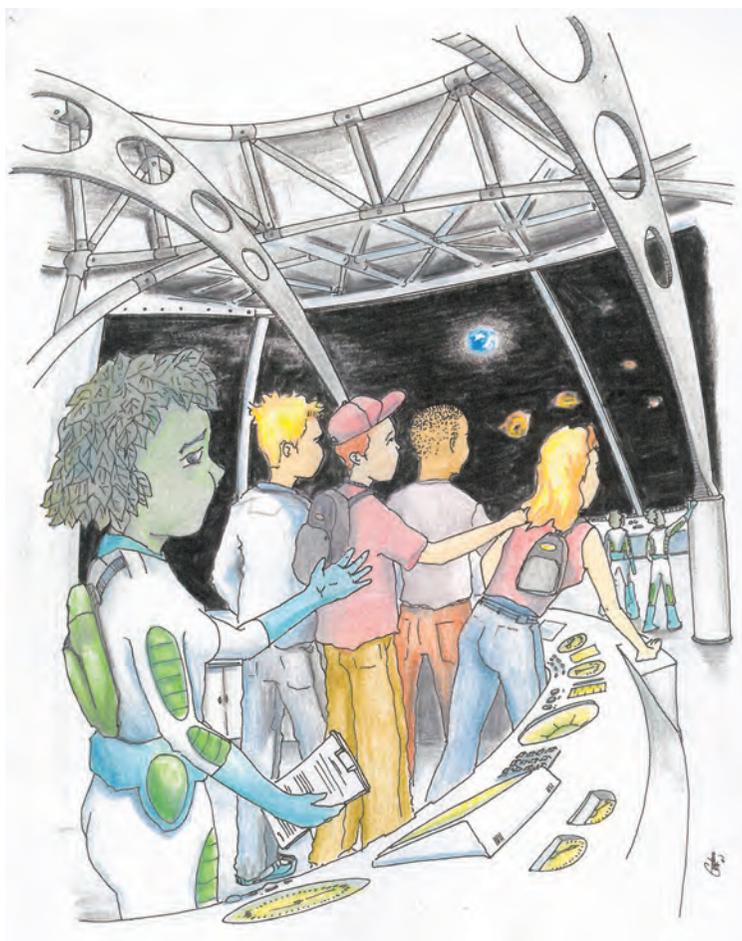
Los seres que Chanty y Tavito tenían frente a ellos eran casi como ellos, pero más delgados, con la cara redonda, la nariz respingadita y tenían el pelo verde como si fueran hojas muy finas, tan finas que parecían transparentes y cuando los vieron bien a la luz que despedía lo que parecía un barco, notaron que eran verdosos.

-¿De dónde vienen?- inquirió Chanty -por aquí no hay mar cerca ¿cómo llegaron en un barco hasta aquí?

-No es un barco- contestó la figura -es una nave, con ella cruzamos el espacio sideral para encontrarlos, los hemos estado observando todo el tiempo y creemos que podemos confiar en ustedes, aprender los juegos que ustedes juegan, enseñarles lo que jugamos nosotros y ser amigos ¿no es así como se llaman entre ustedes los que se reúnen para jugar?- preguntó el extraño pero amable ser.

-¡Pero ustedes son verdes! ¿son alienígenas como dicen en las películas de extraterrestres?

-Bueno- contestó uno de los seres verdosos -si así nos llaman ustedes está bien, pero fíjate Chanty, ¿así te llaman, verdad? tu tienes los ojos casi tan grandes como los míos y del mismo color. Ustedes son personas y nosotros plantonas.



-¿Plantonas? ¿son plantas?- preguntó Tavito asombrado, abriendo mucho los ojos.

-Me llamo Mimosa- dijo uno de los seres, tendiéndoles una mano que se veía firme pero suave.

-Yo soy Camelia- dijo otra.

-Y nosotros somos Roblen, Saucor y Manglin, nos pusieron nombres más conocidos por ustedes para poder entendernos mejor, somos niños también, pero nosotros estamos hace mucho tiempo en el espacio y hace mucho que aprendimos la tecnología de los juguetes eléctricos con computadoras, nintendos, game boy, pokemon y otros.

-O sea- aseveró Chanty -que ustedes saben más que nosotros.

-Tal vez- dudó Saucor -no todo, nos gusta verlos galopar, jugar con la arena en la playa aunque sea de día o de noche. Nos gustan sus barcos, por eso la nave tiene esa forma, pero hay de otras formas más, patean pelotas con sus piernas, algunas hasta los golpean cuando las lanzan y a veces jugando hasta se halan de los pelos, si nos hacen eso a nosotros nos harían daño, lo de nosotros no son pelos, son hojas.

-Pero entonces ¿ustedes de dónde vienen?-

-Del planeta Verda,- contesta Mimosa -a ustedes el sol los ilumina parte del tiempo, a nosotros casi todo el tiempo, por eso no nos han visto, siempre giramos con el sol, menos cuando la luna de la tierra nos tapa por un rato.

-Pero...¿cómo es que dejan a niños pilotear una nave tan grande y cruzar el espacio?

-¡Ay! eso nos recuerda que debemos volver! A lo mejor ya se dieron cuenta que salimos sin los mayores y seguro nos castigarán ¡Ayayay! Nos vemos, otro día vendremos y nos enseñarán sus juegos, no le digan a nadie que vinimos, si no, nos perseguirán ¡ay nanita! Creo que metimos la raíz, o la pata como dicen ustedes.

Las cinco plantonas salieron corriendo, se metieron en la nave entre risas y haciendo señas de despedida desaparecieron rápidamente.

-Oye Chanty, no entendí eso de plantonas ¿que será? Busquemos en la computadora.

En la computadora no salió nada sobre plantonas extraterrestres, pero si vislumbraron algo parecido a una respuesta.

-Los de la tierra somos terrícolas, personas, tenemos pelos y no somos tan frágiles- leyó Chanty.

-Entonces los de Verda son verdosos y son plantas ¿por eso son plantonas?- preguntó Tavito rascándose la cabeza.

-Creo que debemos preguntarle a mi abuelita que es bióloga y trabaja con ranitas, pececitos y orquídeas y otros ¿te parece?

-Sí, pero sin contarle a nadie lo que hemos visto, así podrán volver y entonces estaremos preparados para jugar con ellos.



LA NAVIDAD EN LA TIERRA

*Por: Francisca de Sousa
Ilustradora: Mitzy Sandoval*

En un observatorio del planeta Marte se encontraban un niño y una niña con un guía admirando la belleza del universo celeste cuando de pronto...

Algo vio Orly, uno de los niños marcianos, que le llamó su atención.

-Oye Tora, -llamó a su guía, - ¿qué sucede en ese asteroide? se ve distinto a otras veces, ¡está tan lindo! con luces multicolores.

-Es verdad- confirmo Kara - ¡qué bello!

No es un asteroide- aclaró Tora - es el planeta Tierra.

-¡Oh, pero qué hermoso! - Cómo me gustaría estar allá y ver por qué es tan bonito- comentó Kara.



-Creo que puedo complacerlos- concedió Tora - aunque sea por poco tiempo y en secreto.

-¡Hurra! te queremos mucho- saltaban Kara y Orly alrededor del guía que los miraba sonriente disfrutando su alegría.

-Los llevaré, pero me tendrán que prometer que no lo dirán, sino voy a tener que llevar todos los niños y niñas de Marte- dijo Tora, haciendo que se lamentaba.

-Prometido- concedieron Kara y Orly - no diremos nada que tú no quieras que digamos.

Montaron en una nave espacial que tenía una forma parecida a un trompo y partieron raudos. Cuando llegaron a la tierra se quedaron maravillados viendo las iluminaciones y alegorías navideñas.

-¡Oh Tora!- dijo asombrado Orly. -Esto sólo lo hemos visto en libros que hablan de historia antigua de Marte -¿Por qué no lo hacemos así si es tan bello?

-Los llevaré a diferentes países para que vean esa fiesta y luego ustedes mismos sacarán su conclusión- aseguró Tora.

Aterrizaron en México detrás de un edificio en construcción y nadie se dio cuenta porque hicieron el trompo invisible. Caminaron un poco y oyeron una gran algarabía.

-¿Qué es eso?- se sobrecogieron Kara y Orly.

-Una posada estilo mexicano- respondió Tora, vengan, participaremos.

-¿No se darán cuenta que somos de Marte?- preguntó Orly.

-No, el frío y la fiesta les hace tener toda clase de gorros y adornos encima que casi entre ellos mismos se les hace difícil reconocerse-.

-Además, en estas fiestas todo el mundo es bienvenido- rió confiando Tora.

Aterrizaron en México detrás de un edificio.

Vieron como alrededor de una cosa multicolor que colgaba, la gente gritaba, trataban de darle con un palo adornado y todos cantaban.

-¡Horror!, ¿a quién le pegan?- se aterrorizó Kara -mejor nos vamos-.

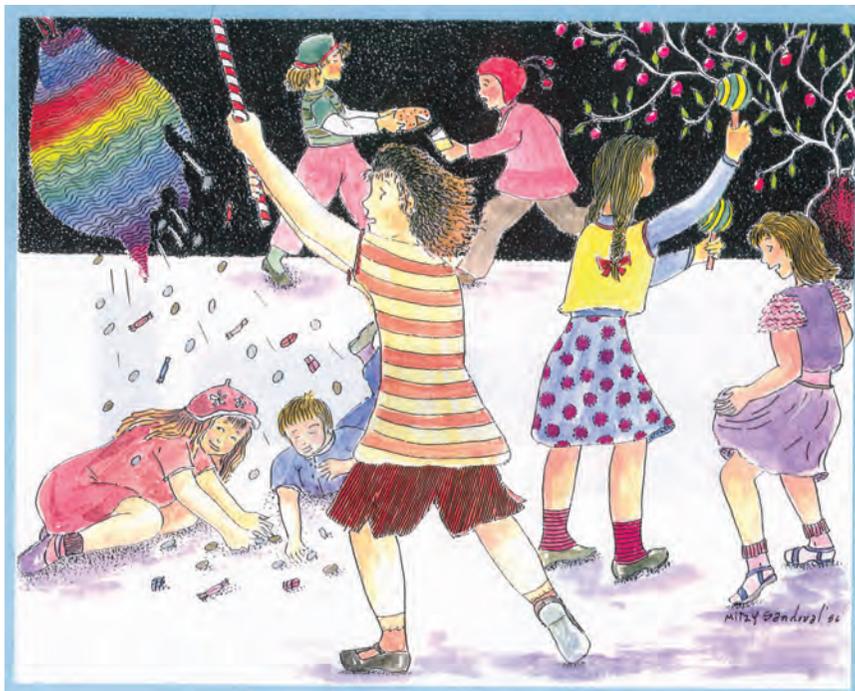
-No te asustes- la calmó Tora -es una piñata. Está llena de frutas y golosinas, cuando la rompen todo sale y recogiénolo del suelo se lo comen felices-.

-¿Crees que me dejarán pegarle?- se animó Orly.

--Ya vienen por ti, te van a vendar los ojos, no temas, tienes que tratar de pegarle- dijo alegremente Tora.

--¿Cómo te llamas? le preguntaron a Orly -ven a romper la piñata- le decían mientras lo arrastraban entre risas.

-¡Yo soy marciano!- Bien, ¡se llama Marciano!- gritaron.



Le vendaron los ojos, le dieron el palo y comenzaron a cantar:

Dale, dale, dale
Dale marciano
Rompe la piñata
que si no la rompes
meterás la pata.
Dale, dale, dale
Rómpela ya,
el ponche caliente

esperando está
la rosca de pan
se nos enfriará
Dale, dale, dale
rómpela a prisa que
las golosinas con frutas
que caerán y entre canto y
risa se las comerán.

-¡Qué lindo!- suspiraba feliz Kara, viendo como disfrutaba su hermano y reían como nunca lo hacían.

De pronto miró hacia un lado y vio tres figuras que miraban la fiesta tristemente.

Una señora con un niño en brazos y dos más que se pegaban a sus faldas.



-Y ella, ¿porqué no está en la fiesta? Me da mucha lástima - casi lloró Kara.

-Espera y verás- sentenció Tora.

Casi enseguida vieron como llegaron un grupo de muchachos y tomando los niños en brazos los colmaron de caricias y les dieron ponche, frutas y regalos. Enseguida vieron como la sonrisa afloró sus labios.

-¡Ay qué emoción! casi no la resisto, hace tiempo no sentía estas cosas- rió feliz la niña marciana.

Orly llegaba todo sudoroso y contento cantando igual que todo los demás.

¡Había roto la piñata sin usar sus antenitas de localizar objetos, sin ver!

-¡Viva Tora! ¡Quiero navidades en Marte -gritaba eufórico.

-Vengan, los llevaré a otro lado- sugirió Tora.

Llegaron a Panamá, y vieron en una casa muchas personas reunidas, que felices, alrededor de un árbol iluminado y un gran nacimiento se repartían paquetes, los abrían y se abrazaban y luego cada uno tomaba su lugar en esa gran mesa, muy colorida y llena de viandas.

-¿Qué hacen?- pregunto Kara.

-Es una familia, todos se reúnen para estar felices y reunidos- contestó Tora -se intercambian regalos y cenan juntos para acercase más... lo que más les llamó la atención, ¡fue que en la mañana vieron los niños con sus juguetes!, haciendo un ruido infernal bajo la beatífica y feliz sonrisa de sus padres.

-Nuestras familias no son así- se quejó- Orly. Salieron a la calle y vieron a la gente abrazarse felices y gritaban: ¡Felices Pascuas! a todo el que pasaba.

Pasaron por Centro América y vieron niños y niñas huérfanos llorando. Muchos con armas y trajes de batalla; con miedo que de un momento a otro se desatara una balacera nadie se atrevía a salir -¿Qué pasa aquí Tora?- preguntó alarmado Orly.

-Lo que destruyó la Navidad en Marte- contestó tristemente Tora -ahora sus armas están silenciosas, pero es sólo una tregua por la Navidad, mañana... comenzarán a usarlas nuevamente.

En otros lugares vieron que a pesar de que había barriadas muy pobres todavía la gente estaba reunida celebrando la Navidad y aún sonreían.

-Y ahí ¿no hay problemas?- inquirió curiosa Kara.

-¡Sí que los hay! mira, esa casa de cartón y con una lluvia se vendrá al suelo. Si esas casas no se mejoran seguirán el mismo camino de lo que hemos pasado- contestó Tora.

Siguieron su viaje y vieron en Suramérica la gente abrazándose en las calles y gritaban ¡Felices Pascuas! y muchos intercambiando algún obsequio.

-¿Porqué hacen eso? ¡qué lindo! me gustaría que fuera así en nuestro planeta -suspiró Kara.

-La Navidad es una fiesta de amor y paz, por eso se hacen obsequios.

-¡Dar! es bondad. Muchos no dan obsequios, dan un beso o un abrazo, demuestran amor con una sonrisa y la alegría de vivir -contestó emocionado Tora.

Regresaron a Norte América y vieron lo mismo. Fueron a Suecia y se emocionaron hasta las lágrimas oyendo los villancicos y vieron arder velitas de verdad en las procesiones de los niños y niñas y en los árboles de navidad.

-¿Por qué no hay esto en Marte?- preguntó tristemente Orly.

-Primero díganme ¿qué concluyeron de lo que han visto?- preguntó Tora a Kara y Orly.

-Que la Navidad es una fiesta de alegría y paz- dijo Orly.

-También de amor, bondad y caridad-concluyó Kara. -¿Viste en México lo que hicieron con la pobrecita señora y sus hijos?

-Sí, pero eso en Marte es ser sentimental y es prohibido- se asustó Orly.

-¿Por qué en Marte ya no hay Navidad Tora?-preguntaron Karla y Orly.

Con tristeza Tora les respondió -¿quieren saberlo?

-Creo que ya nos hemos dado cuenta-contestaron al unísono Karla y Orly.

-En los libros antiguos se habla de cómo la gente en Marte se fue haciendo egoísta poco a poco, eran tantos que se mataban por un mendrugo, o en una riña- recordaba Orly.

-Había guerras, raptos y violencia. La familia, que es la base de la sociedad, se desunía- se lamentó Kara.

-¿Ven? eso ya comienza también en la Tierra y pronto llegarán a no tener la bella Navidad -se condolió Tora.

-¡Oh no! eso no debe ser, alguien debe advertirles. No dejaremos que eso les ocurra- saltaron Karla y Orly inquietos.

-Es tan bello dar y recibir, una caricia, una mirada dulce, una sonrisa-decía tristemente Kara.

-Haremos la lucha para que volvamos a ser sentimentales en Marte y no se pierda el amor y la bondad en la Tierra- prometieron Karla y Orly.

-Los niños y niñas, que son los hombres y mujeres de mañana, tienen todo el poder en sus manitas- les dijo Tora. -Recuerden lo que han visto y comiencen su tarea calladamente, si no, ¡me matan!

-¡Ay gran Marcial!- se quejó cómicamente Tora y entre risas y felices, emprendieron el regreso, prometiéndose resucitar en Marte la alegría y el amor de la Navidad.

LAS VOLANTES

Por: Hena González de Zachrisson

Una ráfaga de viento disparó por la ventana de la imprenta las volantes que se estaban secando. No eran unas volantes cualquiera, eran portadoras de los Derechos del Niño.

Las que fueron a dar al mar, quedaron en manos de unos pescadores quienes se las llevaron a casa para mostrarlas a sus hijos.

Otras volantes viajaron hasta las tierras altas de Ngabe Bugle donde algunas sirvieron para prender el fogón y otras fueron leídas por los habitantes sin poder comprender esos derechos que sólo veían en papel, nunca en la práctica.

Algunas volantes rodaron por las calles de la ciudad. Una de estas fue a dar a la cara de un chico que dormía en una alcantarilla.

-Joo, ¿eso que fue?, - se despertó Pedro y agarró de mala gana el papel.

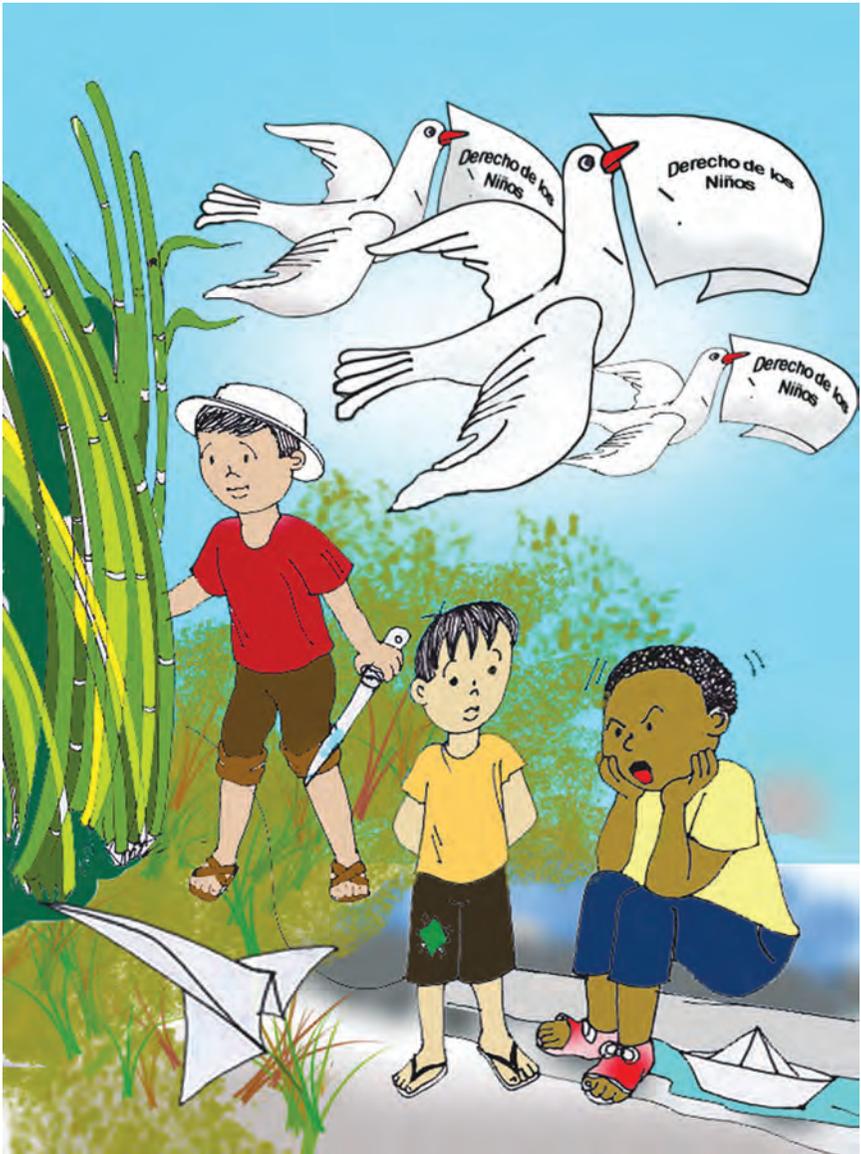
Y tocando a Rafa en el hombro, le dijo: - Hey, Rafa, oye lo que dice aquí, dizque nosotros tenemos derechos.

- ¿Derechos? ¿Qué es eso? - Rafa se restregó los ojos y leyó. Luego dijo: - Me despiertas para decirme esta sarta de mentiras. ¡Derechos! ¿Crees en eso? Anda nomás a reclamar tus derechos, e irás a parar a la cárcel por necio, o al manicomio por loco.

Pedro no quiso escuchar más. A él los derechos le daban esperanzas, y prefirió leerlos de nuevo, pero Rafa le arrancó la volante de las manos.

- ¿Sabes, bobo, para qué sirve este papelito? Para esto - y acto seguido, convirtió la volante en un barquito que puso a navegar en la alcantarilla donde se perdió en las aguas sucias, junto con los sueños de su amigo. Rafa hubiera querido poder soñar como Pedro, pero hacía tiempo que los sueños dejaron de existir para él.

Otra hojita suelta voló lejos, muy lejos, aterrizando en un cañaveral. A Pedro no le importó que sus manos sucias de carbón tomaran ese papel



que cayó del cielo. Eso sí, leyó con cautela, no fuera a ser reprendido por el capataz por haber dejado de trabajar unos minutos. Sorprendido y emocionado descubrió lo que le parecía un sueño imposible: ¡¡Los niños como él tenían derechos!!!, él, que siempre había creído que no tenía nada. ¡Qué bueno saber leer! Que él había asistido a la escuela hasta el sexto grado. Después tuvo que dejar los estudios para ayudar a su papá en la zafra.

- “¡¡¡El trabajo infantil está prohibido!!!” - se le escaparon las palabras en voz alta. Los trabajadores a su lado lo miraron con sorpresa. Su corazón latió con fuerza. La volante le informaba que no tenía que trabajar, menos tan duro como lo hacía. Entonces... ¿qué hacía él en el cañaveral? El capataz pasó cerca y Pepe estuvo tentado a mostrarle la hoja y decirle: - Oiga, señor, lea aquí, dice que yo tengo derechos... A mi edad debo estar estudiando, no trabajando. ¿Lo sabía usted?

Pero se detuvo a tiempo. Si se ponía a exigir sus derechos, de seguro lo lanzarían de patitas a la calle, y junto con él a su papá. Y entonces, ¿qué pasaría con su mamita... ¿qué pasaría con las mellas...? ¿Quién compraría su leche, sus alimentos si no estaba él?

Pepe se puso a recordar cómo fue que llegó a trabajar en el cañaveral. Recordó el día en que su papá lo llevó con él.

- El patrón me dijo que te llevara, que los hijos pueden trabajar con sus padres.

- Estos niños se conforman con cualquier pago. - A Pepe no le gustó escuchar al capataz decirle esto a un señor amigo. Sin embargo, escuchó con orgullo cuando el capataz añadió:

- Además, los niños trabajan más rápido que los grandes. ¿Sería verdad esto? Pronto comprobó que era cierto.

El primer día de pago fue fascinante recibir plata por su trabajo. Los días de pago lo emocionaban: el dinero en sus manos - el corto tiempo que lo tenía en ellas - lo llenaba de sueños. Sería rico un día y a su familia no le faltaría nada.

El trabajo en la zafra era duro, peligroso... y sofocante... A su mente acudían a veces las imágenes de otros niños de su edad que Pepe veía de reojo en la enorme pantalla de televisión del jefe del cañaveral. Niños lindos que paseaban con sus padres en grandes carros, que se bañaban en hermosas playas o en grandes piscinas; niños que se divertían con payasos y piñatas en los cumpleaños. El nunca había celebrado su cumpleaños, ni siquiera había asistido a uno.

Pepe tenía apenas 11 años y ya había dejado de ser niño, el tiempo se le escapaba con prisa de brisa. No recordaba haberse sentido nunca

niño, pues como era el mayor de su casa, siempre tuvo deberes de gente grande.

A los 4 años, ya era una persona útil que le daba la mamadera a las mellas, Zuleika y Nadia. A los 11 trabajaba en el cañaveral. ¿Acaso no decía su mamá que su nacimiento fue una bendición porque pudo ayudarla con las mellas? Pepe se llenaba de ternura cuando mecía a esas bebitas de piel dorada y hermosos ojazos negros en la vieja hamaca que colgaba del naranjal de su casa. Él quería a las mellas como si fueran sus hijas y se había prometido que siempre las cuidaría.

Volvió a leer la volante. Esa vez no lo emocionó tanto como antes. Si se cumplían sus derechos de no trabajar, ¿cómo podría ayudar a las mellas?

¿Y al resto de su familia? No, él tenía ya muchas responsabilidades serias. Estos derechos no eran para él.

Entonces, Pepe dobló la volante hasta formar un avioncito. ¡Qué lindo se vio el avioncito de papel volando por los cielos, ajeno a que se llevaba muy lejos las aspiraciones de un niño trabajador...! Sin embargo, Pepe sonreía feliz. Para él era más importante atender a las mellas que soñar con derechos.

* * * * *

Otra volante danzó por los aires hasta caer sobre la flamante bicicleta de Ernesto, quien descansaba con pereza bajo un árbol después de haber hecho una regata con Juancho en el Parque Omar. El niño la divisó cuando el chico fue a tomar su bicicleta y por curiosidad la leyó. Entonces le dijo a su amigo :

- Escucha, Juancho, lo que dice aquí, que tenemos derechos. ¿Recuerdas que la maestra nos dijo lo mismo?
- Ah sí, déjame ver. - Y ambos niños se pusieron a leer cada derecho en voz alta.
- ¡Qué cantidad de derechos tenemos! Es bueno saberlo. - dijo Ernesto.
- Oye, si, - dijo Juancho mientras leía con cuidado - Mira, el que más me gusta es el que dice que nuestros padres no tienen derecho a pegarnos. Cuando traten de hacerlo les voy a mostrar este papelito.

- Ah, tu bien sabes que jamás te regañan. A mí el derecho que me gusta es el que dice que los niños no deben trabajar. Cuando papá me vuelva a mandar a lavar el carro, o a botar la basura, se lo haré saber.
- ¡Mamá tampoco podrá mandarme a arreglar mi cama! ¡Qué chévere que son estos derechos!
- Vamos a sacarle una fotocopia para colocarla en algún lugar visible en casa, en la puerta de la refrigeradora. ¡Nosotros tenemos derechos y vamos a hacer que se cumplan!

Esta última volante no se convirtió ni en barquito ni en avión.

Pero unas palomas que observaban desde el árbol de mango tomaron varias volantes que reposaban en sus ramas y se fueron dispuestas a dejarlas caer, no en manos de los niños trabajadores, ni tampoco de los niños mimados. Ya se habían dado de cuenta que no era en manos de los pequeños donde debían estar. Reunieron a todos los pájaros que encontraron y juntos resolvieron recoger todas las volantes que pudieran y dejarlas caer en manos de empresarios exitosos y en legisladores que hacen leyes, para que reflexionaran e hicieran algo por mejorar la situación de los niños trabajadores. Ojalá no terminen como aviones o barcos de papel.

TATARABUELA

Por: Hena González de Zachrisson

Había una vez una mamita que, con el pasar de los años, se convirtió en abuela y con el pasar de más años se convirtió en bisabuela, y con el pasar de muchos más años terminó de tatarabuela.

Pese a tantos cambios y tantos años, su rostro lucía fresco y vivaz, su cabellera, ahora blanca como la nieve, Lucía como si acabara de salir del salón de belleza, sus movimientos, aunque con pasos más lentos, eran aún de mujer joven, debido sin duda a años de prácticas de yoga con muchas sanas meditaciones de por medio y mucha alegría de vivir y entusiasmo por todo. Por eso, en todas las etapas de su vida, siempre lució esplendorosa. Nadie osó llamarla abuela ni bisabuela, palabras que detestaba, pero el nombre Tatarabuela salió de tan dulces boquititas de tataranietos que lo aceptó con alegría.

Cuando aún era abuela y bisabuela, tuvo la dicha de vivir en uno de los lugares más frescos y agradable del país -Boquete- en una linda casa tipo suizo, con un jardín planeado y dirigido por ella, lleno de rosas, veraneras, jazmines y chavelitas; de árboles de naranja injertada, mandarina, naranja agria y en lugar escogido pegado a la casa un gran árbol de eucalipto que despedía salud. Había un rincón de hierbas medicinales - mastranto, hierbabuena, hierba de limón, ruda, diente de león, ruda...

Allí tuvo a la noble boxer Yuma, quien dio su vida por ella cuando vio una coral en acecho cuando su ama recogía unas plantas; la atacó y fue mordida en lugar de su ama; también tuvo a Proción, una mezcla de pastor alemán con husky, al que tuvo que abandonar cuando, a la muerte de su esposo, vendió la casa y se fue a vivir a la capital con sus hijas.

El tiempo es tiempo y aunque con Tatarabuela se portó requeté bien, no pudo evitar dejar rastros de su presencia. Por ejemplo, las palabras empezaron a burlarse de ella pasando por otras cuando escuchaba la radio o las noticias de la tele, o cuantos conversaban con ella. Tuvo que pedir muchas veces que le repitieran lo dicho y pronto se dio cuen-



ta que estaba quedando sorda. Esto le dolió mucho pero no tanto como darse cuenta a la gente no le gusta repetir lo que dicen, que es otra forma de decir que les fastidian los sordos.

Tatarabuela le gustaba escribir pero tuvo que dejar de hacerlo cuando se le hizo imposible sostener una pluma por la tembladera de sus manos y el dolor en las articulaciones. Renunció a las caminatas diarias cuando sus piernas decidieron ya no sostenerla como antes, a menos que tuviera el auxilio de un aparato que le costó aceptar para caminar - ¡nada menos que una andadera! Pero aprendió a convertirla en com-

pañera deseable cuando quisieron trabarle una silla de ruedas. ¡Horror, eso sí que no!

Como las hijas trabajaban, tuvieron que conseguirle una nana y tuvo que aceptar que había alcanzado no la tercera sino la cuarta edad. Así de pronto, con tantas cosas que ya no podía hacer, como leer y ver televisión, el tiempo se le hizo larguísimo:

- ¿Qué pasa con el reloj que apenas se mueve?... ¿qué pasa con el día que no se acaba?... La respuesta vino rápida: ya no tenía cómo distraerse y un desconocido imprudente se le presentó de repente. Nunca había tenido un trato con este enemigo totalmente desconocido... ¿Qué cómo se llamaba? ¡¡Aburrimiento!!

A pesar de las necesidades provocadas por el susodicho Aburrimiento, Tatarabuela le sacaba la lengua todos los domingos y ni caso le hacía, porque al impertinente no se le abrió la puerta y en su lugar reinaba la alegría, la diversión, las ocurrencias de los tataranietos. Ese día Tatarabuela se tragaba los otros seis para convertirlo en el día de risas estridentes que sólo podían salir de tataranietos alborotados y loquitos que cantaban desafinadamente; de nietas transformadas en expertas de belleza que se peleaban por hacerle un rimbombante peinado en la blanca cabellera, o en la manicurista, mientras la ponían al día de bochinchitos de niñas; de adolescentes guitarristas entonando canciones de antaño para el deleite de la Tatarabuela que cantaba con ellos. ¡Cómo disfrutaba de este sagrado día!

Pero de pronto los domingos familiares comenzaron a faltar. Primero llegaron excusas de unos, pero la lista de excusas fue creciendo, hasta no quedar ningún domingo libre para visitarla. El domingo se volvió un día igual a los otros.

Fue precisamente en domingo cuando Tatarabuela sintió un fuerte dolor en la hernia. Su nana nunca la había visto así y dio la voz de alarma. Tatarabuela nunca enfermaba y por eso todos se alarmaron tanto que volaron a verla. Encontraron la puerta de su apartamento abierta de par en par y pensaron lo peor, pero Tatarabuela se mecía suavemente en su mecedora de mimbre.

- ¿Qué pasó con la hernia? - le preguntaron a la nana, quien se encogió de hombros.

- Háblenme a mí que estoy presente y con las facultades suficientemente bien puestas para contestar. - dijo muy molesta Tatarabuela. A ella le molestaba que hablaran como si no estuviera presente, “algo que siempre hacen con las viejitas pero recuerden que yo no soy una de esas...”.

- Díganos, pues, ¿cuál es el problema con la hernia?- enseguida dijeron varias voces.

- La hernia me duele, pero duele menos cuando estoy sentada. - contestó Tatarabuela con suma dignidad y leves suspiros que alarmaron a los presentes.

Los tataranietos, bisnietos y nietos no hicieron preguntas. El mensaje de “Te queremos” le llegó a Tatarabuela con silenciosos abrazos y besos.

- ¿Qué significa esto? - dijo una voz adulta, - ¿Por qué no está acostada Tatarabuela?

Otra voz añadió con disgusto:

- ¡A quién se le ocurre traer niños al lecho de una enferma! ¡Qué imprudencia! ¡Qué los niños se vayan al balcón enseguida! ¿Me oyeron?

Los niños obedecieron en el acto y desde el balcón se pusieron a espiar a los adultos por la puerta de vidrio que los separaba.

- ¿Te duele mucho, mamita? - dijo con ternura una voz adulta.

El “sí” débil de Tatarabuela apenas se oyó pero los niños vieron como la cara de Tatarabuela palidecía, y sus ojos se veían en blanco.

--¡Pobrecita! – dijo otra voz adulta acercándose para acariciarla.

Tatarabuela cerró los ojos y recostó su cabeza en el hombro de la hija que le hablaba con tanta dulzura.

- Enseguida llamaré al Dr. Cordero. Ya verás cómo vas a mejorar.

Tatarabuela asintió con la cabeza. Sus ojos en blanco miraban hacia el cielorraso.

- Debes esperar al doctor acostada así que vamos a acostarte en tu camita, - dijo otra tierna voz.

Enseguida Tatarabuela se vio levantada de la mecedora, agarrada a la andadera, e impulsada hacia su dormitorio.

- Así, muy bien. Un pasito, otro pasito, siga, ya falta poco...

Tatarabuela obedecía en silencio, paso a paso. Pero de pronto se detuvo mirando a su alrededor con angustia. ¡Había perdido algo pero no recordaba qué! Miró a un lado, miró al otro, hacia el frente... hacia atrás... hacia el balcón. Y paró en seco la andadera cuando divisó unas cabecitas que la espían desde el balcón. La cara de Tatarabuela brilló cual lucero... y su andadera cambió de rumbo... con sus pasitos ya no de tortuga sino de iguana.

- Cuidado te caes, – dijo alarmada la dulce voz que la conducía, --
¿Mamá, a dónde vas, no estamos yendo al balcón, vamos a la cama?
¿Me escuchas, mamá?

Sin hacer el menor caso, Tatarabuela apuró más el paso. Las adultas se miraron resignadas mientras que los niños en el balcón brincaban y aplaudían a medida que la andadera se acercaba más al balcón.

-- ¡¡Dale, Tatarabuela, dale, no te rindas, que ya estás llegando!!

Uno abrió la puerta. Y cuando llegó Tatarabuela aplaudieron más, la recibieron con abrazos, besos y risas. Enseguida, Pallín se aclaró la garganta para anunciar:

- Damas y caballeros, en honor de Tatarabuela cantaremos...
¡BURUNDANGA!

Todas las voces infantiles se pusieron a cantar:

- “Bongo le dio a Borondongo, Borondongo le dio a Bernabé, Bernabé le pegó a Muchilanga, le dio Burundanga y le jincha los pies”.

Las palabras extrañas hacían reír a los pequeños a carcajadas y empezaban de nuevo. El balcón se fue haciendo chico para los que allí estaban junto con los que se fueron acercando. Todos, grandes y chicos, nietos, bisnietos, hijas e hijos... todos... cantaban “Burundanga”. Tras sus alegres voces se escuchaba la débil voz de Tatarabuela cantando también.

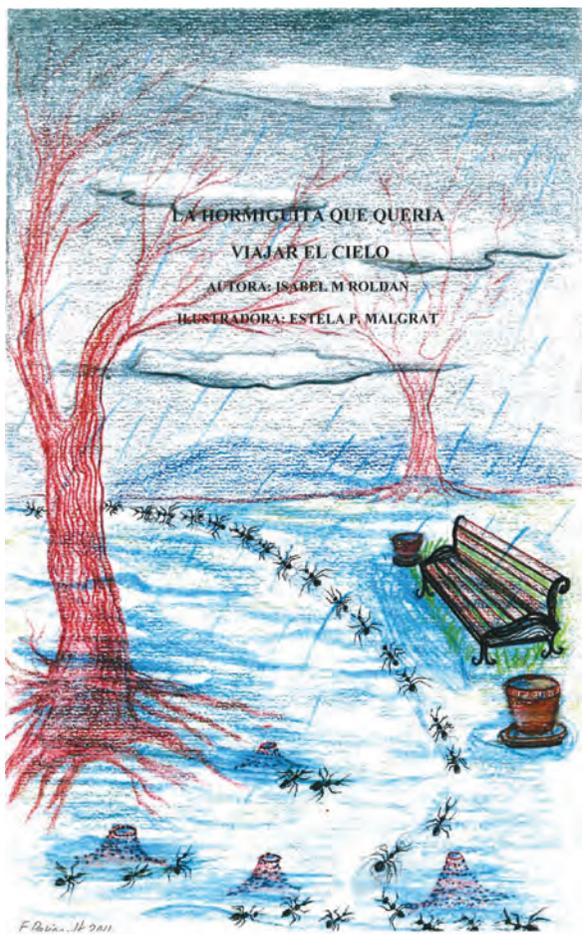
Nadie se acordó de la hernia. Cantaron, rieron, bailaron y al final se sentaron para planear como turnarse para que siempre hubiera domingos de Tatarabuela.

LA HORMIGUITA QUE QUERÍA VIAJAR AL CIELO

Por: Isabel M. Roldán

Ilustradora: Estela P. de Malgrat

Llovía y llovía... ¡a cántaros! La tierra estaba ahita de agua. Este invierno parecía no querer terminarse. Por las afueras de la ciudad, en los patios y jardines de las residencias, el agua se empozaba por doquier.



En uno de esos jardines existía un hormiguero cuya colonia se encontraba alarmada por el mal tiempo. Pobres hormiguitas, razón tenían de alarmarse. El agua estancada en el jardín, subía de nivel más y más,

amenazando inundar el hormiguero y todas podrían ahogarse. También se podrían morir de hambre ya que la comida almacenada por las hormiguitas, tan previsoras, se estaba acabando. Las constantes lluvias, no les habían permitido salir del hormiguero a recoger más alimentos.

Ante tan desesperante situación, la reina de la colonia de hormigas se reunió con los sabios y consejeros de su corte para estudiar el problema. Había que averiguar de dónde caía del cielo tanta agua y quién la tiraba. Tras largo deliberar o discutir, los sabios informaron que la lluvia caía del cielo y que allá mismo debía vivir el encargado de estos aguaceros. Por ello, aconsejaron a la reina a que enviara un emisario al cielo.

Este debía de contarle la triste y peligrosa situación de la colonia y lograr de esa manera que dejara de botar tanta agua a la tierra.

La reina reunió a todos los súbditos pidiendo un voluntario para esta importante misión. Y hete aquí que todas las hormiguitas ¡se ofrecieron! Todas querían hacer algo para salvar su colonia, no importando lo peligrosa que pudiera ser la misión. Preferían intentarlo todo antes que quedarse sin hacer nada esperando el fin.

La reina decidió escoger, de entre todas, la más fuerte, la cual no debería fallarles porque de ella dependería que se salvaran de morir ahogadas o de hambre.

Iniciaron los preparativos para la misión de inmediato y ya estaba la hormiguita mensajera lista para salir, cuando se dieron cuenta de algo muy serio. Nadie, pero nadie, ni siquiera los sabios de la Corte, conocían el camino que debería recorrer la mensajera para llegar al cielo. ¡Qué problema!

Pero como no había tiempo que perder, ésta emprendió la salida del hormiguero, muy resuelta y pensando que ya por el camino averiguaría su rumbo. No faltaría alguien que lo conociese. Muy animosa, se despidió de todos y prometiéndoles que haría todo lo necesario llegar al cielo.

La entrada del hormiguero estaba llena de lodo y la hormiguita tuvo que luchar contra él, resbalándose a cada momento, hasta que al fin... logró salir, Pero vió que el hormiguero estaba rodeado de agua y se

llenó de angustia comprendiendo que debía darse prisa en llegar a su destino y detener la lluvia, porque de otra manera, el hormiguero se inundaría y todas sus hermanas, morirían ahogadas.

Decidida y valiente, utilizó una hojita caída del árbol cercano y cruzó el gran charco, utilizándola a modo de bote y de ésta manera logró llegar a la orilla a salvo. Y a pesar de que estaba toda mojadita, se sentía contenta de poder continuar su camino.

Un largo trecho había recorrido, cuando se encontró con un sapo que estaba a la caza de mosquitos para su desayuno. Pensando que a lo mejor él sí sabría el camino para ir al cielo, se atrevió a preguntarle.

Lo ignoro_ contestó el sapo, observándola curiosamente_ yo no salgo de éste jardín y ese cielo está muy alto. Mejor pregúntale al perro que vive en la esquina, él es más alto y veloz que yo y recorre muchos caminos.

La hormiguita, luego de darle las gracias, se despidió emprendiendo el rumbo hacia esa esquina. Al llegar a ella, observó que el perro se guarecía de la lluvia, debajo del alero de la casa de su amo y se encaminaba hacia él. Éste estaba muy aburrido por no poder estar correteando por las calles y esto lo tenía de mal humor, por lo que le molestó la llegada de la hormiguita que le preguntaba cuál era el camino del cielo. La despidió con “cajas destempladas” diciéndole que eso se lo preguntara al caballo que trotaba por las llanuras y pensando divertirse un rato a costa de la hormiguita, empezó a corretearla, ladrándole fuertemente.

¡Pobrecita hormiguita! Casi se paraliza del susto pero del mismo susto sacó energías para darle velocidad a sus tres pares de patitas, alejándose del alcance del enojado perro. La lluvia seguía cayendo fuerte y ya estaba sintiendo frío, hambre y cansancio, pero el deber de la importante misión la impulsaba a seguir adelante. El saber que sólo de ella dependía la salvación de toda la colonia, le daba ánimos para seguir buscando el camino del cielo. Esperanzada, continuó rumbo hacia las llanuras en busca del caballo.

Después de un largo camino y sintiendo calambres en sus patitas, al fin llegó a donde estaba el caballo. Éste mordisqueaba la hierba, sin importarle mucho el aguacero. Y para colmos, la hormiguita tuvo que desgañitarse, es decir, gritar todo lo fuerte y alto que podía, para que el

caballo pudiese oír la consabida pregunta. El la escuchó, muy risueño y paciente, aunque algo intrigado. ¿Para qué querría ésta hormiguita viajar al cielo?

Bueno -le respondió- yo no lo sé, pero estoy seguro que el ave que vuela alto y cerca del cielo, debe conocer ese camino. -

La hormiguita, llena de esperanza, decidió arriesgarse a hablar con dicha ave, muy a sabiendas del peligro a que se exponía a que ésta fuera a engullírsela. Muchas aves se alimentan de hormigas. Pero el caballo sintiendo simpatía por ella, prometió que la ayudaría a buscarla y que la protegería para que no le hiciesen daño alguno. Ella aceptó y éste la llevó sobre su lomo hasta el árbol en donde estaba reposando la mencionada ave. El caballo, fiel a su promesa, luego de contarle la misión de la hormiguita, le pidió su ayuda, cosa que ésta aceptó muy risueña.



Te llevaré a donde vive el búho, pues él es muy sabio. Es seguro que él si sabe el camino. No hay tiempo que perder dijo él, emprendiendo el vuelo.

Rato después estaban frente al búho, quien dormía en esos momentos, en su tronco favorito. La hormiguita, con mucha esperanza, le saluda y le cuenta la razón de su visita.

El búho escuchó atentamente y luego de pensarlo le contó que cerca de su árbol, había una gran casa llamada iglesia y que los agricultores, en tiempo de sequía, se reunían allí para implorar para que lloviera y no se secaran sus sembrados. Por lo tanto, que de seguro, encontraría la solución.

Y nuestra hormiguita mensajera, dando las gracias a tan amable búho, se encaminó hacia la casa que le indicaran.

Al llegar y entrar, observó que estaba llena de muchas personas y cuidando de que no la fueran a pisar, siguió hasta el fondo de iglesia, en donde estaba una niña, como dormida, llena de hermosa flores. Las personas, hablando y hablando, cosas que no entendía, decían que la hermosa niña iba para el cielo.

La hormiguita brincó de alegría al escuchar esto. Y subió hasta donde estaban las flores, que rodeaban a la niña. Ya frente a una de ellas preguntó

¿Es cierto que ésta niña viajará al cielo?

¡Sí, es cierto! -contestó la flor -y todas las demás que estamos aquí.

La hormiguita mensajera, le contó sobre su deseo de viajar al cielo y poder salvar a sus otras hermanas, es decir, a todo el resto de la colonia.

Entonces, la flor la invitó a viajar junto a ella. Y como la viera tan cansada, le dijo que se recostara en uno de sus pétalos para que se durmiera tranquila y feliz, de poder cumplir con su misión.

Poco después, todos salen de la iglesia, acompañando a la hermosa niña rodeada de gran cantidad de flores.

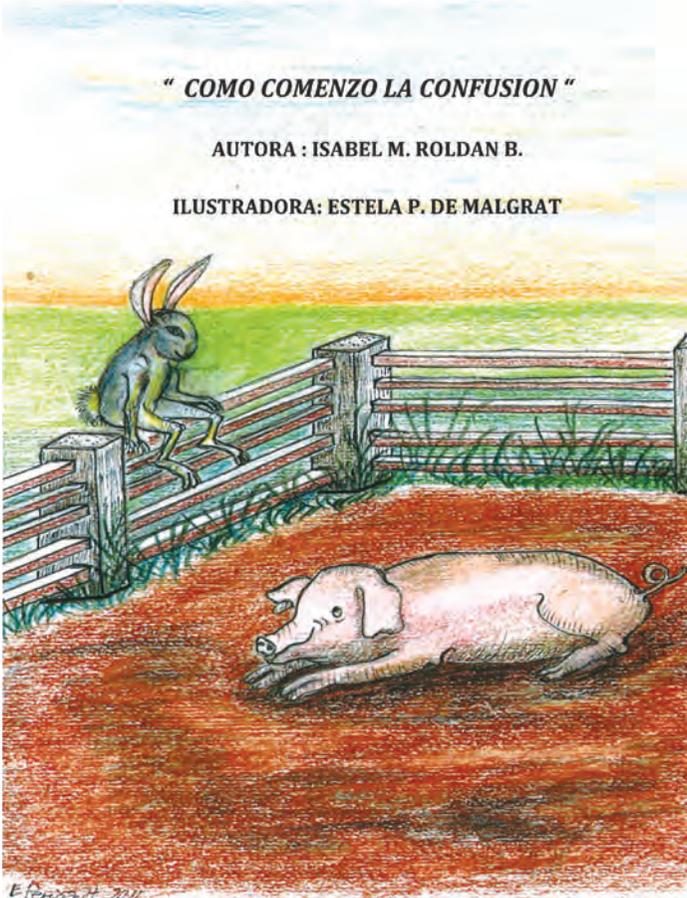
¡Ya no estaba lloviendo y se lucía un radiante sol!

CÓMO COMENZÓ LA CONFUSIÓN

Por: Isabel M. Roldán

Ilustradora: Estela P. de Malgrat

En un tiempo muy lejano, todos los animales fueron muy unidos y hasta podían hablar. Todos se respetaban, no había enemistad entre ellos, hasta que la envidia, la codicia, la ira y tantos otros defectos, los separaron.



Por aquella época, todos trabajaban, unos sembrando la tierra, otros haciendo objetos de barro, tales como tinajas, jarrones, platos, etc. Cuando tenían listos sus productos, los llevaban a una gran cueva en medio de una montaña que usaban como si fuera un supermercado.

Allí los cambiaban por otra cosa que necesitaban, es decir hacían trueque. Este era un sistema como que se utilizó en todas partes del mundo, mucho antes que existiera la moneda o dinero para comprar esas cosas.

Todos tenían una parcela de tierra para trabajar en ella. El lugar era grande y todos vivían en paz como buenos vecinos. Frente a ellos, había un río muy grande, ancho y de corriente fuerte. Tan ancho era, que no se alcanzaba a ver la otra orilla y nadie se atrevía a cruzarlo. Pero eso no los inquietaba, allí en donde estaban se sentían muy bien.

Así estaban las cosas hasta ese entonces. Pero un cierto día, acierta a pasar el conejo, frente a la parcela de el cerdo y lo vió muy a gusto dándose un baño de lodo. El trabajo de el cerdo era hacer cazuelas, tazas y platos de barro, por esa razón, buena parte de su parcela era de lodo y en ocasiones debido al fuerte calor se remojaba en el lodazal a modo de diversión y de refrescarse. Esto fue lo que vió el conejo.

Éste se sintió molesto y deseó tener una suerte parecida... empezaba a tener envidia. Se preguntaba por qué a él no le había tocado un trabajo de acuerdo a su gusto. Su trabajo era el de recoger las naranjas que caían de los árboles que remecía el mono, guardarlas en sacos para después llevarlas al mercado. Esto lo tenía tan cansado, como aburrido.

Hacía días que no iba a trabajar y tenía hambre “el hambre es mala consejera”, dicen por allí y al parecer es bien cierto. El conejo observó las cazuelas que se estaban secando al sol, eran muchas y pensó que el cerdo no se daría cuenta si él se llevaba alguna, tal vez ni falta le haría y no lo pensó más. ¡Rápido, sin que el cerdo lo viera, se llevó una de ellas. Corriendo, se fue hasta donde vivía la gallina y se la cambió por una mazorca de maíz.

Mientras, la lora que lo había visto todo, desde su árbol en un tris- tras, no tardó en contárselo a el cerdo. Éste sintió que la sangre se le calentaba, empezaba a sentir... ira. De inmediato fue a acusarlo a donde el búho, que por ser el más viejo y el más serio, lo consideraban el consejero con autoridad. el búho, luego de enterado de la acción de el conejo mandó a buscarlo.

En cuanto éste llegó frente a él, le pidió explicaciones, es decir por qué lo había hecho. Nunca había pasado algo parecido hasta ese día. el conejo ya estaba arrepentido, pidió perdón y dijo que lo había hecho en

un momento de necesidad de calmar su hambre y que estaba dispuesto a reparar su falta, el búho aconsejó a el cerdo a que lo perdonara a cambio de trabajarle por unos días a hacer las cazuelas, como una especie de castigo. Él siguió el consejo y se llevó a el conejo a trabajar en su parcela. A éste no le quedó más remedio que cumplir trabajando entre el lodazal, amasando el barro y renegando porque su blanco pelaje se manchaba de lodo.

Luego del castigo cumplido, se retiró a su parcela, disgustado y sintiendo rencor, otro defecto debido a su orgullo herido.

El cerdo tampoco quedó contento y se lamentaba con su vecina la serpiente, del suave castigo que se le diera a el conejo.

-Pues mire vecino- decía la serpiente -si a él lo perdonaron dizque porque tenía tanta hambre por qué no agrandas tu parcelita de lodo así tengas que pasar los límites de tu vecina la ardilla? ¿necesitas hacer más cazuelas, cierto?

Tanto insistió la serpiente, que al fin lo convenció. Y el cerdo empezó a pasarse de los límites, poco a poco, hasta que la ardilla se dió cuenta y se le enfrentó reclamando sus derechos. El cerdo, viéndose más grande y más fuerte, con unos cuantos chillidos la espantó.

La ardilla, asustada, fue en busca de su vecino el pelicano para que la ayudara. Este, enojado por lo que estaban haciendo el cerdo y la serpiente, aceptó. Regresaron de inmediato a la casa del invasor, pero fue inútil. El cerdo y su aliada, no los dejaron ni hablar. Se les enfrentaron con gruñidos y silbos bien amenazadores, tanto que la ardilla y el pelicano se retiraron para ponerse a salvo.

La ardilla que no se daba por vencida, buscó a la gallina y ya con tres de grupo, volvieron para encontrarse que la lora se había sumado al grupo de el cerdo.

Y empezaron reclamos y discusiones, cada vez con mayor acaloramiento. En una de esas, el cerdo le dijo a la gallina que se fuera a cacarear a su patio, a lo que ésta le dijo que él era un cochino sucio. La lora trató a la ardilla de perequera y ésta a su vez, la acusó de chismosa. El pelicano dijo que la serpiente era la culpable de todo por ser mala consejera. Ésta, en tono insultante, gritó que ya sabía porqué él tenía el pico tan grande y era... porque lo metía en asuntos ajenos.

El pelícano, muy disgustado, la amenazó con darle de picotazos para que no lo insultara más a lo que la serpiente también lo amenazó con hincarle los colmillos. Y gritándose insultos y amenazas, los dos grupos se alejaron. Y cada uno de ellos, empezó a buscar aliados.

Toda la noche se la pasaron en planear defensas y ataques. Al amanecer, el grupo del cual el cerdo era el jefe, avanzó en contra del grupo de la ardilla. Venían violentos, destruyendo las propiedades de los contrarios. De pronto, en medio de los dos grupos, entró el noble caballo, quien los llamó al orden. Les pidió calma y les aconsejó que cada quien explicara sus razones, etc., que eso era mejor que irse a los golpes.

¡Pero todo fue en vano.. nadie escuchaba, nadie hizo caso... nadie! Todos estaban tan ofuscados, todos creían tener la razón y el derecho.

Y fue el cerdo el que primero atacó. Se fue contra la ardillita con toda su rabia, lanzándola lejos, quedando mal herida cuando cayó al suelo. Los de su grupo, al verla en ese estado, también se llenaron de ira y se les encimaron a los otros. ¡Entonces todo fue confusión!

El cerdo golpeaba y mordía a cuantos podía, la gallina picoteaba a quien la atacaba, el conejo, mordía a diestra y siniestra, el caballo enredado entre los dos grupos se defendía dando coces sin saber a quién. La lora, gritaba y gritaba, volando de un lado a otro, repartiendo picotazos. En la lucha unos contra otros no se fijaban en donde pisaban y fueron destruyendo la colonia de las arrieras, por lo que estas empezaron a enterrar sus agujijones a cuanta pata cruzara por sus lares.

Los afectados, tratando de librarse de ella, corrían al río, pero, allí estaban los cocodrilos, quienes no sabiendo a qué debía tanto lío y ruido, asustados, empezaron a morder con sus tremendas colmilleras a todo el que llegaba a la orilla del río.

Mientras, el avestruz, con un miedo terrible, se fue huyendo lejos muy lejos, hasta llegar al desierto en donde abrió un hoyo en la arena y metió su cabeza, no queriendo saber si el mundo se acababa.

El pavo real, tan vanidoso de su plumaje y temiendo que se lo fueran a dañar, no quería tomar partido y se escondió detrás de unas plantas. Desde allí, observaba todo lo que estaba sucediendo.

Y el águila no quiso saber más de sus hasta entonces vecinos. Sobrevoló un buen rato sobre la escena de la lucha entre ellos y se alejó hacia las lejanas cumbres nevadas.

La lucha entre los grupos era cada vez más violenta y de pronto La serpiente se encuentra frente a frente con El pelicano. Estaba furiosa en extremo y sin dudarle un momento, le hincó los colmillos a el pelicano. Éste, herido trató de alejarse pero no pudo avanzar mucho, cayendo al suelo, moribundo, el veneno de la serpiente estaba surtiendo efecto. Poco después, entre horribles dolores murió. ¡Todos habían quedado inmóviles observando a el pelicano!. Sintieron un vacío, hubo un silencio total. Entonces, conocieron el horror, la vergüenza, la tristeza y fue como el clarín de retirada. Se dispersaron, uno a uno, en silencio, arrepentidos. El horror de lo que habían hecho... los enmudeció. ¡Perdieron el don de hablar!

Tiempo después, cada uno buscó otro lugar para vivir separados, lejos uno de otro, así como, están hasta hoy día.



LAS AVENTURAS DEL POLLITO YITO

Por: Juan Alberto Aguilar Díaz

-Remolino, remolino... corran remolino-, gritaba corriendo de un lado para el otro un pollito, el pollito Yito.

Y algunas gallinas al notar lo decían -¿Pollito Yito de qué hablas?- y otras decían -¡Qué tontería es esa, habrase visto un remolino en este patio!-



De pronto la mamá del pollito Yito, que se llamaba “Manina”, se asomó por la ventana del gallinero y dijo -Yito deja de decir eso y ven para acá y nada de inventos ni sustos, que eso es apenas una brisa pasajera.-

Y es que el pollito Yito era muy inventor. Él vivía en el galpón de un gallinero, en la granja del campesino Orlando y doña Ana, en un pueblo llamado Aguasal. Al pollito Yito le gustaba mucho jugar sin parar, picotear gusanitos y otras veces sólo miraba al cielo imaginando ser como su gran héroe “Espiralina” el gallo de pelea. De temprano, se ponía a jugar con sus amiguitos Nita, Piupi, Pollini, Lalo, Mingo, Rita, Pancho, Zafarrancho y muchos otros, corriendo por todos lados de la huerta. Eso le encantaba y también les preguntaba a todos los animales de la granja como ser tan fuerte como “Espiralina” el gallo.

Un día que salió a jugar temprano y vio a Rosa la mariposa aleteando le saludó diciendo -Hola mariposa Rosa, ¿A dónde va tan temprano?-.

-Hola pollito Yito, voy en busca de flores del jardín-, dijo la mariposa Rosa.

-¿Mariposa Rosa, usted sabe cómo puedo hacerme tan fuerte como “Espiralina” el gallo?-. Preguntó el pollito Yito.

-No, no creo que te puedo ayudar... a lo mejor si le preguntas a la lagartija “Sara”, “Bocadillo” el gato o al caballo “Bayo”-. Le respondió la mariposa Rosa.

-Oh, gracias mariposa Rosa, muchas gracias-. Dijo el pollito Yito.

Y rápidamente se dirigió a buscar a la lagartija “Sara”. Al rato cuando la vio le dijo -Buenos días lagartija Sara... ¿Qué estás haciendo?-. Y es que el pollito Yito era muy preguntón.

-Buen día Pollito Yito... Yo ando cazando moscas ¿Has visto alguna por allí?-. Y es que le gustaba mucho las moscas a la lagartija Sara.

-No señora Sara, pero podría decirme si puedo ser tan fuerte como Espiralina el gallo-. Preguntó el pollito Yito.

-No Pollito Yito, a lo mejor si le preguntas a Bocadillo el gato-. Le aconsejó la lagartija Sara.

-Gracias lagartija Sara-. Respondió el pollito Yito y se apresuró a buscar a Bocado el gato. Mientras buscaba cerca de la casa se encontró con Pollini, primo del pollito Yito y dijo -¿Hola Pollini qué haces?.-

-¡Ay Yito, pues que más, buscando gusanitos!.- Le dijo Pollini muy apurado.

-¡Ah!, ¿Has visto a Bocado el gato?.- Preguntó el pollito Yito.

-Yep, esta por la terraza de la casa, Yito.- Dijo Pollini, mirándolo con extrañeza.

-OK, gracias... chau.- se despidió el pollito Yito.

Y se fue corriendo el pollito Yito para la terraza y se encontró con Bocado el gato, y vio que estaba dormido ronroneando como hacen los gatos, porque Bocado era muy perezoso. Así que se le acercó despacito y dijo-¡Hola Bocado!-, y Bocado el gato dio un gran salto del susto.

-Miauuuu... pollito Yito, por qué me despiertas de esa manera, eres un tonto o te haces-. Dijo Bocado, mientras se acurrucaba de nuevo.

-¿Sabes cómo podría hacerme tan fuerte como Espiralina el gallo?.- Preguntó el pollito Yito.

-¿Qué, quéé...? ¿Estás medio loco pollito Yito?, ¿Por qué me preguntas eso?-. Dijo asombrado Bocado el gato.

-Es que a lo mejor usted sabe- dijo el pollito Yito.

-De eso yo no sé nada así que ya déjame en paz que estaba muy cómodo durmiendo la siesta- Respondió Bocado el gato mirando para otro lado.

-Bueno ni modo gracias don micho, digo Bocadoooo... chau.- Y se fue huyendo el pollito Yito en busca del caballo Bayo por el establo.

-Hola caballo Bayo, ¿Qué está haciendo?.- Preguntó el pollito Yito.

-¿Qué haces por acá pollito Yito? ¿Otra vez a molestar no?, más te vale que no vengas con otra de tus travesuras- Dijo molesto el caballo Bayo.

-Oh no, señor caballo Bayo, yo sólo quería preguntarle si sabe cómo podría hacerme tan fuerte como Espiralina el gallo-. Preguntó el pollito Yito.

-¿En serio?- Dijo el caballo Bayo sonriendo socarronamente y añadió -Entonces creo que puedo ayudarte pollito Yito-.

-¡Oh! En serio señor caballo Bayo, ¿De veras sabe cómo?- Y se alegró pollito Yito al escuchar esto.

-Bueno, tendrías que hacer todo lo que te diga, entendido.- Dijo el caballo Bayo sonriendo nuevamente.

-Por supuesto señor caballo Bayo.- Dijo encantado pollito Yito. -¿Qué tengo que hacer y lo haré rapidito?.-

-Está bien, pollito Yito, presta atención: tienes que ir donde el toro del vecino, el toro Braulio y decirle que quieres meterte en una torta de caca de vaca, calientita.- Dijo el caballo Bayo sonriendo aún más.

-¿Y después que hago señor caballo Bayo?.- respondió pollito Yito al escuchar la rara instrucción.

-¡Oh! Bueno... tienes que quedarte allí por un buen rato... y después sales corriendo a toda prisa gritando con todas tus fuerzas que eres todo un gallo y LISTO.- Remató diciendo el caballo Bayo.

-¿Y así seré el gallo más fuerte del mundo?.- Preguntó el pollito Yito.

-Sin duda que lo serás pollito Yito, serás el gallo más fuerte del la gallera de la bolita del mundo amén.- Le confirmó el caballo Bayo con malicia.

-Ok. gracias salgo corriendo enseguida a donde el toro Braulio.- Y se alejó del establo el pollito Yito, con mucha ilusión en su mirada.

Corrió y corrió y buscó y buscó y preguntó y preguntó hasta encontrar en un corral al toro Braulio que era un toro con muy mal humor. Y al tenerlo de frente lo miró y vio lo grandote que era y sintió miedo, pero aún así recordó las palabras del caballo Bayo y dijo: -Hola toro Braulio... ¿este cree que pueda hacerme un favor?.-

El toro Braulio miró a los lados y no vio a nadie, así que dijo enojado -¿Quién dijo eso?.-

-Soy yo el pollito Yito señor Braulio.- Dijo el pollito Yito.

Y el toro Braulio miró hacia abajo y vio a un pollito con una cresta pequeñita. -¿Qué haces aquí pollito?... Mejor vete ya.- Dijo el toro.

-Por favor toro Braulio, necesito meterme en una tortita de caca de vaca suya para ser tan fuerte como Espiralina el gallo.- Dijo con seguridad el pollito Yito.

Y el Toro mugiendo se rio muchísimo y luego dijo -Si eso quieres bueno te ayudaré pollito Yito, pero después no te quejes.-

-De veras me ayudará toro Braulio, gracias... pío, pío, pío.- dijo el pollito Yito lleno de alegría.

-Bueno prepárate porque enseguida tienes tu tortita de caca fresca dijo el toro, y levantando el rabo dejó caer una enorme caca de vaca.

-Listo, ahora me meteré adentro.- Dijo el pollito Yito y de un brinco cataplín se metió dentro. De pronto el pollito se sintió calientito pero raro por el olor y pensaba -esto no me huele nada bien-, ahora me queda esperar un rato y salir rapidito para la casa con mi mamita Manina para que vea lo fuerte que me convertido.

Y después de un buen rato se asomó y vio que no había nadie, así que con otro brinco cataplín salió corriendo cruzando el corral, atravesando la terraza y pasando el jardín para llegar al gallinero, mientras gritaba a todo pulmón, muy fuerte, ¡SOY EL POLLITO MÁS FUERTE DEL MUNDOOO!

Pero todos se les quedaban viendo, el toro Braulio mugió de risa, el caballo Bayo se rio también, Bocado el gato puso una sonrisa en su bigotudo rostro y la mariposa se alejó del pollito Yito por el olor y aspecto que tenía. Y corría y brincaba dando saltitos de pollito mojado y enlodado.

Algunas gallinas se le quedaron viendo y decían -Ahora si es verdad que pollito Yito quedó loco de remate.-

Y de tanto alboroto salió gallina Manina y quedó tan extrañada por el aspecto y olor que traía pollito Yito. - Pollito Yito- preguntó -¿De dónde vienes que estás tan cochino y hediondo?-

-Sorpresa Manina- dijo pollito Yito -Tarán... adivina Manina, soy tan fuerte como Espiralina el gallo... soy SUPERRR POLLITTOOO.

-¡Y quién te dijo eso pollito Yito!. Preguntó gallina Manina.

-Fue el caballo Bayo, Manina, me aconsejó que me metiera dentro de una tortita de caca de vaca y así podría ser tan fuerte como un súper pollo- dijo pollito Yito muy contento, aleteando con su alitas de pollito.

-Hay pollito Yito, hay pollito Yito... pero hay que ver... para ser tan fuerte como Espiralina el gallo no hay atajos- dijo la gallina Manina. -Ahora metete al galpón y deja el escándalo, además vete a dormir que mañana otra aventura tendrás-. Y añadió -además mírate, huélete, pua-ajjj... estás todo sucio y hueles mal, no hagas caso de esos consejos porque lo que fácil viene fácil se va. Ahora báñese y a la cama enseguida.-

-Está bien Manina- dijo pollito Yito.

Y después del baño y de pensarlo un poco se dio cuenta que todo fue un engaño del caballo Bayo, así que decidió irse a dormir y al día siguiente jugar con sus amiguitos y amiguitas.

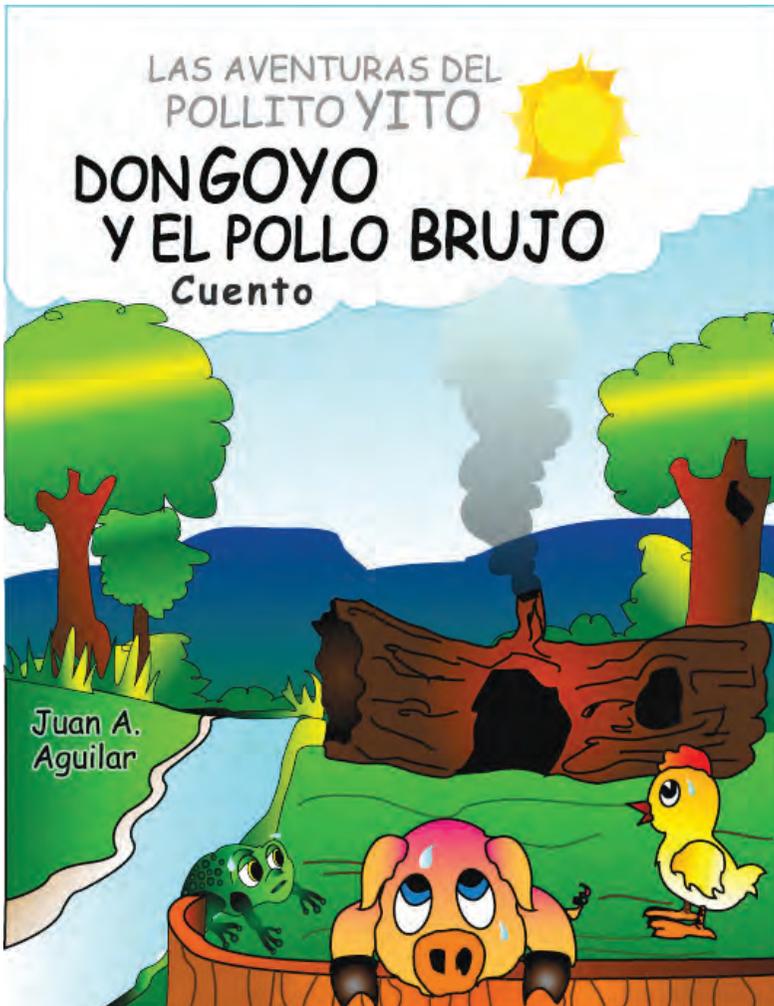
-Hasta mañana Manina- dijo el pollito Yito cansado y bostezando a su mamita. Y cerró los ojitos soñando con más aventuras y nuevos amigos.

-Hasta mañana pollito Yito- dijo Manina la gallinita.

DON GOYO Y EL POLLO BRUJO

Por: Juan Alberto Aguilar Díaz

Bien tempranito se levantó el pollito Yito, y enseguida salió del gallinero en busca de más aventuras. Al salir se tropezó con Manina, la mamá del pollito Yito. -Buen día Yito, ¿A dónde vas tan rápido?, espero que no hagas travesuras eh...- dijo Manina la mamá Gallina, añadiendo -mejor vete a jugar con tus amiguitos y nada de loqueras eh... cuidadito.-



-Si Manina...-, dijo el pollito Yito. Y dando saltitos se fue en busca de sus amiguitos. Cuando llegó al huerto vio a Nita la pollita, Pollini su primo y Zafarrancho el puerquito.

-Hola a todos... ¿A qué juegan?- preguntó el pollito Yito.

-Buscamos gusanitos en la hierba- dijo Pollini escarbando el suelo.

-Estábamos pensando si jugar a las escondidas con Zafarrancho- dijo Nita la pollita. -Ah! ya veo...- dijo el Pollito Yito. -Por qué no nos cuentas lo que te pasó ayer Yito- dijo Zafarrancho el puerquito poniendo una sonrisa en su hocico.

-Ya se enteraron de eso, no... burlense si quieren- dijo pollito Yito -bueno no importa, ese caballo Bayo no me engañará más nunca y para que sepan algún día seré tan fuerte como “Espiralina el Gallo”.-

-Ese caballo Bayo es bien malo Yito. Pero, por qué no le preguntas a don Goyo tu abuelito, a lo mejor él te da un consejo que sirva.- dijo Nita la pollita.

-Tienes razón, por qué no se me ocurrió antes... ¿quién viene conmigo?.- dijo el pollito Yito.

-YOO... - grito Zafarrancho. -Y yo también- dijo Nita la pollita. -Yo no, mejor me quedo buscando gusanitos para comer- dijo Pollini y se fue picando por la hierbita.

-Ok vámonos a buscar a don Goyo- dijo pollito Yito y pensó -pero y... ¿Dónde estará don Goyo, alguien lo ha visto?-

-Creo que está charlando con el pollo Brujo-. dijo Zafarrancho el puerquito moviendo sus orejas.

-Tempranito mamá Olga, mi mamita, habló con él y don Goyo le dijo que iba a visitar a el pollo Bruno- terminó de decir el puerquito.

-¡CON EL POLLO BRUJO!-. dijeron a la vez el pollito Yito y Nita la pollita con temor.

-Siiii con el Pollo Brujooo.- repitió Zafarrancho el puerquito con gestos que daban miedo. -Y están haciendo quien sabeee quueee.- dijo con voz más atemorizante.

-Ya deja de molestar Zafarrancho, eres peor que pollito Yito. Además el pollo Brujo vive en un tronco hueco junto al arroyo y no pienso ir hasta allá y como los dos son capaces de ir mejor me voy con Pollini.- dijo Nita la pollita y al rato se fue moviendo sus alitas.

-No le hagas caso pollito Yito, mejor busquemos de paso a Rivip el Sapo y vamos a buscar a Don Goyo y así le preguntamos como hacerte tan fuerte como Espiralina El Gallo”.- dijo Zafarrancho el puerquito moviendo su rabito.

-Ok, entonces vámonos por la orillita y así encontraremos a Rivip- dijo el pollito Yito. Y así se fueron los dos por la orillita del arroyo hasta que vieron una charca y oculto por unas hojas estaba Rivip viendo que insectos atrapaba con su lengua.

-HOLAA RIVIIPP.- gritó pollito Yito.

-Shhhh, silencio, no hagan bulla que me espantan la comida- dijo Rivip molesto por la llegada de pollito Yito y Zafarrancho el puerquito. Luego les preguntó que andaban haciendo por allí y le contaron que querían ir donde el pollo Brujo para ver si estaba con don Goyo porque pollito Yito quería ser súper fuerte como “Espiralina” el gallo de pelea.

-Ah, ya veo con que Bruno el pollo brujo, así que le tienen miedo y por eso quieren que les acompañe- dijo Rivip el sapo... y añadió -se ve que son unos miedosos, y que creen todas las cosas que dicen los animales del pollo brujo. A mí no me da miedo así que les acompañare hasta su casa que está aquí cerca.-

-Gracias sapo Rivip.- dijo pollito Yito. Y así se fueron detrás del sapo Rivip hasta llegar al tronco que era la casa del pollo brujo.

Cuando ya estaban cerca vieron una cerca hecha con palitos alrededor del tronco como para que nadie entrara, pero pollito Yito y Rivip el sapo la saltaron, sin embargo Zafarrancho el puerquito se demoró en cruzarla, y sudó la gota gorda como quien dice. Ya una vez dentro se quedaron viendo para ver quien hablaba primero. Y sudando un poquito más dijo pollito Yito -Bueno ya llegamos ahí voy.- Pero en ese momento el puerquito se adelantó y dijo -Buenaassss.- abriendo los ojos de par en par, meneando su rabito de puerco, sus orejitas de puerco y todo su puerquicuerpito.

De pronto se vio un bulto de sombra saliendo del tronco y los corazones de los tres animalitos saltaban de la emoción. Había humo que salía del tronco por todas partes.

-¿Quién anda preguntando?- dijo Bruno el pollo brujo que tenía puesto un sombrero extraño hecho con cáscaras de huevo y hojas secas. Además en su mano traía un bastón de raíz seca. Bruno era un pollo pescuezipelao, moteado con manchitas negras, tenía un ala chueca y un ojo gacho, que desde chiquito era molestado por los otros animales por lo que no tenía muchos amigos y todos decían que era brujo por lo que pocos le visitaban.

-¿Pollo brujo ha visto a don Goyo mi abuelito? Es que quería preguntarle algo.- dijo Pollito Yito con el corazón en la boca de la impresión de ver al Pollo Brujo. Mientras Zafarrancho temblaba y se mordía las pezuñas del miedo.

Al escuchar la voz del pollito Yito otra figura apareció desde el tronco, era Don Goyo el pollo que dijo -¿Pollito Yito que querías preguntarme?.-

Don Goyo, el abuelito de pollito Yito, fue alguna vez el gallo que anunciaba todas las mañanas en la granja, un líder entre los otros animales y nadie se metía con él, era respetado y querido, pero ahora que estaba viejito por las mañanas se iba de paseo por el campo así que pollito Yito lo veía poco. Y aunque era viejo era grande, bien grande.

-¿Eres tu abuelito Goyo?- preguntó pollito Yito, -te estaba buscando porque quería pedirte consejo... ¿Me puedes ayudar?-

Y viendo el pollo brujo a pollito Yito dijo: -Consejo. ¿Qué consejo necesita un pollito como tú?-

-Wao... a lo mejor pollo brujo sabe cómo ayudarte pollito Yito, pregúntale- dijo Zafarrancho el puerquito.

-Está bien les preguntaré a los dos. ¿Cómo puedo hacerme tan fuerte como el famoso “Espiralina el gallo”.- dijo el pollito Yito.

-Ah con qué es eso... ya veo.- dijo don Goyo el gallo. -Bueno pollito Yito te diré que no hay fórmula mágica para lograr eso, si eso es lo que

buscas... espero me entiendas. Sólo si te esfuerzas y practicas mucho podrás lograrlo.-

-En serio don Goyo, no hay poción mágica o algo así que conozca- dijo pollito Yito poniéndose triste por no poder convertirse en un triz-traz como su héroe.

Pero el pollo brujo añadió –sabes pollito Yito, ser gallo de pelea es muy duro y te pueden pasar cosas malas, pero si quieres puedes ir conmigo mañana al corral de los toros, porque ellos pelean todo el tiempo y a lo mejor saben algo de técnicas que no sabemos.-

-De veras me ayudaría pollo brujo, digo Bruno, haría eso por mí- dijo pollito Yito dando brincos de alegría.

-Pero recuerda pollito Yito no debes confiar en todo el mundo, primero pregúntale a tu mamá Manina si puedes ir. Y si te da permiso yo te llevaré, hasta puede ir don Goyo si quiere- dijo pollo brujo.

-Yo a ese lugar no voy, lo siento pollito Yito, me trae malos recuerdos... una vez casi me pisan las toros y tuve que salir saltando.- dijo Rivip el sapo.

-Yo iría contigo, pero mi mamá puerquita no me dará permiso porque mañana es día de fango y tengo que revolcarme en el lodo para estar bien cochino como Dios manda- dijo Zafarrancho el puerquito.

-Bueno, bueno... pollito Yito ya escuchaste. Atendiendo consejo se llega a viejo, así que vaya con su mamá y pregúntele si puede ir... corra y vaya ya- dijo don Goyo el gallo.

-Está bien, ya me voy y muchas gracias de nuevo, le preguntaré a Manina si puedo ir. Y buscaré además la forma de hacer ejercicio para volverme tan fuerte como “Espiralina el gallo”, aunque me demore un poquito más en lograrlo- dijo el pollito Yito.

Y así dando saltitos de sapo, aleteos de pollito y tumbos de puerco se retiraron los tres amigos de la compañía de don Goyo y el pollo Bruno que ya no era tan brujo.

UN NIÑO LLAMADO NOVIEMBRE

Por: Leadimiro González C.

Un día conocí un niño llamado Noviembre. Lo encontré sentado bajo la sombra de un árbol frente a una cancha de baloncesto. Tenía la mochila llena de libros y observaba en silencio cómo jugaba un grupo de niños. Le calculé entre unos siete u ocho años. Tenía los cabellos ondulados y negros.

-¿Cómo te llamas?- le pregunté.

Alzó la vista sorprendido. Tenía ojos pequeños, color miel, pero vivaces.

-García- me respondió a secas.

-¿García qué?

-Dime García, nada más-

-Ese no es un nombre- le dije -, es un apellido.

-Así me dicen- respondió.

-Todo el mundo tiene un nombre.

-A mi me dicen García- insistió enfadado.

-Vamos, dime, ¿cómo te llamas?

Después de varios minutos de tanto insistir, finalmente me dijo:

-¿Prometes no reírte de mí?

-¿Por qué debería burlarme de tu nombre?- dije.

- Porque cada vez que digo mi nombre la gente se queda mirándome y se echa a reír.

-Bueno, prometo no reírme- respondí alzando la mano derecha como cuando uno va a hacer un juramento.

-Está bien-.

Permaneció en silencio unos minutos hasta que las palabras se le escaparon de sus labios.

-Me llamo... Noviembre- me susurró despacio, casi con pena.

-Es un nombre muy original- le dije.

-¿Tú lo crees?

-¡Claro! Suena patriótico.

-¡Viste, te estás burlando!

-No. Deberías sentirte orgulloso de tu nombre, nunca había escuchado un nombre parecido.

Entonces me contó, con la cara llena de melancolía, que sus padres le habían puesto este nombre porque él había nacido durante las fiestas patrias cuando las calles se llenan de banderas y se escuchan marimbas, trompetas y tambores. Y aunque les había pedido muchas veces que le cambiara el nombre, siempre le respondía que los papeleos salían muy costosos y él no tenía dinero para esos asuntos legales.

Lo que más le molestaba era que cada vez que la maestra pasaba lista en el salón de clases y pronunciaba su nombre, sus compañeros se echaban a reír y eso le causaba mucha vergüenza. Por eso prefería que lo llamaran García.

Me confesó que le hubiera gustado llamarse Andrés, Roberto, Rogelio o Iván, cualquier otro nombre, menos Noviembre.

Le dije que no tenía porqué sentirse apenado, pues habían muchas personas en el mundo con nombres más horripilantes como: Margarito, Floripondio o Aniceto.

El pequeño se echó a reír y por unos instantes se le borró la tristeza del rostro.

-Haz leído la historia patria? - le pregunté.

Permaneció en silencio unos segundos. Luego me respondió que sólo sabía lo que le habían enseñado en la escuela.



Me senté junto a él. A lo lejos pasaban los carros reflejando en los vidrios los rayos del sol. Los demás niños jugaban en la cancha. Le hablé sobre la importancia del mes de noviembre en nuestro país. Le conté los motivos de nuestra separación de Colombia y de la independencia de España; le nombré los próceres que lucharon para liberar a nuestra patria; de aquéllos hombres y mujeres que habían dado su vida para que todos ahora viviéramos en una nación libre.

García me escuchó atentamente, sin pestañear, con el rostro emocionado.

-Hoy leeré más sobre nuestra historia patria- me dijo antes de retirarse.

Lo vi alejarse con su mochila al hombro mientras me decía adiós con las manos.

La última vez que lo vi fue el 3 de noviembre por la televisión. Marchaba junto a los estudiantes del Cuadro de Honor frente a la presidencia de la República. Sostenía la bandera mientras sonreía y mostraba orgulloso en su pecho una cinta tricolor que decía: Mi nombre es Noviembre.

CAPEZAMBITA

Por: *Liana V. Zachrisson de Gorday*

Había una vez una niña hermosa que vestía pollera roja y babuchas verdes, a quien su madre le pidió que le llevara a la abuela Yeya un motete con queque y una botella de leche recién ordeñada.



Mientras la niña atravesaba el potrero, un lobo bien apuesto y con machete al cinto se le acercó y le preguntó a dónde se dirigía.

– A la casa de mi abuela Yeya, le contestó.

– ¿Qué camino vas a tomar, el camino del río o el de los destiladeros?, preguntó el lobo.

– El camino de los destiladeros, dijo ella con voz confiada.

El lobo tomó entonces el camino del río, y obviamente llegó primero que Capezambita, con toda la intención de comerse a la abuela y más tarde a la muchachita, pero cuando se asomó por la ventana de la casita, atrapado por el aroma de la pesada de nance, su silueta se dejó ver tras el claro de la puerta y la abuela un poco confundida, dijo:



"muchacha del diablo, hace rato me dijo tu mamá que venías pa acá y na que llegabas".

"Ahí ta la pesá hirviendo hace rato y tú, apuesto que andabas trepando palo y comiendo guayaba como siempre ... por eso es que te pasa lo que te pasa y te metes en problemas en otros cuentos" ... pero bueno, ya llegaste al fin y mientras me cambio la enagua sigue revolviendo, que se pega en el fondo de la olla, se ahúma y se jode ...

Repentinamente y aprovechando la confusión de la anciana cegata, el lobo cambió de idea y en lugar de devorarse en el acto a la abuela, comenzó a revolver diligentemente la olla y a meter la garra de vez en cuando, para comprobar el punto de dulce del rico postre.

De pronto se sintió la saloma sonora de la chiquilla, que al grito de "ejua mamá Yeyaaaaaaaaa ya llegueeeeeee", mecía las guayabas maduras amontonadas de vicio en su pollerita roja; y al mismo tiempo se encontró frente a frente con el lobo, que batiendo con gran esmero la sabrosa mezcla se posaba a un lado del fogón,

Impresionada de la bondad de la fiera, lo envolvió en un frenético abrazo y dijo: "vea lobo, lo que es el bochinche, y pensar que a usted



llevan años desprestigiándolo de boca en boca y de cuento en cuento, literalmente - y mírelo ahí tan bonachón, ayudándonos en la cocina pa que nos quedé bien la junta de embarre que le hemos preparado a la vecina” - vaya amigo fiel, ya yo no le tengo miedo y cuando le cuente a la abuela Yeya se habrá ganado dos buenas amigas. Deese un baño que yo sigo con este oficio de mujeres, vístase con esa ropa que dejó por estos lares un cazador, hace ratoooooo, y únase al festín... "que orgullosos de verlo estarían los hermanos Grim !”.

Colorín colorado esta junta
se ha acabao,
No sin antes mencionar
que entre corrinche y pindín,
tamales y muchos bollos
se deshicieron los rollos
del lobo y de Caperuza,
y con esta escaramuza
te invento este nuevo cuento!!

TENAZ, PEPITA NADOR

Por: Lil María Herrera C.

Donde el sueño es un candil
con mil gotas de sudor,
tenaz, Pepita Nador,
sufre trabajo infantil.

Es Pepita gran obrera
dulce abeja, miel amarga;
es la suya historia larga,
paso a paso persevera.
Llega de noche certera
a su oscuro cuchitril.
Insistente, cruel y vil
cae la lluvia sobre el techo
de su casa, lar y lecho
donde el sueño es un candil.

Enseñanzas ha aprendido.
Nador, su ingenioso abuelo,
le enseñó a tomar del suelo
todo, menos lo podrido.
Ella avanza de a silbido,
reciclar es su labor
constante, bajo el calor
de la ciudad moribunda
que no ve que ella la inunda
con mil gotas de sudor.

Cuando llega al vertedero
después de patear las calles,
trepa montes, anda valles,
el ambiente es un reguero.
Para ella no hay ningún pero:
parvo cuerpo, sin candor
hace muecas al dolor,

se despoja del hollín,
lo suyo es bregar sin fin,
tenaz, Pepita Nador.

Pepita es como una maga:
convierte lata en dinero,
no le teme al aguacero,
pues su esfuerzo siempre paga.
No detiene ritmo y saga,
hermosa criatura baril
con la mente fresca y agil
lleva en alto digna frente;
aunque niña resistente,
sufre trabajo infantil.

DIVERSOS, POEMAS TRAVIESOS

Por: Lil María Herrera C.

Maestra Hersilia
salinera de agua dulce
escribe Ramos de versos,
de árboles niñas
y pequeños argonautas;
de luchas de maestros
y amor a la Patria.

Poetisa Salinera de Aguadulce:
versos, estrofas, poemas,
himnos de institutos, escuelas.

Maestra Hersilia Ramos de Argote
cien años, cien velitas,
y un pastel hermoso como su obra
y como usted.

lmhc

Di versos

a veces inversos.

Di versos

a veces tercios.

Di versos

a veces necios.

Di versos

traviesos, traviesos.

Piloto

El piloto Remí Fasol
vuela tocando
su violoncello.
Avión musical,
aeroplano,
aeroplano.

Candela Calle

No le temas a Candela,
criatura de la calle,
niña linda,
nombre de fuego.

No le temas a Candela,
criatura de la calle.
Su alegría
enciende cielos.
No le temas
a Can-de-la-Calle.

S y Z

Un *man* sano
se parece
a un manzano,
no es igual.
El manzano
comparte
sus manzanas.
El man sano
las disfruta.

Túkiti

Túkiti, tuk, tuk
poesía muy breve
aparece el haikú*.

Picaflor

Ultraligera
miniatura entre versos
pícaro picaflor.

Siempre

Un alegre ciempiés
lleva, siempre contento,
cuentos de siempre.

*Haikú: composición poética de origen japonés que consta de tres versos de cinco, siete y cinco sílabas, respetivamente.

Cósmica

Alegre, tierna, rebelde,
cómica y cósmica,
echa cuentos, cantadora:
la poesía puede bailarse,
reírse,
romperse,
volver a crecer.

Alegre, tierna, encantadora,
rebelde, echacuentos, cósmica:
la poesía habita la web.

Clic, clic, clic

Tu cola te delata
frente a la pantalla infinita.
Ratón, clic, clic, clic,
en tu pad sorfeas
olas cibernéticas.

Ratón.
Te crees ratón,
porque te llaman
mouse.

Enter

Inquieto cibernauta
de Internet y de laptop,
una mano en el mouse
y la otra en el keyboard.

Inquieto cibernauta
de Internet y de laptop,
vaga mundos,
busca amigos, mil amigos
en facebook.

Inquieto cibernauta
de Internet y de laptop,
¡enter, enter, enter..!

LA SONRISA DE TABÚ

Por: Isabel Irene de Delgado

Tabú es un perrito encantador. Sus ojitos negros y expresivos parecen hablar, su naricita inquieta olfatea todo a su alrededor, su mínima colita se mueve de un lado al otro como un reloj de péndulo. Tabú es un Yorkie, pequeño, con un pelaje color miel que cae coquetamente sobre sus vivaces ojos.



Tabú es un perro tan feliz que a todos nos preocupa que no pueda expresar su felicidad con una sonrisa: “Si Tabú pudiera reír, lo haría a carcajadas”.

Todos a su alrededor sabíamos cuando Tabú estaba triste o disgustado. También dejaba ver su alegría. Pero nunca reía ni lloraba.

Los momentos más tristes de Tabú eran cuando se quedaba solo en casa. Cabizbajo iba derecho a la zapatera de su mamá que en este caso era Alejandra, una joven adolescente que lo había acostumbrado a

ciertas comodidades poco perrunas, como dormir en la cama acurrucado entre olorosas sábanas y recostado sobre almohadas de pluma.

Tabú había pasado sus buenos sustos. Su primer viaje aéreo lo hizo a isla Contadora y tuvo que acomodarse en una jaula y viajar como carga. Eso fue terrible para el pobre Tabú, acostumbrado como estaba a ser tratado como un niño. Pero cuando llegó a la isla, qué felicidad, la arena y el mar compensaron su angustioso viaje.

Pero no todo fue alegría durante el paseo. Tuvo sus sinsabores, como cuando los niños de San Miguel lo correataron intentando atraparlo. Eso no le gustaba nada a Tabú. También pasó un buen susto cuando correatando él a unos pájaros que bebían en una fuente cayó en ella y luego no podía salir. El hermano de Alejandra aseguraba que Tabú no debía ser muy inteligente porque en casa repetía la hazaña en la bañera y quedaba atrapado allí chillando para que lo sacaran.

Pero hasta aquí llegan sus experiencias tristes. La mayoría de las veces, Tabú era muy feliz, era un perro consentido. Todos lo cargaban, se preocupaban por él, hasta la mamá de Alejandra sufrió un accidente tratando de correr detrás de él. En fin, Tabú era el rey de la casa.

Pero a pesar de su vida fácil y placentera, Tabú no reía. En realidad, no he visto a ningún perro reír, pero Tabú merecía poder demostrar su felicidad.

Entonces, Alejandra decidió hacerle a Tabú una intensiva terapia de risa. Cada vez que podía lo revolcaba en la cama y lo llenaba de cosquillas. Tabú salía corriendo a todo lo que daban sus cortas patitas revoloteando alegremente y a toda velocidad por la casa. Alejandra corría detrás hasta el cansancio, pero Tabú nunca se cansaba.

Durante todo este momento de diversión y juego, Tabú mantenía sus ojitos bien abiertos, su naricita respingada y la línea cóncava de su boca bien cerrada. De vez en cuando sacaba su lengüita jadeante. Pero no, esa no era una sonrisa. Todos querían verlo sonreír.

Trataron diversos métodos para hacer reír a Tabú: una rica comida canina, un sorbito de paleta, un galleta de vainilla, paseos a lugares inesperados como el parque, un restaurante al aire libre, paseos en carro asomado a la ventana... pero Tabú mantenía su seriedad acostumbrada.

¿Cómo podía Tabú reír con todo su cuerpecito y sin embargo no demostrarlo como los humanos con una sonrisa?

Ya casi nos habíamos resignado a no ver reír a Tabú, cuando el primer día del mes de abril, dándole la vuelta a la hoja de calendario de marzo, vemos el famoso cuadro de la Mona Lisa de Da Vinci. Por casualidad, estábamos todos reunidos en la cocina incluyendo a Tabú que seguía con atención nuestra conversación. Sin hacer ningún comentario, todos miramos a Tabú.

Era la misma sonrisa entre feliz y temerosa. Tabú tenía la misma sonrisa de la Mona Lisa. Todos corrimos hacia él, quién como de costumbre se dio a la fuga metiéndose en la cama de Alejandra. Qué risa, todos reímos hasta el cansancio. Tabú nos miraba sorprendido con su bella y enigmática sonrisa de Mona Lisa.

LA TRISTEZA DE TABÚ

Por: Isabel Irene de Delgado

Tabú había dejado de sonreír. Ni siguiera mostraba sus dientes en ese gesto de alegría que llamábamos su “sonrisa horrible”, y que era una especie de mueca acompañada de un chillido parecido a una carcajada y que hacía cada vez que Alejandra llegaba a casa después de un largo día de ausencia.

¿Qué le pasaba a Tabú? Alejandra lo llevó al veterinario, le encontraron una pequeñas ronchas en su costado derecho, pero eso fue todo. En casa, todos tratábamos de hacer que Tabú volviera a sonreír, pero nada.



Todo había comenzado con el viaje de dos semanas a Europa. Alejandra había dudado ante la invitación de su mamá, por no querer dejar sólo a Tabú, pero la tentación de París era muy grande. Hizo, como buena madre, todos los arreglos para que Tabú quedara bien atendido. El papá de Alejandra, es decir, el abuelito de Tabú, se encargaría de llevarlo los fines de semanas a la finca y allí, Alejandra advirtió que tuvieron cuidado con los pollos para evitar que Tabú los desplumara. También había quedado claro que Tabú no podía estar sólo en el jardín pues

podía morder un sapo y eso sería fatal para él. Recordemos que Tabú sólo pesaba unas 6 libras y cualquier cosa podía afectar su organismo tan delicado. Antes del viaje, Alejandra compró todo lo que necesitaría Tabú durante su ausencia, comida, su shampoo, sus galletitas y otras especialidades. Dejó bien encargados sus paseos matutinos al parque.

Dos semanas después, al regreso de Alejandra, Tabú como es natural saltó de alegría como de costumbre, mostrando su bella “sonrisa horrible”. Ella, emocionada, pensó en darle un premio de recompensa. Quizás, inspirada por el estilo parisino, Alejandra llevó a Tabú al peluquero quien le hizo un corte muy coqueto. Sin afectar su lindo pelambre, despejó sus ojitos dejando caer sobre sus mejillas una linda melena color miel. Tabú se veía hermoso.

Sin embargo, desde ese momento, Tabú se mostró melancólico y triste. No mostraba interés en el juego, se mantenía echado en la cama y había perdido el apetito. La preocupación invadió la casa y todos aportaron sus ideas sobre el origen de esta tristeza.

Jorge, el hermano menor de Alejandra aseguraba que la tristeza de Tabú se debía a la larga ausencia de Alejandra. A lo que ella argumentaba que el primer día la recibió como de costumbre, alegre y saltarín.

Otra hipótesis era la de la mamá de Alejandra quien aseguraba que Tabú estaba simplemente muy consentido y que su mamá no lo había educado convenientemente. ¿Qué es eso de dormir en la misma cama de su dueña, de acompañarla a fiestas, a fines de semana en la playa, etc? Tabú se creía humano y como buen niño malcriado, estaba tomando venganza de la falta de atención a la que no estaba acostumbrado. Una amiga de la mamá de Alejandra contribuyó a fortalecer esta tesis diciendo que “así son los yorkies, muy consentidos y exigentes”.

Bueno, lo cierto es que fuera lo que fuera, todos en la casa sentíamos preocupación por la salud de Tabú. Un día descubrimos unos granitos en el cuello de Tabú y pensamos que quizás esta sería la causa de su incomodidad. Mientras tanto, Tabú seguía acaparando la atención de todos en la casa.

Por su parte, Alejandra que no se separaba de Tabú ni a sol ni a sombra, tenía también sus cambios de humor. A menudo prefería quedarse leyendo en su cuarto en lugar de salir de compras con su mamá, o cuando

había un día soleado le provocaba ir a la playa, lo que provocaba discusiones con su papá quien no quería que manejara el carro hasta allá.

Es peligroso ir sola, decía su padre.

Alejandra respondía con toda convicción: Pero me voy con Tabú.

En su espíritu de joven moderna e independiente, Alejandra organizaba excursiones a San Blas, a Bocas del Toro, simplemente adoraba el mar. Tabú no se perdía una. Llevaba una vida muy activa para un yorkie.

Después de una semana del regreso del viaje a París, Tabú comenzó a verse animado nuevamente. Los granitos del cuello comenzaban a secar, el mechón que le caía sobre los ojos y que en la peluquería habían acortado ya comenzaba a medio cubrirle los ojos, Tabú comenzó a vigilar constantemente las entradas y salidas de los habitantes de la casa, sobre todo las de Alejandra y Jorge, regresó a velar al pie de la silla de comedor de la mamá y el papá de Alejandra quienes siempre satisfacían sus peticiones con migajas de comida de la mesa, se instaló en la mesa de la sala como una porcelana central. En otras palabras, Tabú volvió a ser el mismo.

Poco le duró la alegría cuando se dio cuenta que no lo llevaban a pasear con frecuencia. En señal de protesta orinó en cada pata de los sofás, de las sillas, de las mesas de la sala. Esto le ganó un castigo y un buen grito de Alejandra:

Tabú, vaya para su cuarto. (Es decir, el cuarto de la misma Alejandra.)

¡Vaya castigo!, dijo la mamá de Alejandra. Ahora se acostará en tus almohadas que se llenarán de pulgas.

Pero fue peor que eso, Tabú mordisqueó cada uno de los zapatos de Alejandra. Definitivamente, había que hacer algo por la educación de Tabú. Tendría que ir a una escuela de perros para que aprendiera buenos modales.

Sus clases de entrenamiento coincidían con las de una linda yorkie rubia de larga melena que ni siquiera lo volteó a ver. Tabú, acostumbrado a ser el centro de atención en su casa, se sintió ofendido y comenzó a ladrar para demostrar su disgusto. La linda yorkie desconcertada le peló los dientes con un pequeño gruñido que a Tabú le pareció muy sexy. Tabú estaba enamorado.

La pequeña Vivi acaparaba todas las miradas. ¡Era tan elegante y sofisticada y tenía tan buenos modales! Tabú trataba de impresionar a Vivi con sus regatas, sus saltos de sofá en sofá, sus escaladas hasta el más alto de los cojines y de allí al respaldar del sofá. Pero todo era en vano, Vivi se limitaba a mirarlo con aire burlón y de un respingo le daba la espalda.

Pobre Tabú, sus viejos trucos no impresionaban a Vivi. ¿Por qué?, se preguntaba Tabú, si en casa me los celebraban tanto. Y qué decir de la costumbre de velar bajo la mesa en espera de migajas de los comensales. Vivi encontraba ésto intolerable. Mientras Tabú no le perdía mirada a las viandas servidas en la mesa de los instructores, Vivi masticaba con elegancia y lentamente las bolitas secas de comida canina. Tabú se sentía desesperado, despreciado y desubicado.

Un día que encontró la puerta abierta decidió escapar de tanto protocolo. Corrió sin rumbo respirando aires de libertad, hasta agotarse y luego no podía encontrar el camino de regreso a la escuela y mucho menos a la casa... se había perdido. Comenzó a llover, estaba empapado pero seguía corriendo bajo la lluvia. Tenía tanto frío.

Tabú anduvo por las calles sin reconocer nada. Cuando le dio hambre buscó en los basureros y bebió del agua de lluvia depositada en las cunetas. A la hora de dormir, se acurrucó bajo un carro estacionado en un garaje techado. Allí pasó la noche. Tabú se había convertido en el vagabundo de la película y toda por una bella dama, Vivi. Juró nunca más volver a enamorarse. Lloró como lloran los perros sin una sola lágrima, pero su corazón estaba pesado como una piedra.

A la mañana siguiente, sintió que alguien lo acariciaba. Para su sorpresa, allí estaba Alejandra.

-Cómo fue tu primer día de clases, Tabú?

La respuesta fue su sonrisa horrible de felicidad.

Gracias a Dios, todo había sido una pesadilla. Tabú regresó a su casa, Alejandra se olvidó de la escuela de perros y Tabú de su primer amor.

Eso sí, comenzó a portarse mejor, pues algo le decía que si no lo hacía regresaría nuevamente a esa horrible escuelita.

LOS PEDACITOS DE PAN

Por: Malca Bassan

En el frío invierno de la ciudad, Enrique caminaba solo. Siempre los niños de la escuela de la esquina lo saludábamos con la mano. Una mañana, Enrique se acostó sobre una banca del parque y quedó dormido. Una, dos, tres horas.... Y Enrique no se despertaba. Mis amigos y yo pasamos durante el recreo, y lo miramos fijamente por un rato.

-¿Por cuánto más tiempo seguirá durmiendo Enrique? Nos preguntábamos.

Regresamos a las clases, y al final del día, lo fuimos a visitar de nuevo. Todavía dormía. No entendimos porqué Enrique dormía tanto. Nos empezamos a preocupar por él. Uno de mis amigos, a quien llamábamos Gaby, dejó una bolsita de pedacitos de pan al lado de Enrique.

-Tal vez tenga hambre cuando despierte. Decía Gaby moviendo la cabeza.

Todos nos fuimos del parque, pero Gaby se quedó. Él pensaba que el pobre Enrique no tenía familia. Me esconderé detrás de la banca hasta que despierte. Pensaba Gaby.

Gaby se agachó y se sentó en el piso. Mientras Enrique dormía, él se entretenía con su video-juego. Cuando de esto se cansó, se entretuvo contando las estrellas del cielo. Cuando ya había perdido la cuenta de las estrellas, Gaby se deleitaba con el sonido de los sapos. Cuando estos dejaron de cantar, se concentró en el maullar de los gatos. Cuando se cansó de los maullidos de los gatos, a Gaby le dio sueño y se acostó sobre la hierba del jardín del parque, al lado de la banca de Enrique.

A la mañana siguiente, Enrique abrió sus ojos primero. Los rayos de sol calentaron su cara en el invierno frío de la ciudad. Cuando vio una bolsita con pedacitos de pan, pensó,

-¿Quién la habrá puesto aquí? ¿Qué extraño? Pensaba. No tenía hambre. -¿Cómo puede ser que no tenga hambre después de haber dormido

tanto? Sentía que quería darle las gracias a la persona que le dejó la bolsita primero.

-Quisiera conocer a esta persona. Pensó Enrique.

Eran las siete de la mañana. Enrique movía su cabeza hacia todas las direcciones. De repente, ¿qué ve? ¿Qué es lo que se ve sobre la hierba? ¿Un niño? ¿Dormido? Y... ¿con uniforme escolar?

-¡Válgame Dios! ¡Pobre niño! Exclamó Enrique. Un niño tan chiquito solo por estos lares. Y con el frío que hace. Siguió hablando solo.

De inmediato se paró de la banca y corrió donde el niño. Con cuidado se le acercó para sentir su respiración. Cuando se dio cuenta que todo estaba normal, Enrique le agarró su muñeca y poco a poco Gaby abrió los ojos.

-¡Es usted! ¡Ya despertó! Dijo Gaby asombrado.

-Sí, ya desperté. ¿Dormí bastante, verdad? Preguntó Enrique.

-Yo pensaba que no despertaría. ¿Tiene usted casa? Gaby le contestó con otra pregunta.

-Mi casa es donde está mi corazón. Respondió Enrique.

Tocándose el corazón con su pequeña palma de la mano, Gaby le preguntó,

-Y ¿dónde está su corazón?

-Mi corazón está en cada rincón de esta ciudad le respondió Enrique con mucha seguridad.

Gaby era un niño grande y supo entenderlo. Sabía que a donde quiera que se dirija Enrique, ésa era su casa.

-A veces camino mucho y encuentro una banca, y allí está mi corazón en ese momento. A veces me encuentro a muchos pajaritos, y con ellos está mi corazón.

En ese preciso momento, Enrique baja su cabeza. Vio la bolsita con pedacitos de pan y recordó que alguien se la había dejado. Alzó sus

cejas como quien hace cuando no sabe algo. Enrique abrió la bolsita y sacó un pedacito de pan para dárselo a Gaby.

Toma. Debes tener mucha hambre. Le dice Enrique a Gaby con tono amistoso.

Enrique también acompañó a Gaby a desayunar. En un corto tiempo ambos quedaron rodeados de pajaritos que compartieron también el desayuno.

-Los pajaritos tienen más hambre que yo. Pensó Enrique.

-Los pajaritos quieren jugar al béisbol. Pensaba Gaby.

Los pajaritos lograban atrapar los pedacitos de pan en el aire cuando Gaby se los tiraba. Enrique estaba gozando el momento.... Hasta que un pajarito empezó a disfrutarlo más a él. Este se paró sobre el sombrero tejido de lana que llevaba puesto sobre su cabeza, abriendo sus alas de plumas blancas. El pájaro era una bella paloma. Enrique trató de agarrarla, pero el dolor en sus manos se lo impedía. La paloma estaba muy cómoda sobre la cabeza de Enrique, y él no sabía cómo sacár-



sela de encima. Sentía mucho miedo porque nunca le había pasado un pájaro sobre la cabeza.

No puedo ver la paloma. ¿Qué haré? Enrique repetía una y otra vez.

-No se mueva. Ahora vuelvo. Voy a buscar más pedacitos de pan para darle a la paloma. Le dijo Gaby parándose de la banca.

Mientras Gaby fue a buscar los pedacitos de pan, Enrique empezó a caminar por la vereda del parque. Él se preocupaba del qué dirán y la gente ni siquiera le ponía atención.

Enrique se dio cuenta que la paloma no lo lastimaba. Parece que le gustaba y se sentía cómoda sobre su gorro de lana. Enrique ya no se sentía más solo. La paloma se convirtió en su nueva compañera que no se despegaba de él.

Cuando Enrique se sentaba sobre la banca, la paloma estaba con él. Cuando Enrique caminaba por la ciudad, la paloma volaba a su lado. Cuando Enrique comía un pedacito de pan, la paloma picaba un pedacito. Ambos fueron buenos amigos gracias a mi amigo Gaby que le dejó la bolsita con pedacitos de pan cuando dormía. Gracias a Gaby, Enrique encontró dónde estaba su corazón en ese momento. Una amiga voladora que lo acompañó por varios días, semanas, y meses.

Gracias niño del parque. Pensó Enrique mirando a los niños entrando a la escuela.

HISTORIA DE UN RELOJ LOCO

Por: Moisés Pascual

Ilustrador: Emir Yaser Pascual Young

DICEN QUE UNA VEZ un reloj se volvió loco, por lo que se lo llevaron a un Manicomio de Relojes para repararle el coco, la cabeza, si es que había cura para locura tan grande. El reloj, que no decimos aquí la marca, para no ofender a sus fabricantes suizos, en vez de dar las doce daba las seis, y en vez de dar las tres, daba las nueve, y así, viceversa, y viceverso. ¿Inverso, o reverso...? ¿En verso...? ¡Loco yo!, dijo el pelicano, que contaba este cuento.



Estaba tan loco, tan perdido en el tiempo, que el pobre se la pasaba todo el día dando vueltas en círculos sin cansarse, y más que un reloj, parecía un maratonista en una interminable carrera sin meta. Loco, más loco que una cabra. Nunca se había visto por aquí un reloj tan fuera de sí, tan loco, tan malo del coco.

Tal era su locura que cada dos segundos su horario se detenía, y el minutero, en vez de ir de derecha a izquierda, iba de izquierda a derecha, y qué decir del segundero..., que no paraba y daba vueltas y vueltas, como si le quisiera dar la vuelta al mundo en un minuto. ¡Ya hubiera querido Sir Phileas Fogg tener un reloj así! ¡Sí, Sir Phileas Fogg! ¡No pongan esas caras..! ¡Aquel, el de *La Vuelta al Mundo en 80 días!* ¡Ah! ¡Ese!

Su locura llegaba a tal extremo, inaudita, por cierto, que en vez de trabajar de día, como el común de la gente, y de los relojes, dormía y dormía, pero haciendo unos ronquidos que podían despertar hasta a una momia egipcia muerta hace ya miles de años atrás. Y en vez de dormir en las noches, como todo el mundo, silenciosamente con un suave tic tac tic tac, como un ratoncito, como un reloj cualquiera, se la pasaba trabajando y trabajando, sin parar, tuc tuc tuc tuc, pero haciendo con su timbre, con su alarma, un ruido tan infernal, tan metálico, como una fábrica de tiempo, como una bomba a punto de estallar, por lo que era casi imposible conciliar el sueño, razón por la que al parecer, alguien enloquecido por no poder dormir, le dio con un martillo en la cabeza, y si pensó que así lo compondría, lo volvió más loco de lo que ya estaba. ¡Vaya reloj! ¡Imagínense..! ¡Loco, más loco de lo que ya estaba!

El doctor al verlo, con aquel golpe en la cabeza, con un chichón inmenso, antes de hacer cualquier diagnóstico, decidió primero reparar su cristal que estaba resquebrajado, y hacerle algunas preguntas lógicas para determinar la salud de su máquina principal.

-¿Qué hora es? -le preguntó.

-¡Estamos en abril y ya comienzan las lluvias!- respondió el paciente.

-... pero... es que usted es un reloj, mi buen amigo, y los relojes dan la hora, marcan el tiempo... -dijo el doctor.

-Usted está muy confundido doctor, eso es un trabajo de brújulas, y yo como reloj, sólo puedo decirle si hoy hay sol o si mañana habrá lluvia. Creo, por el frío que hace, que mañana caerá una tibia nieve sobre la ciudad de la niebla... -explicó el reloj.

El doctor no sabía qué hacer ni qué decir, y pensó que mejor era cambiar de estrategia y tratamiento para hacer entrar en razón a tan loco enfermo, que siendo un reloj, confundía el tiempo con el estado del tiempo, la temperatura, las direcciones, y la orientación de los vientos. Tan loco estaba el reloj.

El doctor, tras hacer algunas anotaciones en su cuaderno, le preguntó:

-¿Es de noche o de día..? -El doctor, claro, sabía que era de día.

-Es la medianoche. ¡Cómo usted que es un doctor, muy estudiado, con mil títulos y todo, no sabe que estamos en la mitad de la noche cuando el sol alumbraba más fuerte sobre el Ecuador..! - dijo el reloj, muy convencido de su argumento, limándose las uñas con una caja de fósforos.

Tras meditar un buen rato, el doctor supo que la locura del reloj era tal, que no había tratamiento ni pastillas que curaran tan mal estado de la cabeza... y el alma, por lo que creyó que era mejor, conveniente, quizá la única solución, llevarlo a cirugía de inmediato.

Incluso el doctor llegó a pensar que el reloj estaba más loco que Don Quijote, un personaje del que había leído una historia en un libro bien gordo, y que sólo al final, tras muchas andanzas y golpes, vino a recuperar la razón en su lecho de muerte. ¡Pobre viejo! ¡Pobre Reloj!, pensó el galeno en su bata blanca.

Miró al reloj, le acarició la parte de la cabeza en donde había recibido el martillazo, y sin pensarlo dos veces, se lo llevó a la Sala de Operaciones, no sin antes decirle:

-¡No se preocupe, mi buen amigo reloj! ¡Está usted en muy muy buenas manos!

El reloj lo miró, lanzó una gran risa, luego un estornudo, soplos, luego silbidos, y comenzó a sonar como un loco sin parar su alarma, la que, más que indicar la hora de levantarse, parecía anunciar un fuego o un desastre.

En el quirófano, el doctor sacó de su maletín negro: serruchos, cinceles, martillos, destornilladores, y otras extrañas herramientas. Doce horas duró la complicada operación, con la esperanza de devolverle así la razón al loco reloj enfermo del coco. Terminada la intervención, tras descubrir el doctor que algunas piezas del reloj le habían sobrado, tornillos y tuercas, las que escondió en su maletín sin ser visto. La Enfermera que lo había asistido, le preguntó:

-¿Doctor, qué hora es..?

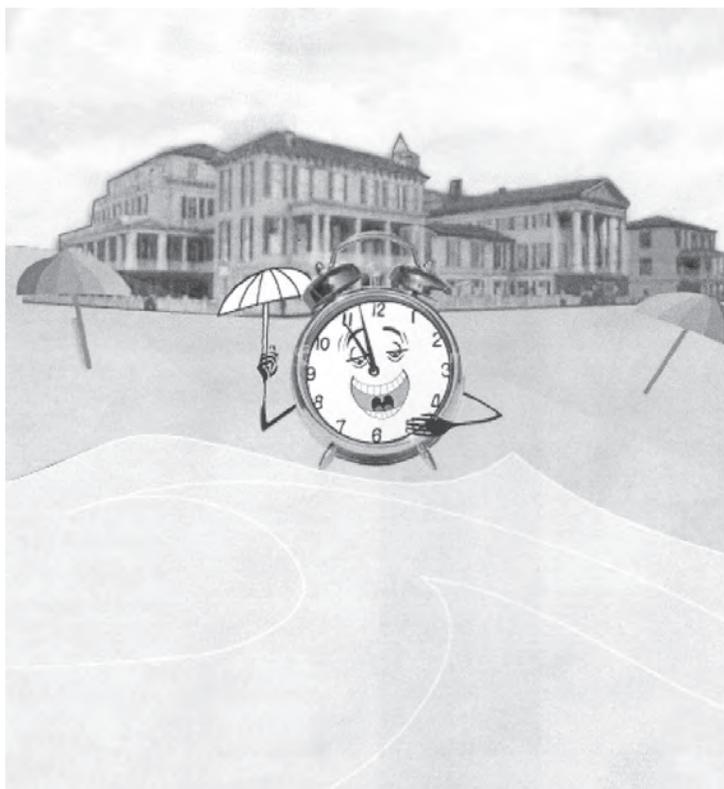
-Las seis y cuarenta y tres - dijo el doctor, pero sin mirar su reloj, contando los minutos, casi de memoria. La enfermera no dijo nada, lo miró, y salió apresuradamente perdiéndose por los largos pasillos blancos del hospital a donde llevan a los relojes que se vuelven locos. “Con tal prisa, seguramente tiene una cita... o debe ser un dolor de muela muy grande”, pensó el doctor.

El doctor miró su estetoscopio y también salió corriendo.

Días después, tras su lenta recuperación, el reloj estaba silencioso y muy tranquilo sentado sobre un cómodo sofá, mirando al mar. El Reloj nunca había estado en el mar. Era un reloj de tierra. El viento olía a sal y a islas, a cangrejos y pargos rojos, a delfines y algas. Y aunque ya nunca más podría dar la hora, tal como le había dicho el doctor, ahora su feliz destino sería... contar las olas, las olas del mar.

-¡Tic tac tic tac tic tac... -decía el reloj, que esta era su manera de contar las olas. Curado el reloj, según decía el doctor, estaba más feliz que nunca. Y era cierto. Tenía buen semblante, buen color, y hasta le habían reparado su cristal para no mojarse, cada vez que las olas golpeaban contra las rocas. Al parecer el contacto con el mar le hacía mucho mucho bien, y sólo de vez en cuando, cuando las olas se hacían lentas, se le oía decir:

-¡El tiempo vuelve loco a cualquiera, eh! ¡Qué bien que yo no soy... cualquiera! ¡Lástima por mi doctor... loco... creyó que yo era... un reloj! ¡Habré visto locura en el mundo! -y tras una risotada, estridente y espumosa, mientras contaba las olas, una a una, se puso a cantar como cantan el viento y las gaviotas, cuando juegan con el mar.



LA RECOMPENSA

*Por: Mitzy Sandoval
Autora e Ilustradora*

Las aves son el símbolo natural más puro de nuestra amada libertad.



El suave perfil de “La Montaña,” destaca entre los cerros que componen la cordillera. En sus faldas, la naturaleza crea árboles de fuertes y esbeltos troncos, arbustos y plantas de hermosas florecillas de variados colores, creándole matices al tupido y verde follaje.

Juan y Chinto llegaron hasta ese bosque, muy temprano, con el fin de atrapar algunos pajarillos para venderlos en el pueblo. Desconocían el lugar, por lo que andaban con cuidado, abriéndose paso por entre la espesura, buscando el sitio apropiado donde colocar las jaulas. Anteriormente, cazaban pajaritos cerca del pueblo; con las jaulas lo conseguían, pero, eso era antes, ahora, estos pájaros, ya no llegan cerca. Hay que buscarlos a mayor distancia.

Mucho tardaron esperando la llegada de estas aves. Sin embargo, al no lograrlo, intentan cambiarse a otro punto, y se internan un poco más. Ahora, extrañan sus cantos, pues tampoco allí hay presencia de ellas. Pero, lo que sí escuchan, y los pone en alerta, es el eco de un trueno que retumba seco y profundo. Corren en silencio las nubes grises opacando al sol, oscureciéndolo todo rápidamente.

Otro trueno retumbó furioso sobre sus cabezas estremeciéndolos,.. y otro... y otro más...

-¡Chinto!, ¡viene el agua! ¡Corramos antes de que nos alcance!- Y creyendo que podrían escapar, dejan las jaulas y corren sin parar. Sin embargo, el aguacero no respeta, y llega con todo, atacándolos, haciéndoles correr sin ninguna dirección, ya que el camino de regreso se les borró de la vista. El agua les caía con furia, puyándoles el cuerpo como agujas. Los relámpagos estallaban una y otra vez; parecía que el aguacero los acosaba, atemorizándolos.

-¡Juan, mira!, ¡allá! ¡Corramos hacia aquellos árboles, hay una cabaña! ¡Estos relámpagos me tienen aterrado!

Era una humilde cabaña cubierta de tupida y apretada hiedra, semejante a una cueva, metida entre los grandes árboles. Pero al llegar, algo increíble les sucedió: el aguacero que tanto les perseguía, terminó, y en su lugar, una fuerte brisa llegó agitando la vegetación, secándolo todo a su paso, permitiendo que Juan y Chinto se sintieran más cómodos con sus ropas secas. Eso, pensaron los muchachos.

El canto y aleteo de pájaros invadían por cientos las copas de los árboles, sorprendiendo a los jóvenes que se extasiaban mirándolos. -Parece que todos los pájaros se vinieron para acá,- dice Chinto- con razón, no pudimos atrapar a ninguno; fíjate Juan, cuántos animales del bosque merodean este lugar,- continúa diciendo, sin dejar de mirar a las ardillas, armadillos, conejos, tórtolas y torcazas, encaramados unos y posados otros en distintas partes de la cabaña y sus alrededores. Los chicos entusiasmados por todo lo que veían, de repente, escucharon que alguien les llamaba.

Pues, sí. Era un viejo, bastante viejo, de largas y escasas barbas, quien recostado en un asiento en el portal, descansaba sin dejar de observar

lo que ocurría a su alrededor, por lo que al ver a los muchachos, los invita a acercarse, y luego les dice:

-Los vi correr hasta aquí, ¿qué les ocurrió?

-Nos perseguía el aguacero; los truenos y el resplandor de los rayos nos hicieron correr, pero, al llegar a esta cabaña el aguacero terminó, y entonces llegó el viento agitando las plantas y los árboles, y todo lo mojado se secó, - le cuenta Chinto.

-Fue algo extraño, -asegura Juan, -pero, supongo, que esto puede suceder en cualquier lugar.

-No, mijo, no, eso no sucede en cualquier lugar. Y es raro, porque no he visto que haya llovido, ni los truenos he escuchado. ¿Me están diciendo la verdad? -pregunta incrédulo.

-Así es, señor, todo sucedió como hemos dicho. -dijo Chinto mirando al anciano.

Éste los mira a su vez pensativo, y los interroga nuevamente.

-¿Qué los motivó a penetrar este bosque? ¿Lo conocían antes?

-No, -dice Juan, -nunca habíamos venido por acá, pero queríamos cazar pájaros, por eso vinimos. Cerca de nuestro pueblo ya no llegan, no se ven ni se escuchan sus cantos. Acostumbrábamos cazarlos para después venderlos, sobre todo los que cantan bonito, -termina de decir Juan muy desenvuelto, sin imaginar que estaba haciendo enojar al viejo, quien endurece su rostro, y les dice:

-¿Así es que andaban de cacería?, porque, dijeron cacería, ¿verdad?

El viejo brujo que defendía la vida en el bosque, siempre apoyado por la Madre Naturaleza, era la causa de que muy pocas personas se arriesgaran a introducirse en la densidad de ese bosque, pues se decía, guardaba un misterio.

Juan y Chinto contestan asintiendo con la cabeza sin dejar de mirar al brujo, quien al envolverlos en su poderosa magia, lo veían convertirse en un extraño árbol de extensas raíces, e inquietas ramas. Su nariz, que también sufrió transformación, la veían como un ramal de hojas denta-

das, que el viento hacía batir con aspereza. Una parvada de talingos y palomas salió, de repente, de la copa del extraño árbol, perdiéndose en la lejanía. Y fue en ese momento cuando la casualidad puso de su parte, al posarse sobre el ramal, un par de espigueritos venidos de lejos, lo que le produjo al brujo un terrible estornudo, tan brusco, que los sacó como pepita de guaba, haciéndolos huir espantados, creyendo que el planeta se sacudía.

Los muchachos, atónitos, no podían creer lo que veían, pero, el susto que cargaban no les impidió aprovechar el momento de confusión para levantarse de los asientos, y tratar de salir en estampida, lo que no les fue posible porque el viejo brujo, mucho más listo que ellos, los detuvo con su magia, enredándolos y, obligándolos a sentarse nuevamente. Y con voz de trueno, les hizo una advertencia:

¡ESCÚCHENME MUY BIEN JOVENCITOS! :

¡EN EL BOSQUE LOS ANIMALES NACEN LIBRES, Y LIBRES DEBEN PERMANECER! ¡NADIE TIENE DERECHO A ENCERRARLOS Y MENOS, HACER USO DE ELLOS PARA SACAR VENTAJA EN BENEFICIO PROPIO! ¡ESTO ES SÚMAMENTE MALO..! ¡MUY MALO!, les repetía.

A todo esto, las ramas del embrujado árbol, se movían sin cesar, produciendo sonidos extraños y, a la vez, repitiendo las palabras del anciano, que retumbaban como eco. Claro que los chicos tuvieron tiempo de sobra, para pensar en las razones que el viejo hechicero tenía para enojarse, y defender a las criaturas del bosque.

Pasado el enojo, desapareció el árbol, y reapareció el viejo, quedando los chicos libres del encantamiento.

Entonces el anciano les dice:

Lo que han visto, sentido y oído, servirá para que se deshagan de la mala práctica en contra de las criaturas del bosque. La naturaleza les aguarda, ustedes forman parte de ella; la bondad es fuerte y llenará vuestros corazones. Debemos ayudar bendiciendo la tierra con nuevas semillas. Es preciso sembrar árboles; ellos darán frutos y acunarán muchos nidos. Las aves y otras criaturas no se extinguirán y poblarán por siempre los cielos y la Tierra, -termina diciendo el anciano hechicero.

Luego, de sus largos y huesudos dedos, brotaron semillas, de las que les hizo entrega, indicándoles el camino a seguir, siendo el antiguo sendero el que los llevaría hasta las faldas de “La Montaña”.

Y mirando los cerros en la lejanía, al viejo se le ilumina el rostro cuando dice: -allí donde canta el zorzal, allí donde habita el espíritu del gran árbol de oro, es allí donde deben llegar. Y recuerden, que toda buena acción, tiene su recompensa.

Chinto y Juan, al escucharlo, ya no saben qué decir, pero aceptan las semillas para sembrarlas sintiendo que estaban en deuda con la naturaleza.

Los chicos bajan el sendero llenos de curiosidad y expectativas por lo que pudieran encontrar al final de la senda; y esparcen las semillas por riscos y laderas, y a todo lo largo por las orillas de los senderos y caminos, entre peñascos, hasta encontrarse finalmente, en las faldas de “La Montaña”. Y he aquí lo que descubren:



Un bosque de tupidos y ambarinos guayacanes contrastaban con el verde de la floresta, extendiéndose sobre la orilla de un riachuelo, que en rumorosas caídas, seguía su curso, atravesando la arboleda. Los senderos, convertidos en mantos de flores doradas, deslumbraban a los

chicos, quienes embelesados, no podían dejar de admirar tanta belleza, pues el sol brillaba como oro al caer sobre las copas de estos maravillosos árboles. Y ellos, mudos por la impresión, se sientan sobre unas piedras, observándolo todo.

El silencio sobrecoge. El cantarino río hace pausa, destacando la quietud... y es allí, cuando escuchan, muy quedo, los melodiosos trinos, de un zorzal posado en una de las ramas doradas.

Juan y Chinto se miran a los ojos sorprendidos, recordando las palabras del viejo mago, cuando decía..." allí donde canta el zorzal, allí, donde habita el espíritu del gran árbol de oro..."

Y Juan, conmovido, experimenta una emoción profunda, pues siente que están viviendo un momento mágico, y pregunta:

-¿A quién dedicas tus dulces trinos, bello y tierno zorzal? ¿Acaso al espíritu que habita en el árbol de oro? Dime: ¿sólo el silencio defiende la armonía que desgranar tus trinos?

Y la brisa cómplice, les lleva las palabras del zorzal en su canto cuando dice:

-“Calla el viento, y la naturaleza calla, oye en silencio mis trinos cuando canto al espíritu divino”.

Los muchachos, atraídos por el hechizo de aquel bello lugar, acordaron, amar y proteger la naturaleza en general, y a las aves en especial, por ser ellas una parte importante del tesoro de nuestra Madre Tierra.

Así lo habían comprendido, sintiendo que sólo por comprenderlo, Éste sería, su mayor recompensa.

UN DÍA DE CAMPO

Por: *Mirla Lina Díaz*

En un bosque Vivían un par de ositos que se llamaban Pipo y Nini. Pipo era un osito muy fuerte y juguetón y su hermanita Nini vivaracha y presumida.



Un día sus padres organizaron un paseo al campo. La mamá de los ositos le puso a Pipo una gorra azul y a Nini un lindo sombrero con cintas y muchas flores, papá oso llevaba la canasta con las frutas y las comidas.



Acampar a la sombra de un árbol. A Pipo le encantaba nadar y se divertía muchísimo sacando pececitos del agua. Estaba muy feliz en el lago.



Nini le temía al agua porque no sabía nadar muy bien, pero gustaba de sentarse sobre una piedra en la orilla del lago y mirarse reflejada en el agua, sobre todo ahora que tenía puesto un sombrero tan bonito. De pronto... Nini resbaló y cayó al agua, gritó asustadísima a Pipo pidiendo ayuda. Pipo no tardó en llegar al lado de Nini y la sacó rápidamente del agua. La pobre Nini no dejaba de llorar abrazando y besando a Pipo.



Sus papás corrieron al ver lo que sucedía. El papá le prometió a Nini que le enseñaría a nadar, y la mamá se sintió muy orgullosa de Pipó por rescatar a Nini del agua. Tal fue su alegría al darse cuenta que sus hijitos estaban bien, que les repartió una deliciosa torta de fresas bañada de dulcísima miel.



CARABAD Y DABARAC

Por: Melanie Taylor Herrera

Ilustrador: Jhoram Moya

Hace mucho, mucho tiempo atrás, una hechicera llamada Carabad tenía un mono llamado Dabarac. Dabarac sabía leer y también las tablas de multiplicar. Carabad y Dabarac se acompañaban el uno al otro todo el tiempo. Al monito Dabarac le gustaba que la hechicera Carabad le leyera historias antes de dormir. Aquello lo ponía particularmente contento, eso y también los bananos con helado. En fin, que la hechicera luego de preparar sus pócimas, podar sus árboles mágicos que daban bananos con helado y aprender nuevos encantamientos, se sentaba a leerle al mono hasta que éste se dormía.

Un día la hechicera tuvo que viajar al país del arco iris donde vivía su hermana menor.

-Querido Dabarac, temo que no puedo llevarte conmigo, pues el viaje es muy largo y estarías muy incómodo - le expresó con tristeza al monito.

-Ay, mi querida Carabad, ¿Cómo me vas a dejar solito? ¿Quién me contará historias antes de dormir? Llévame contigo que a mí nada me incomoda.

-No, Dabarac, tú no estás acostumbrado ni al sol ni a las tormentas. Estás contento en mi jardín donde siempre se está fresco comiendo banano con helado.

-Pero, Carabad, yo no puedo quedarme solo, me daría mucha tristeza.

-No estarás solo, Dabarac, te acompañará mi aprendiz Radma.

-No, no, yo quiero ir contigo.

Tanto suplicó el mono que la hechicera se dio por vencida y se lo llevó. Partieron con una caravana de camellos cargados con muchas cajas, cajas chicas y grandes, cajas blancas y negras, cajas repletas de cosas, cajas sin nada en ellas. Pronto el mono se cansó del viaje porque



para llegar al país del arco iris debían cruzar un desierto caluroso con mucha arena.

-Ay, no puedo, no puedo seguir Carabad, este calor me está matando.

-Caramba -protestó la hechicera-, pero si te dije que te quedaras tranquilo en el jardín con los bananos.

-Ay, Carabad, Carabad, es que aquí hay mucha arena.

Tanto se quejó el monito que la hechicera hizo un encantamiento y le creó un oasis, un lugar fresco, rodeado por palmeras y un pequeño charco de agua donde refrescarse.

-Ay, Carabad, Carabad, me voy a aburrir.

La hechicera se llevó las manos a la cabeza. Ella quería mucho a su mono pero éste no le hacía caso. Por algo le había dicho que se quedara en el jardín mágico. No podían regresar al palacio porque estaban muy lejos, pero tampoco podía llevárselo hasta el país del arco iris.

-Está bien, -dijo la hechicera-, te dejaré un libro cambiante. Este libro te contará una historia distinta cada día hasta que yo regrese y podamos retornar juntos a casa.

Esto contentó mucho al monito quien vio partir a su dueña rumbo al país del arco iris.

Dabarac estuvo contento un par de días hasta que llegó un mercader. El mercader se alegró mucho de encontrar un oasis en medio del desierto. Se echó agua al rostro para refrescarse y empezó a hablar con Dabarac. Éste le contó que su ama era una hechicera y que la estaba esperando. También le contó cómo era el palacio de Carabad, lleno de flores perfumadas y un jardín de bananos con helado.

Por supuesto no pudo abstenerse de decirle sobre su libro mágico que le narraba distintas historias antes de dormir. Al mercader se le iluminaron los ojos.

-Uy, este libro lo puedo vender por mucho dinero.



Cuando el monito se durmió, el mercader agarró el libro y se lo llevó en secreto. Al despertar Dabarac se puso muy triste, pues no encontraba su libro y tampoco al vendedor.

- ¡Me han robado! Estaré muy aburrido hasta que regrese Carabad.

Por suerte, justo en ese momento, avistó a -la hechicera quien regresaba, sin camellos ni cajas, volando en un unicornio gris.

- ¿Qué te pasa, mi querido amigo?

-Un mercader me ha robado mi libro mágico.

-No te preocupes, que poco podrá hacer con él. Porque el libro sólo lo pueden leer aquellos que están muy, muy aburridos y tienen buen corazón. El vendedor - no podrá leerlo. Además ya no lo necesitas pues me tienes a mí y - regresamos a casa.

Y en efecto regresaron ambos al bello y alegre palacio donde comieron banano con helado.

Entretanto el vendedor llegó a un pueblo y se apresuró a mostrar su mercancía en la plaza del pueblo.

¡Señor! ¡Señora!, ¡Vengan! -gritaba. -Tengo un libro excepcional. Sus palabras cambian de lugar para contar siempre una historia diferente.

Un grupo de personas rodearon al vendedor para ver el libro mágico.

Cuando el vendedor abrió el libro, esto fue lo que vio la gente:

CARABADDABARACCARABADDABARAC

Y por más que el mercader sacudió el libro, lo abrió, lo cerró, lo volvió a sacudir, lo lanzó al aire, lo apañó, sopló sobre él y hasta lo arrulló en sus brazos , al abrirlo la gente volvió a leer:

CARABADDABARACCARABADDABARAC

La gente se rio del vendedor y lo dejaron solo. El vendedor, molesto, dejó el libro en el medio de la plaza, y muy avergonzado se marchó del pueblo.

Y así pasó el libro de mano en mano, de un señor aburrido a un niño aburrido, a una dama aburrida de leer siempre el mismo libro, a una abuelita aburrida de tejer suéteres, a una princesa aburrida de comer pasteles hasta que, ¡quién sabe!, y llegue a ti un día en que estés muy aburrido.

Si llega a ti, recuerda que primero leerás:

CARABADDABARACCARABADDABARAC

Cierra el libro y ábrelo de nuevo, y leerás una historia nueva. Esto seguirá sucediendo hasta que el libro regrese a manos de Dabarac y Carabad quienes seguramente estarán comiendo... banano con helado.

LA TAREA SIN HACER

*Por: Mitzila Mendieta
y Hercibelle González*

“Había una vez un niño llamado Coyotito, querido por todos, buen amigo y estudiante. Hasta que un día...”

Estudiantes: A jugar, a jugar, a la rueda a la rueda sin parar (risas)
(Suena el timbre / gritos)

Coyotito: Conejito, préstame tu tarea.

Conejito: No coyotito, éso no está bien. Verdad lobito.

Lobito: Tienes razón conejito. ¿Por qué no la hiciste?

Coyotito: Es que ayer me fui a patinar y a jugar fútbol con mi vecinito y no tuve tiempo.

Conejito: Debiste haber hecho la tarea antes de salir a jugar.

Lobito: Si no haces tus tareas te puede ir mal en los ejercicios, pues las tareas son para que practiques. Si te presto mi tarea no será honesto

Coyotito: ¡Ustedes no son mis amigos ya!, ¡no les hablo!, Malos!!!

Y al salir de la escuela...

Malvadín: Hola niño, ¿porqué estas tan solo? ¡Oye, es que no me escuchas!

Coyotito: Disculpe, pero yo no hablo con extraños.

Malvadín: Mi nombre es **Malvadín**; ves, ya no soy un extraño. Ahora cuéntame, ¿qué te sucede?

Coyotito: Mis amigos no quisieron que me copiara la tarea, y la maestra me puso mala nota. No comprendo porqué

Malvadín: Seguramente ya se cansaron de ti. ¿Quieres darles una lección?

Coyotito: ¿Pero, cómo?

Malvadín: Fácil, sígueme. Eres cortés con todos tus amiguitos, y sin embargo de nada te ha servido. Ven quieres darles una lección, simplemente has lo que dice mi canción.

**Sé un odioso, caprichoso, envidioso,
muy goloso, empalagoso, bochinchoso, apestoso,
horroroso, mentiroso, ¡sé muy maloso!**

Coyotito: Seré un odioso, caprichoso, envidioso, muy goloso, empalagoso, bochinchoso, apestoso, horroroso, mentiroso, ¡seré muy malo!

Malvadín: Serás muy malo, requete malo, y super malo (**carcajadas**).

Coyotito: Malvadín, ya entiendo, esto de ser violento me está divirtiéndome.

Malvadín: Puedes irte a tu casa. Ya verás, a partir de mañana todo será diferente (**carcajadas**).

Coyotito: Hasta mañana Malvadín. ¡Ya van a ver esos niñitos!

Malvadín: Todos mis planes están resultando de maravilla, ese niño tonto ha creído que siendo violento, ay, será mejor (**carcajada**).

Se ha equivocado y ha caído en mi trampa. Pronto será tan violento que lo único que va a conseguir es que lo rechacen y lo desprecien por malcriado y grosero. **Será como yo, ¡¡¡¡MALVADO!!!! (carcajadas ja ja ja ja ja ja)**

Y a la mañana siguiente en la escuela...

Coyotito: Oye tú, Fofefo y lobito.

Lobito: Dime coyotito.

Coyotito: Ustedes no saben que está terminantemente prohibido pasar por este pasillo.

Lobito: Y ¿quién lo dice, alguna maestra?

Coyotito: No, yo lo digo, y más les vale a los dos que se vayan de aquí si no quieren que les dé una lección.

Lobito: Este pasillo no es tuyo, es de la escuela y aquí me quedo.

Coyotito: Ah, sí... (lo golpea)

Lobito: ¿Por qué le pegas?

Coyotito: Se lo merecía.

Malvadín: Observaba escondido todo lo que ocurría.

Malvadín: Hola, ¿cómo te va coyotito?

Coyotito: Super, Malvadín. Todos me temen y me respetan.

Malvadín: (carcajadas jejejejejejejejeje) Recuerda que la única manera de ser el mejor es siendo violento. Ven, vamos a divertirnos.

Coyotito: ¿Cómo?

Malvadín: Tirándole piedras a los pajaritos.

Coyotito: ¡Sí!

Malvadín: (carcajada jejejejejejejejejejejejejeje)

**Coyotito ya no era el mismo... Era grosero, descortés,
pelión y mal portado. No tenía amigos, y siempre
estaba solo o en compañía de Malvadín...
Pero un día a la salida de la escuela...**

Maestra: Está bien niños guarden todo, ya pueden irse hasta mañana. Tú no coyotito.

Coyotito: Maestra, es que si me demoro me deja el busito.

Maestra: coyotito, tu no tienes busito, y vives a una calle de la escuela. Ahora respóndeme, es cierto eso que dicen tus compañeros.

Coyotito: Yo no fui, son unos mentirosos.

Maestra: coyotito tu actitud no es correcta, estás bajando tus calificaciones y ya nadie te habla. ¡Te das cuenta!

Coyotito: ¿De qué?

Maestra: ¡No tienes amigos!

Coyotito: ¡Para lo que me importa!

Maestra: ¡Coyotito, a dónde vas!

Los padres de coyotito también había notado el cambio, Coyotito ya no era el mismo. Estaban muy preocupados...

Papá: ¡Coyotito, ven acá!

Coyotito: Sí papá.

Papá: ¿Qué es lo que está pasando contigo, como es eso de que no tienes amigos y de que estás bajando las notas?

Coyotito: ¿Quién te contó?

Papá: Tu maestra me llamó por teléfono.

Coyotito: ¡Tenía que ser esa maestra chismosa!

Papá: No vuelvas a ser tan irrespetuoso, me dijo porque está preocupada por ti al igual que estamos tu mamá y yo. No quiero discutir más contigo, ve a tu cuarto y piensa en todo lo que has hecho y luego hablamos.

Coyotito pensó, y pensó... y de repente...

Conciencia: Hola coyotito.

Coyotito: ¿Quién eres y como sabes mi nombre?

Conciencia: Te lo explicaré.

Yo soy conciencia, y vivo en tu mente, te hago diferente de toda la gente. Soy aquella vocecita, que siempre escucharás. Y que a tu lado, contigo estará.

Sé lo triste que estás, porque has hecho mucho mal, pero yo estoy aquí, te vengo a aconsejar, reflexiona y vuelve a cambiar. Soy tu conciencia.

Coyotito: ¿Dónde has estado conciencia durante todo este tiempo? Le he hecho tanto mal a mis amigos.

Conciencia: Siempre he estado aquí a tu lado, pero estabas tan entretenido haciendo el mal que no me escuchabas.

Coyotito: Pero ya es tarde, nadie me quiere.

Conciencia: Nunca es tarde para el perdón y el arrepentimiento.

Malvadín: ¡Coyotito, no la escuches, ella está completamente loca! ¡Es más, ya es muy tarde para el arrepentimiento, todos te odian!

Coyotito: Malvadín tiene razón.

Conciencia: ¡No le creas, recuerda eres único!

Coyotito: ¡Claro que sí, ellos me quieren, sólo tengo que volver a ser como era antes!

Malvadín: ¡Nooooo, ay, niño tonto!

Coyotito: ¡Gracias amiga conciencia!

Conciencia: No me lo agradezcas a mí, fuiste tú quien hizo todo el trabajo. Ahora ve y dile a tu papá lo mucho que lo sientes.

Coyotito: Sí.

Conciencia: Y recuerda, no necesitas ser violento para ser el mejor, dentro de tu corazón se encuentran las armas necesarias para hacerte amar.

Coyotito: ¡Ahora comprendo! papá, papá, papá...

A la mañana siguiente en la escuela...

Maestra: Muy buenos días niños.

Estudiantes: Buenos días maestra.

Maestra: Coyotito quiere decirnos algo.

Estudiantes: Ay no...

Maestra: Niños, escuchen a su compañero.

Coyotito: Quiero que me disculpen. Sé que he actuado muy mal durante estos últimos días y me siento arrepentido. Conejito, ya comprendí porque no me dejaste copiar tu tarea. Gracias porque con eso demostraste ser mi verdadero amigo. He aprendido la lección. **Prometo portarme bien**, y ser el mejor de los amigos ayudándolos en todo lo que pueda. ¿Me disculpan?

Estudiantes: Claro que sí, viva coyotito...

Coyotito fue perdonado por sus amiguitos. Volvió a ser como era antes y vivieron felices para siempre. Y colorín, colorado esta historia ha terminado...



LA CASA DE ANTONIO

Por: Patricia Veazey de Alvarado

Una mañana temprano, Antonio decidió construir una casa.

-Hoy construiré mi casa -dijo-, ¿pero dónde?

Primero giró la cabeza a la derecha y miró a la izquierda. Luego giró la cabeza a la izquierda y buscó a la derecha.

-No hay nada por aquí -dijo-. Volaré al siguiente árbol.

Saltó de la rama y aleteó sus alas y voló en un santiamén. Mientras volaba, giró la cabeza a los lados. Le encantaba volar.

Cuando se acercaba al árbol, bajó los frenos de aire y extendió su tren de aterrizaje.

¡Erk! ¡Erk! Sus garras funcionaron a la perfección aterrizando encima de la rama.

-Oye, ¡quítate de mi rama! ¡Llegué primero! -chilló un gran zorzal pardo.

-Ups, perdón -dijo Antonio.

Aleteó sus alas y agarró la siguiente rama. Miró hacia arriba.

-No, este lugar no sirve. Hay mucho sol y casi nada de sombra -dijo y se fue.

Aterrizó encima de una cerca para descansar. Vio un jardín verde y lleno de flores, pero nada de árboles.

-No, este lugar tampoco sirve -dijo y voló de nuevo.

El sol subía en el cielo y Antonio hizo lo mismo. Miró hacia abajo.

-¡Ay, estoy volando hacia atrás! -exclamó.

Las plumas de Antonio se agitaron. Bajó la ala izquierda. Cambió de timón y se dirigió hacia abajo. Todo se puso borroso.

-Ay, estoy mareado. ¡Estoy volando muy rápido! -dijo.

Cambió su ala izquierda, ajustó su timón y voló en un círculo. Antonio se deslizó en el primer árbol que vio y agarró una rama. Necesitaba descansar.

-¡Qué vuelo! -exclamó y miró a su alrededor.

-Oye, este árbol no está mal -silbó-. Quizás puedo construir mi casa aquí.



-¡Cuidado! -gritó un urraca azul.

En un destello de plumas Antonio saltó a la siguiente rama. ¡Allí abajo del árbol estaba sentado un gato gigantesco!

-¡Uy! ¡No me gusta este lugar! -gritó y se fue volando de nuevo.

Antonio buscó y buscó. Hasta una chimenea inspeccionó.

-Este lugar es muy oscuro -dijo y se fue.

Antonio estaba cansando.

Eso fue cuando vio el árbol de caoba. Era magnífico. Era enorme. Tenía muchas hojas y muchas ramas, notó Antonio mientras volaba alrededor del árbol grande.

-Por allí hay un buen lugar para aterrizar -dijo. Entonces bajó sus frenos de aire y su tren de aterrizaje. La rama no tembló.

-Sólido -dijo-. No se moverá con el viento.

Miró a su alrededor.

-No hay demasiada luz ni es muy oscuro.

Antonio miró abajo.

-¡Y no hay gatos! Esto es perfecto -dijo-. Construiré mi casa aquí.

Y eso es lo que hizo.

ORGULLOSAMENTE SAPO

Por: Patricia Veazey de Alvarado

El sol se ponía y la tierra estaba mojada por la lluvia.

Tadeo tenía hambre.

-Es hora de comer -dijo y se sentó encima de un tronco y esperó.

De repente zumbó un zancudo y aterrizó en una brizna de hierba delante de Tadeo.

¡Zap! ¡Desapareció el zancudo!

-Mmm, ¡que sabroso! -exclamó Tadeo mientras enrollaba su lengua de nuevo.

Luego pasó lentamente un ciempiés.

-¡Puah! ¡muy peludo! -dijo Tadeo.

Entonces una mosca se paró encima del tronco.

¡Zip! Tadeo se tragó la mosca.

-¡Esto es divertido! -dijo Tadeo-. Puedo hacer esto toda la noche.

Saltó más cerca al estanque. Había otros sapos en la hierba. Podía oírlos cantar.

-Urrup, urrup -cantaban.

-Urreep, urreep -contestó Tadeo.

Rieron algunos sapos.

-Puedes coger moscas -comentó uno-, pero no puedes cantar.

Tadeo intentó cantar de nuevo. Inhaló profundamente, cerró bien la boca y sopló -¡Urreep, urreep!

Todos los sapos rieron.

-Tú cantas como una rana -dijo un sapo.

-Sí, y parece una rana también -comentó otro.

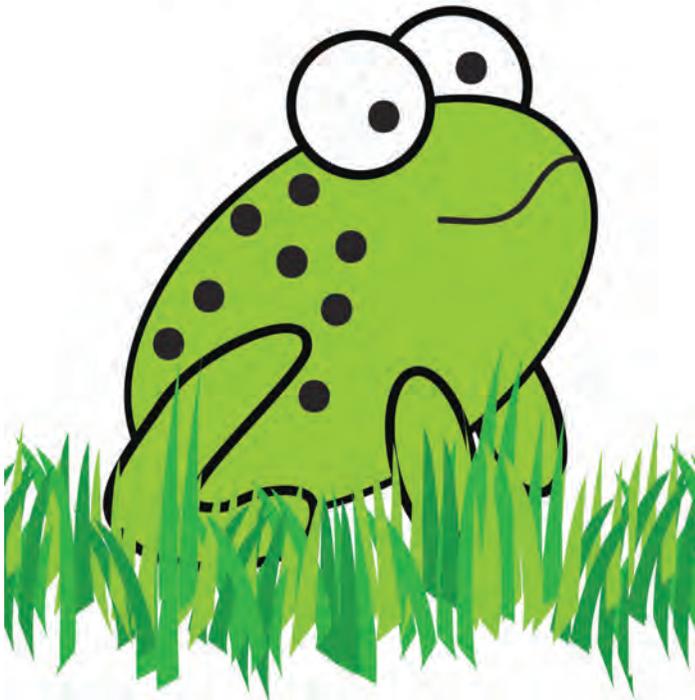
-¡No soy una rana! -gritó Tadeo-. Miren, tengo verrugas.

-Necesitas más que verrugas si quieres ganar un premio en el Concurso de Cantos -dijo otro sapo-. Debes practicar.

Tadeo se puso bravo. Saltó de nuevo a su tronco y se sentó.

-No soy una rana -murmuró-. ¡Soy un sapo y les voy a mostrar!

Tadeo



Cerró bien su boca y comenzó a inflarse. Su garganta empezó a crecer. Inhaló más y más hasta que pareciera una pelota enorme. Entonces resopló.

-¡Urreeeuuup! Todavía -dijo y sopló de nuevo- ¡Urreeeuuup!

-No, no sirve -murmuró y continuó inflándose hasta parecerse a un gran balón verde. Entonces soltó una ráfaga de aire. Cada vez que soplabá, Tadeo cantaba más fuerte. Practicó hasta tarde en la noche y luego descansó.

Al día siguiente llovió toda la tarde. Cuando dejó de llover, Tadeo salió debajo del tronco para comer.

¡Zap!

¡Zap!

¡Zip!

¡Zap!

Podía oír los otros sapos cantando cerca del estanque.

-Urrup, urrup, urrup, urrup -cantaban-. El Concurso del Canto comenzaba.

Cuando Tadeo llegó al estanque, un sapo dijo -¡Oyen, aquí viene la rana que se cree sapo!

Todos los demás sapos rieron.

Tadeo no dijo nada. Cerró bien su boca y esperó.

De pronto un sapo grande, viejo y verrugoso saltó en frente de todo el mundo y dijo -¡Comienza el concurso!

Cuando llamaron a la sección de sapos jóvenes, Tadeo saltó en la fila. Al fin llegó su turno. Saltó al círculo, cerró bien su boca y comenzó a inflarse. Se infló tanto que parecía el balón verde más grande jamás visto.

Había un silencio profundo en el pantano. Todos esperaban y de repente ocurrió una explosión grandísima.

-¡URRRRRRRUUUUUUUUUUPPPP!

Fue uno de los cantos más grandes que habían escuchado de un contendiente joven.

-Urrup, urrup, urrup, urrup -comentaban varios sapos con admiración.

El viejo sapo saltó al centro.

-Urrup, urrup -se despejó su garganta. Primero anunció los ganadores de la sección de adultos. Todos aclamaron.

Luego anunció la sección de los jóvenes. Tadeo estaba tan nervioso que sintió un nudo en su garganta. Cuando no escuchó su nombre para el tercer premio, el nudo sintió más grande.

-Y ahora, el segundo premio va a... -el viejo sapo cantó.

Tadeo tragó fuertemente.

-¡Tadeo el sapo! -exclamó el viejo sapo.

Se oía el canto de todos los sapos más allá del pantano.

Después del concurso, todos comentaban que seguramente Tadeo, el sapo, llevaría el primer premio el próximo año.

Pero Tadeo no les escuchaba. Sólo sonreía y decía -¡Soy sapo!

EL PRÍNCIPE INVÁLIDO

Por: Sonia Edith Ehlers de Fasani

El príncipe inválido y descalzo,
apoyado sobre su poltrona en forma de estrella,
plácidamente contempla
a través de la ventana,
a otros niños patinando
en el lago.

LA BOINA VERDE

El viento despeinaba
la melena
del enano
que zurcía impávido
sobre la arena
su raída boina verde,
mientras el rugido del oleaje
arremetía contra las rocas.

PARAGUAS BLANCOS

Por: Sonia Edith Ehlers de Fasani

La brisa huracanada doblaba los árboles como plumas. Los relámpagos iluminaban los alrededores. Se acercaba una tormenta tropical. Toda esa agua que se avecinaba era indispensable para la sobrevivencia del valle; sin embargo, era inevitable darse cuenta que el tiempo estaba cambiando y las lluvias eran menos frecuentes. Los días calurosos eran extremos, ya no había abanico que refrescara lo suficiente ni en la cima.

Ante el asombro de Leticia, florecían entre las palmeras lo que parecían ser diminutos paraguas blancos, medían como 8 pulgadas de altura y otro tanto en circunferencia. Eran blancos como la nieve. Todo el campo estaba minado con ellos. Era la primera vez que esto sucedía en aquel jardín. Al caminar cerca de ellos emanaban un perfume fétido. Leticia miraba como estos paraguas blancos se alineaban como un ejército de enanos disciplinado. Se erguían; crecían unos centímetros inclinándose todos al mismo tiempo, tomaban impulso y disparaban hacia ella un líquido transparente con aquella fragancia. Ella se desmayó y cayó sobre la hierba. Los paraguas blancos la cargaron entre varios colocándola unos metros alejados de otros, que hacían guardia por si llegaba algún extraño.

Aquel ejército comenzó su ritual. Danzaron a su alrededor, abrían y cerraban sus paraguas. Estaban felices, finalmente tenían una doncella a la cual coronarían reina. Ella dormía y soñaba plácidamente bajo el efecto de aquel perfume. Cuando despertó del encanto, no recordaba nada. Sólo ellos sabrían que ella era su reina y todo lo que deseara en su jardín se cumpliría. Leticia miró hacia esa parte del jardín y sólo se veían hojas secas, ya no había brisa, los pájaros cantaban bajo un cielo maravilloso como le gustaba a ella.

DON PEDRO Y LOS SAPOS

Por: Telsy A. Sánchez

Ilustradora: Génesis T. Espinosa

En la comunidad de Rana de Oro vivía don Pedro, un señor jubilado, junto a su perro Tigre. Eran amigos inseparables. Todos los días, Pedro salía a hacer sus diligencias al centro comercial, y Tigre se quedaba cuidando la casa.

En las noches, cuando el señor se disponía a ver la televisión, al perro se le antojaba ladrar y ladrar, a pesar de que, alzaba todo el volumen del aparato, no escuchaba nada.

Enojado, se iba al patio para ver que sucedía, enterándose de que, el escándalo del canino era a causa de los sapitos que aparecían en el jardín.



Cansado de esta situación, el amo de Tigre se dispuso a buscar una fórmula para eliminar a los animalitos. Buscó en Internet “modos de deshacerse de los sapos”, y en una página, llena de virus, encontró varias recetas.

Desesperado, al día siguiente, se fue al mercadito de Calidonia donde compró varias plantas. Al llegar a la casa, las trituro y coló, las depositó en un envase, y regó el líquido por toda la hierba.

Don Pedro se sentía aliviado. Esa noche se sentó en su cómodo sillón a disfrutar de su programa favorito, cuando de repente - ¡guau, guau, guau, guau, guau! - ¡Silencio Tigre, que no me dejas oír la tele..!

- ¡Qué suerte! - Para su sorpresa, había gastado en el remedio equivocado, porque seguía la molestia.

Llamó al compadre por teléfono y le preguntó que podía hacer para solucionar el caso. Éste le contestó, - ¡Mire compadre, cómprese una botella de pimienta, y riéguela por todos los rincones del patio, verá que es - ¡santo remedio! -

¡Dicho y hecho! Nuestro querido personaje siguió al pie de la letra lo aconsejado. Después de aquel día, las noches estuvieron llenas de paz y bonanza.

Pasada una semana de la gran limpieza, don Pedro estaba en el patio recogiendo su ropa, cuando de repente, divisó una nube negra de mosquitos que se desplazaba como una enorme ola, y venía a atacarlo, por lo tanto, soltó lo que tenía en la mano y entró rápidamente a la casa.



También notó, que mientras estaba cocinando había sobre las pailas y la mesa muchas moscas... - ¡Uyyyy! - Ahora, - ¡si que estaba realmente enfermo! - hasta tuvo que acudir al médico a causa del dengue.

Estaba deprimido por todo lo que estaba pasando, entonces, la vecina fue a visitarlo, y enterada de lo que el señor había hecho con los sapos, le dio un consejo:

Mire vecino, todos tenemos una misión y una razón para estar en este mundo. Si rompemos el equilibrio armonioso de la naturaleza y destruimos parte de ella, vendrán grandes desastres y epidemias. Por eso, debemos aprender a convivir con todo lo que nos rodea.

Por otro lado, los sapitos son los mejores cazadores de insectos que existen, ellos limpian el patio de muchas alimañas, debemos protegerlos. Desde aquel día, a Pedro no le importó que los sapos se acercaran a su casa, y domesticó a Tigre para que durmiera en el portal y no hiciera tanto ruido mientras él veía la televisión.

“La madre naturaleza forma parte de nuestro hermoso planeta Tierra, por esto, debemos respetarla”.



EL PALO ENSEBADO

Por: Síbila Ortíz Perigault

(Tilsia Perigault Hayams)

Ilustradora: Estela Perigault de Malgrat

La madre de Nemesio había sido fuerte y jovial, pero un buen día empezó a languidecer y ya no tuvo humor de jugar con sus hijos, ni de cantar esos tamboritos alegres de antaño, ni de ir al río con los chiquillos. La buena madre campesina hacía lo que podía y lo más preciso. El resto del tiempo se echaba en la hamaca, con su mirada perdida en el paisaje de cerros.

- Tu mamá se va ir de este mundo, porque dice mi tata que la lechuzita cantó cerca de tu casa en días pasados- le dijo Chano una vez.

Nemesio corrió llorando a su casa y encontró a la madre dormitando en la hamaca.

- Mamita, dígame, qué se le ofrece que yo se lo consigo como sea.
- Ay mijito, mi primogénito tan güeno y cariñoso - dijo ella sonriendo con los ojos cerrados.
- Dígamelo mamita, dígamelo.
- El antojo que tengo es muy raro. Na menos que comer toronja roja. En mi casa había. Allá en el pueblo donde yo nací. Son muy bonitas ¿sabes? Tienen un color tan lindo como las piedrecitas de sortija, roja y transparente. Por acá no se conocen. Una vez sembré un palito y no me pegó.

Nemesio habló a su madre para obtener el permiso de visitar el pueblo de su madre enferma. Distaba más de seis horas de camino, bajando cerros. Ya tenía diez años y podía ir con el compadre Cecilio, quien iba los fines de semana a vender productos al poblado más cercano. Además la escuela estaba cerrada por el verano.

- Mijo, el doltol que vino por acá me dijo que Narciso necesita una operación de hospital y todavía no he podido juntar la plata pa llevarlo a Panamá.

Nemesio sólo había visitado el pueblo más cercano a su caserío, en dos ocasiones. Así que la vista del gentío y el comercio de la ciudad interiorana a la que acababa de llegar con el padrino Cecilio, lo tenía asombrado. El niño preguntó a varias personas si sabían dónde podía conseguir toronjas rojas. Pero nadie le supo dar razón.

- En este pueblo celebran las patronales y la gente anda en apurá - comentó Ño Cecilio.
- ¿Podré ver la fiesta, padrino?
- Cómo no, mijo. Aquí verá usted lo bonito que es un palo ensebao. Esta tarde va tar la cosa güena.

Luego de colocar sus productos en dos negocios, el padrino lo llevó a conocer el pueblo. Comieron sopa y pan suave.

Nemesio pudo ver el palo ensebado. Era una vara larga como de cinco metros a la que habían arrancado la corteza. El palo era como del grosor de un papayo regular, pero muy alto. Arriba tenía una tabla clavada y desde abajo se distinguían algunos objetos. El padrino le explicó que eran los premios para el que lograra llegar arriba sin resbalar.

- -Le untan grasa de cerdo para que quede bien resbaloso- explicó el padrino.
- -Eres muy pequeño. No podrás.
- -Subo las palmas fácilmente y también me subo a los mamoneros sin dificultad.

La gente empezó a aplaudirlo y Nemesio se abrazó al palo. Enseguida comprendió que difícilmente lograría su empeño. Pero no por eso desistió. El recuerdo de su madre y las terribles palabras de Chano, le impulsaban a actuar.

Y así fue como el público y el vendedor que quiso hacerle una burla, contemplaron con asombro cómo el delgado cuerpo del niño llegó a la mitad del palo ensebado sin dificultad y siguió ascendiendo trabajosamente, con los ojos cerrados y la boca abierta por el esfuerzo. Los gritos cesaron y todo el mundo rezó en su corazón para que el niño llegara a la meta.



Un grito múltiple seguido de sombreros girando en el aire, aplausos y exclamaciones de júbilo hicieron que Nemesio abriera los ojos y mirara hacia abajo.

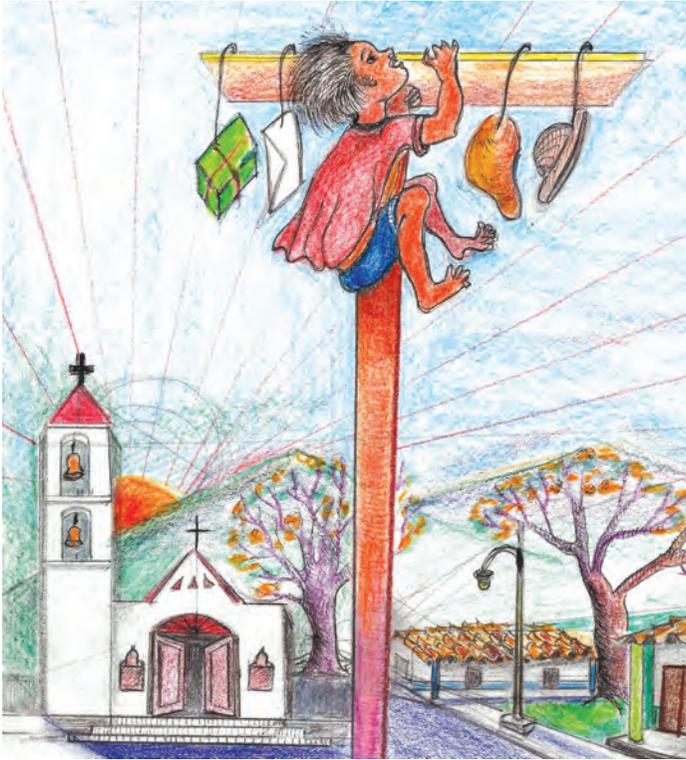
¡Lo había logrado!

-¡Coge los premios! ¡Coge los premios!- le gritaba su padrino.

Estiró la mano y cogió un sobre que se metió en la camisa. Luego volvió a tantear con la mano abierta y agarró un sombrero fino tejido y un jamón entero. Siguió tanteando, pero no había toronjas.

El niño sollozó cuando su padrino lo abrazó. No puso atención cuando le decían la fuerte suma que había ganado.

-Mamita va a morir si no le llevo las toronjas.



La gente que oyó el extraño comentario del niño, conoció su temor por boca del padrino.

Poco después se había organizado un comité que presidía el alcalde, con el fin de ayudar a la madre del muchacho.

Al otro día Nemesio llegó a su casa con las ansiadas toronjas rojas, obsequio del pueblo de Narcisa. Eran grandes y jugosas, con un jugo rojo como las había descrito ella.

Semanas más tarde, la familia se reunió feliz con la madre completamente curada, en un hospital de la capital.

Nemesio siempre pensó que aunque los doctores habían sanado a su mamita, ella se había salvado más que nada, por haber comido las toronjas rojas. Además su madre siempre lo decía:

-Si no es porque a mijito le da por conseguirme esas toronjas, yo nunca me hubiera compuesto.

LOS PEQUEÑOS MAPACHES TRAVIESOS

Por: Síbila Ortíz Perigault

(Tilsia Perigault Hayams)

Ilustradora: Estela Perigault de Malgrat

Corobo y Touarú eran los más traviesos de los cuatro hijitos de mamá-mapache. La curiosidad exagerada de ambos, la habían heredado de papá y mamá y, aunque se trataba de un defecto de familia, ellos ponían de su parte para hacerlo más notorio.

El resultado era que mamá-mapache vivía en continuo desasosiego, sacándolos de los líos en que se metían por su modo de ser.



Además de curiosos, eran glotones y en cuestión de alimento nada despreciaban: ranas, pescado, cangrejos, lagartijas, huevos de pájaros, insectos, semillas o frutas. Cualquiera cosa les parecía buena y por consiguiente todo iba a parar a sus estómagos insaciables.

Mamá-mapache acostumbraba llevar a sus cachorros a un claro de la montaña donde habitan, para enseñarles a buscar alimento y a protegerse de posibles peligros. Entonces Corobo y Touarú hacían de las suyas molestando a sus hermanos y olfateando las cuevas de los cangrejos por el pantano, lejos de mamá quien una vez llegó a tiempo para evitar que Touarú terminara en la panza de un lagarto. Otra vez libró a Corobo de las candelillas, y hasta tuvo que pedir disculpas a un gato solo a quien sus hijos pretendían disputar la rama del árbol donde hacía su siesta.

Mamá-mapache descansaba al salir el sol, cuando todos sus hijitos quedaban dormidos en el tronco hueco del árbol que les servía de morada. Sólo entonces podía ella descansar también.

Cierta noche de luna clara, Corobo y Touarú jugueteaban entre las ramas de un corotú de regular altura, desde el cual pudieron observar un brillo extraño a cierta distancia. No era como el brillo de la luna, y además parecía muy cerca, de modo que Corobo propuso:

-Vamos a averiguar de qué se trata.

Sin pensarlo, ni recordar las advertencias de mamá-mapache, los cachorritos echaron a correr, dando pequeños saltos con la hermosa cola en alto. Cuando estuvieron cerca, se dieron cuenta que la luz estaba adentro de algo y fuera de su alcance. Se trataba de la vivienda de un campesino, pero los mapachitos eran muy jóvenes y nunca habían visto una, de modo que se encaramaron a un árbol de mango cuyas ramas rozaban el techo de la vivienda y desde allí saltaron al mismo. Atisbaron por un pequeño agujero y con las pequeñas garras escarbaron hasta que lograron desprender una teja.

Corobo y Touarú se entusiasmaron con la luz que salía por el agujero y trataron de agarrarla como hacían cuando perseguían cocuyos en el monte. Sus manotazos y saltos hicieron ceder un trozo de madera podrida y los cachorritos cayeron al interior de la vivienda, para sorpresa de la familia campesina.

Al sentirse encandilados por tanta luz y perseguidos por seres extraños, los mapachitos huían despavoridos en todas las direcciones y chocaban contra los muebles hasta que fueron finalmente apresados. Los hijos del labrador, aplaudieron felices.

-¡Qué lindos! ¡Qué lindos! ¡Queremos quedarnos con ellos!

Parece que tuvieran anteojos - dijo la niña.

Y así fue como los cachorritos terminaron sus aventuras dentro de una vieja jaula para pollos. Muy asustados viéndose observados por seres desconocidos.

Entre tanto, mamá-mapache los buscaba con gran ansiedad, empleando su fino olfato. Inútil. Corobo y Touarú no aparecían ni en el pantano, ni en los árboles ni en la quebrada. La amorosa madre llevó a los cachorritos que le quedaban a dormir en la madriguera, pues ya salía el sol y estaba rendida.

Una vez seguros sus cachorros, se internó en el monte guiándose por el olfato, hasta que llegó a la casa del campesino. Felizmente no habían



otras casas por allí, pensaba mamá-mapache, quien conocía y temía a los perros.

Ruidos que reconocía muy bien, le guiaron hasta la jaula donde sus hijos permanecían prisioneros.

Ellos se agitaron al verla, esperanzados de que su madre los libraría del peligro como tantas veces lo había hecho. Pero mamá-mapache no logró abrir la puerta de la prisión.

Juan y Anita, los hijos del dueño de la finquita, contemplaron asombrados, los esfuerzos de mamá-mapache, desde su casa. Eran niños de buen corazón y decidieron librar a los animalitos silvestres, para que crecieran libres y felices en la montaña. Y así lo hicieron para sorpresa de los mapaches.

Si les digo que Corobo y Touarú fueron obedientes y prudentes desde ese día, sería una exageración, pero el susto pasado, los hacía correr a refugiarse cerca de mamá-mapache, apenas la perdían de vista.

